

4

LA ALDEA SIN HOMBRES

P O R

Aurora Bertrana

Barcelona
Roger de Lluvia, 4

LA ALDEA SIN HOMBRES

Por

Aurora Bertrana

B. B.
R. 862

LA ALDEA SIN HOMBRES

Se apagaban los últimos resplandores del estío. Algunos días podían verse aún las montañas del noroeste idealizadas por la distancia: azules, limpias, con sus cimas salpicadas de nieve y sus flancos surcados por las sombras violáceas de sus valles y hondonadas. Pero a la proximidad del otoño la cordillera empezó a mostrarse coronada de nubes plomizas o borrada por la lluvia o la niebla. Detrás de ese espeso telón desaparecía también el monte de Hernam, las colinas del sudoeste, las tierras de labor, la alameda y los pastos. A cien metros de la aldea, el campanario y el grupo de casas que la formaban, permanecían invisibles. El caminante quedaba envuelto en vapores acuosos y era una sensación extraña avanzar a pasos lentos y sordos por ese caos, decirse que el mundo no existía aún, que uno podía esperar de él las cosas más maravillosas.

De pronto surgía de la nada uno que otro elemento real: un castaño, un abedul, una barraca de leñador, una aldeana cargada con un haz de ramojo o un soldado. El sueño se desvanecía. Hernam era una aldea ocupada por el enemigo, no podía ofrecer al caminante más que su dolor y su odio.

En la falda del monte, no lejos de la aldea, estaba enterrado el cuerpo del capitán Drel, ahorcado en el robledal por los resistentes. En lo alto del bosque, ocultos en las cuevas, se hallaban los guerrilleros de la región dispuestos a vengar a sus compañeros

ejecutados como rehenes!

↳ A trescientos metros de Hernam, perdido ahora en la niebla, se levantaba el cementerio de fusilados. La tierra fangosa comenzaba a alfombrarse de hojas muertas. Plantas humildes, algunas floridas aún, surgían aquí y allá en un artístico desorden: azaleas, redodendros, campánulas, dalias... Más allá veíanse campos de césped cuyo verde palidecía bajo las gotas de humedad.

↳ Entre dos jóvenes cerezos, aureolada por la niebla, como suspendida en el aire, flotaba la cruz de Bastian Mons, jefe de los rebeldes, y a derecha e izquierda, a lo largo del santo recinto, se alineaban las otras treinta y una. Grabado toscamente en el madero cada una llevaba un nombre: repetido hasta tres veces como el de Kart. Toda la juventud de la aldea estaba allí durmiendo para siempre bajo la tierra húmeda: trabajo, amor, esperanza, prosperidad...

De pronto se ponía a soplar el viento, se despejaba la niebla, lucía un pálido sol que no calentaba ni alegraba. Las hojas desprendidas de los frutales se posaban ligeras en el suelo bajo los ciruelos, los cerezos y los manzanos, formaban poco a poco una tupida alfombra matizada de amarillos claros y oscuros, de ocres, de carmines. Algunas de estas hojas navegaban también por el espacio, caían, se amontonaban ante las puertas cerradas de los heniles, de los hórreos..., huían dando tumbos por los caminos, se perdían en los campos muy lejos del tallo que les dió vida. Para los árboles el viento también era la guerra: les sacudía, les maltrataba, les hería. Despojándoles de sus vástagos, dejaba sus ramas desnudas y sus troncos estremecidos.

Quando soplabá el poleo la atmosfera se purificaba, era clara y diáfana. Por el pálido azul de la tarde pasaban las primeras cor-

nejas con su graznar agorero y a gran altura volaban las grullas agitando lentamente sus grandes alas. Alargados cirrus imitaban monstruosos esqueletos de ballena, alas gigantescas de ángel, pistas de esquí celestes y desvanedizas.

El río, ancho y liso en la llanura, estrecho y caudaloso en el valle, parecía adormecerse: su marcha era más lenta y su canción más grave.

El bosque lucía su lujoso manto de otoño extendido por el monte. A media altura, los robles y los abedules pintaban pinceladas rojizas sobre el verde imperturbable de los abetos. Más abajo, en las colinas y lomas cercanas, el nogal, el serbal, el acebo, el avellano y el castaño silvestres mezclaban sus colores: morado, lila, púrpura, ocre, amarillo, gris...

Las tierras de labor ponían su mancha oscura a lo largo de los caminos, entre la alameda y el monte. En toda la extensión de los campos no se veía ya ni rastro de verdor, sólo se destacaban en ellos las siluetas de las enlutadas labriegas curvadas de sol a sol sobre los surcos. Aquí y allá se levantaban altas columnas de humo y el olor acre de los residuos quemados y del estiércol se esparcía por la campiña.

Como las demás mujeres de Hernam, Marta Mons trabajaba en los patatales. Sólo cuando la luz del crepúsculo desaparecía allende las colinas del Oeste, la joven recogía los aperos y las patatas y cargada con ellos volvía al poblado. Cuando llegaba ante su vivienda aspiraba con placer el olor de humo leñoso que salía de la chimenea. Por un instante esa fragancia acogedora y familiar le procuraba la ilusión de una vida normal, como si dentro de la casa la esperasen sus hermanos y los mozos de labranza con sus charlas juveniles y sus risas.

Empujaba la puerta del zaguán que chirriaba al abrirse y al cerrarse. Dejaba en el suelo las herramientas y el saco de patatas y exhalando un profundo suspiro, trataba de enderezar su entumecido cuerpo. Desde la entrada oía ya las voces extranjeras. Desvanecía la sensación de estar en casa propia en épocas normales. La cocina, la mejor habitación de los bajos, grande y acogedora, con sus grandes armarios de roble, su hermosa mesa rectangular y su hogar flanqueado de bancos, era el lugar preferido del teniente. Por eso Marta no se acercaba nunca allí.

Habían pasado ya seis meses desde el fusilamiento de sus hermanos y cuatro, ^{desde} que el nuevo jefe de la tropa ocupaba su casa. Pero Marta no se consolaba de la ausencia de los unos, ni se acostumbraba a la presencia de los otros.

Después de ordeñar las vacas, de cuya leche requisada por el teniente sólo tenía derecho a un litro, subía Marta al comedor-pasillo que nunca había ocupado nadie. Encendía un hornillo portátil, se calentaba un tazón de leche, la sorbía apoyada en el muro. Oía desde allí el alegre chisporroteo de la leña de la cocina y la conversación de los militares. Se imaginaba a los dos hombres sentados cerca del hogar calentándose las manos y hablando de caza, de guerra, de mujeres... El teniente debía estar hundido en el sillón con las piernas cómodamente extendidas y la vista fija en las llamas: hablaba bajo y sosegadamente, mientras el ordenanza charlaba por los codos. Marta no comprendía que el oficial pasara la velada saboreando esos interminables discursos entrecortados de risas groseras. Aborrecía a los dos hombres por un igual, pero al oír charlar al soldado su odio se concentraba en él. Oyéndole comprendía el placer de matar aunque después tuviera que pagarse. Del posible remordimiento ni se acordaba. Cyril Baumann, el párroco de Hernam, el que durante varios años ha-

bía tratado de despertar la conciencia y mantener la fe de los aldeanos, estaba actualmente en un campo de concentración, a miles de kilómetros de allí. La Iglesia llevaba ya más de dos años cerrada: todos los sacerdotes de la región se hallaban movilizados o presos. En el alma de los campesinos la fuerza del dolor ahogaba la clemencia.

Marta iba a acostarse con el último sorbo de leche. En su dormitorio, situado en el piso, no se oían las voces aborrecidas; la joven podía invocar al espíritu de sus hermanos Bastian y Pedro, recordarles que el enemigo estaba instalado en su propia casa, ocupaba el dormitorio de Bastian, que había sido el de los padres, dormía en el lecho donde nacieron los tres hermanos y murieron, con un intervalo de dos meses, el padre y la madre, se calentaba con la madera que, en previsión del largo invierno, habían ellos cortado y amontonado, disponía de la ropa de cama y mesa, gastaba las reservas de legumbres secas y el grano de sus campos. Aquella tierra de sus antepasados no era ya de los Mons, sino del invasor, del ocupante. ; Y ella la cultivaba!

Pero era en vano que la joven campesina repitiera una ^v mil veces sus acusaciones contra el enemigo. El espíritu de los fusilados callaba como si después de su gran tragedia los pesares de Marta les dejaran indiferentes.

X

En Hernam los días festivos no se distinguían en nada de los laborables. No se decía misa ni había culto alguno religioso. Las aldeanas proseguían sus interminables tareas repartiéndose entre los labrantíos y la casa. Pero, un domingo, Marta comprendió de pronto que no podía más con su soledad. Se pasaba las semanas sin ver ni

hablar a nadie, pensando siempre en la tragedia y en lo que habría podido ser su vida si aquella no hubiese sobrevenido. Aquel silencio doloroso le aplastaba el pecho como una losa. Decidió llegarse hasta casa de la viuda Egger situada casi a un kilómetro de la aldea. Para ir allí tenía forzosamente que pasar por delante de la vivienda de Marieta Rohn; lo más lógico era que se detuviese a platicar un rato con ella. Pero, aún más allá de la muerte de Nicolás, Marta aborrecía a la hermosa joven que le había robado su amor. Nicolás y Marta habían sido novios desde niños y aunque no se hubiese hablado de matrimonio, los Krefeld y los Mons esperaban casarlos un día. De pronto Nicolás se enamoró de Marieta (como casi todos los chicos de la aldea, un día u otro) y ésta parecía corresponderle. Sólo que unos meses después, la muchacha dejaba a Krefeld por un nuevo galán. Cuando estalló la guerra, la codiciada Marieta era la prometida de Gregorio Retz y las otras muchachas principiaban a respirar suponiendo que Marieta se casaría, engordaría y dejaría de causar estragos entre el elemento masculino.

A excepción de Miguel Ingrid, todos los aldeanos se habían declarado en rebeldía refugiándose en el monte con sus escopetas de caza y sus viejas pistolas. Marta soñaba de nuevo con Nicolás. La decisión y la valentía del joven Krefeld en su nuevo papel de resistente y guerrillero estaban causando admiración en la comarca. Marta esperaba perdonarlo y reconquistarlo. El audaz asesinato del capitán Drel, caído en una emboscada en la cual la irresistible Marieta tuvo un papel preponderante, había complicado las cosas. A partir de aquel día los resistentes no se atrevieron a salir del bosque donde las tropas les tenían sitiados.

Burlando esta vigilancia, Marta y otras mujeres de Hernam, lograron llevarles provisiones. Dos o tres veces Nicolás Krefeld y Mar-

ta Mons se habían visto y hablado. Y aunque las palabras que cambiaron eran sólo de amigo a amigo, Marta creyó hallar en ellas pábulo a una nueva esperanza. Luego vino lo irremediable.

En todo esto iba pensando Marta por el camino y anhelaba con toda su alma que la valerosa viuda hallase un tema de conversación que la distrajera de sus cavilaciones.

Si hubiera podido fijarse en la naturaleza habría visto que aquella tarde se revestía de sus mejores galas de otoño: la luz dulcísima de un pálido sol ponía aquí y allá pinceladas ocres y púrpura. El silencio era perfecto, sólo el grave rumor del escondido río se levantaba y se esparcía armonizando con el color suave de las plantas y de los prados, con el olor acre de la tierra removida.

"¿Qué hay, Marta?", le preguntó la viuda extrañada de verla llegar. "Siéntate".

"Siempre quería venir a saludarte, pero ¡tengo tanto que hacer!"

"No habías puesto los pies en casa desde antes de la tragedia."

Las dos campesinas se quedaron mudas mirándose con ojos secos y brillantes. Ambas pensaban en aquellas horas terribles, pero no querían evocarlas.

"Ya han llegado las primeras cornejas", dijo de pronto Erika.

"Heraldos del invierno", comentó Marta.

"Un día de estos va a nevar".

"Habrá que arrancar y coger las últimas patatas".

"Eso es lo que las tenga", suspiró la viuda.

Marta se levantó.

"¿Ya te vas? ¡Visita de médico, chica!"

Se dirigieron ambas a la puerta y de pronto Erika se paró:

"¿Quieres ver la habitación de Mauricio?"

Marta miró a Erika con extrañeza.

"Ellos la han respetado", explicó la viuda. "Verás, le hablé al

teniente y mandó a sus soldados que bajo ningún pretexto penetraran en ella".

En efecto, la habitación estaba igual que el día que fusilaron a Mauricio. En el velador veíase un cenicero con una colilla y un libro abierto con una ramita de acebo por señal.

"A mi pequeño le gustaba mucho leer. En esta página estaba la vigilia de... ¿Cómo iba a sospecharlo, el pobrete?"

Marta veía como en un sueño la colilla, el libro, la ramita de acebo con sus bayas místicas. No pensaba en Mauricio, sino en Nicolás.

Del respaldo de una silla colgaba una chaqueta y una corbata. Erika las señaló con la mano.

"Las llevaba puestas el día antes, un domingo, ¿recuerdas?"

La cama no se había tocado tampoco, estaba tal y como la dejara Mauricio al levantarse: la almohada guardaba aún la huella de su cabeza.

"¡Huele!" dijo Erika obligando a Marta a inclinarse sobre el lecho. "¿No sientes una fragancia de agua de colonia?"

Antes de salir de la habitación le mostró la fotografía del muchacho. Estaba sobre la cómoda en un gran marco dorado y delante un ramito de siemprevivas y una lámpara votiva.

"¡Hijo de mis entrañas!", exclamó Erika con fervor. "¡Sólo tenía dieciséis años y lo fusilaron!"

Marta sintió un alivio inmenso al salir al campo. Contempló con placer los árboles amarillentos, las praderas verdes y húmedas, los tablares negruzcos... La tierra recién labrada exhalaba una fragancia sana, estimulante. En el cielo desmayado, nubes plomizas se amontonaban sobre el bosque y sus contornos se teñían de un rosa pálido ideal.

Llegaron tres soldados con sus botas enlodadas; saludaron a las

campesinas.

"¿Dónde duermen?", preguntó Marta cuando hubieron entrado.

"En la buhardilla".

"¿Cómo se portan contigo?"

"Bien. El teniente les tiene a raya; es un hombre bastante humano".

"¿Humano?", saltó Marta con rencor.

"Conmigo lo es. Como a enemigo, claro, le aborrezco, como a hombre le tengo simpatía".

"¡Simpatía!", casi rugió Marta. "¡Bien se ve que no le tienes en casa!"

"Paciencia, chica, ya les llegará su San Martín".

La esperanza de que un día estos odiados militares fueran vencidos y expulsados del país, puso una leve sonrisa en los labios de Marta y en seguida una especie de hermosura se extendió por su rostro.

"¿Crees que llegará ese día, Erika?"

"¡Y a no tardar!"

Marta envidiaba la fe de la viuda.

"Dios te oiga", suspiró.



Cuando ya nadie lo esperaba y su madre le daba por muerto, llegó a la aldea Miguel Ingrid. Bueno, no precisamente Miguel Ingrid, sino lo que quedaba de él. La piel se le pegaba a los huesos como la de las momias; tenía las orejas transparentes, la piel amarilla y los ojos tan grandes que ~~se~~ le comían la cara. Ada no le reconoció y tuvo él que decir:

"Soy Miguel, madre".

Hasta su voz había cambiado; era más baja, más bronca, como si le saliera de las tripas.

Ada le miraba con mal disimulado espanto. No llegaba a creer que aquel esqueleto movible fuera su hijo. Se había acostumbrado a amarlo muerto, a imaginárselo joven y hermoso. Sabía que tenía que alegrarse de verlo vivo, ~~xxx~~ si a eso podía llamársele vivir. Sabía que tenía que abrazarlo, porque desde tiempos inmemorables las madres abrazan a los hijos que vuelven de la guerra. Pero no podía decidirse a hacerlo.

Miguel se acercó a ella y la besó. Con un esfuerzo Ada puso también sus labios temblorosos sobre la frente huesuda y ardorosa.

Miguel temblaba, Ada preguntó:

"¿Tienes frío?"

"Tengo fiebre", dijo él y se dejó caer en una silla. "Ahora siempre tengo fiebre."

Ada reaccionó de pronto. Miguel estaba enfermo, tal vez moribundo y seguramente hambriento. Púsose a calentar leche y a cortar rebanaditas de pan para hacer una sopa.

"¿La quieres con sal o con azúcar?"

"Oh, Dios, Ada tenía aún azúcar!"

"Con azúcar, madre". Y a pesar de sus barbas hirsutas una ola de rubor se esparció por sus mejillas. Sentíase de nuevo lo que había sido siempre, un muchacho enfermizo que su madre contemplaba y mimaba.

"Voy a prepararte el lecho", dijo Ada.

Le puso sábanas, dos mantas y una colcha rellena de plumón. Luego volvió a la cocina, llenó una botella de agua caliente y la colocó en la cama.

Miguel comía con una especie de ansia; sorbía la leche azucarada y lamía cuidadosamente la cuchara por no desperdiciar ni una gota. Observaba todo lo que hacía su madre con sus grandes ojos relucientes y asombrados, como si las maniobras caseras fueran una revelación para él.

De pronto Ada se acercó, le dijo en voz baja:

"¿Sabes la espantosa tragedia de Hernam?"

"~~Es~~" Sí."

"Es ahora una aldea sin hombres", suspiró Ada. "Todos fusilados".

"Me han dicho que Hans Anrhem y Martin Rohe viven", dijo Miguel.

"Sí... Anrhem se escondió entre las vacas en el establo, a nadie se le ocurrió buscarle allí."

"¿Y Martin?"

"Martin logró escabullirse mientras estaban aún detenidos en el Ayuntamiento; se ocultó en las letrinas.

"¿Lástima!"

"¿Por qué lástima?"

"Podría habérselle ocurrido lo mismo a un joven".

"Eso es lo que le reprocha su mujer; no puede perdonarle que él viva y el hijo esté muerto."

"Yo también estoy muerto", murmuró Miguel

Se levantó, fue a su cuarto, desnudóse y se acostó. Los dientes le castañeteaban.

"¿Cómo te encuentras ahora?", preguntó Ada acercándose al lecho.

Con la botella de agua caliente bien abrazada, contestó él:

"Mejor".

Ada lloraba por fin; gruesos lagrimones se deslizaban por sus mejillas. No se decidía a apartarse de su hijo como si temiera perderlo de nuevo. Su instinto de madre renacía, calentándole las entrañas, llenándoselas de zozobra y a la vez de calor.

La noticia cundió: Miguel Ingrid no estaba muerto, Miguel Ingrid, el poquita cosa, el cobarde, el que no se atrevió a entrar en la resistencia, estaba de nuevo en la aldea. Nadie se alegraba de ello, nadie acudía a felicitar a la madre ni a saludar al chico que guardaba cama devorado por la fiebre y la tos. Sólo Martín, el pacifista, el de las ideas extravagantes, se presentó en casa de Ada a preguntar por su hijo.

Ada ~~había~~ aseguraba que Miguel estaba demasiado enfermo para sanar. La pobre madre no comprendía por qué no habían licenciado al muchacho antes de verlo moribundo.

"¿Es que todos tienen que morir?", se lamentaba. "Los unos por rebelarse, los otros por obedecer, per a fin de cuentas ¡la muerte!"

Martín decía con una risita sarcástica.

"¿Crees tú que si no estuvieran seguros de que iba a morir lo soltarían? Ahora, el pobre, ya no les sirve ni para carne de cañón.

Iba muchas tardes a ver a Miguel. Le hablaba de la tragedia de Hernán. No llegaba aún a comprender cómo había podido librarse de que lo fusilaran y no escondía su satisfacción. Luego le hablaba de su drama personal; Edwich, su mujer y Marieta, su hija, no se consolaban de la pérdida de Andrés y de Gregorio. El que el viejo viviera

y los dos jóvenes, el hijo y el novio, hubieran desaparecido, les parecía una injusticia incalificable. No se lo decían directamente, pero se lo daban a entender con miradas y gestos.

Miguel escuchaba indiferente. ¿Qué le importaba a él esa hazaña de heroísmo y martirio y los dramas de familia de Martín? Le bastaba su propio heroísmo de soldado mártir y anónimo y su tragedia de incurable. Desde que llegó a Hernam no había vuelto a levantarse de la cama. Tosía, escupía, temblaba y sudaba. Pasaba de la exaltación febril al decaimiento absoluto. Cuando la fiebre subía, el cerebro de Miguel se libraba a una actividad intensa. Volvía a encontrarse en el frente; caminaba por una carretera fangosa, corría al asalto de una posición enemiga. Las piernas se le doblaban y el pulso le latía presuroso. El cabo le gritaba: "¡Adelante, cobarde!". El casco, la mochilla, el fusil le pesaban más y más. Miguel no tenía ya fuerzas para llevarlos. Iba a caer en el camino y todo el regimiento le pasaría por encima. De pronto tenía que ponerse a tirar, pero no encontraba el arma. Las balas enemigas silbaban a más y mejor y el fulgor de las explosiones le cegaba.

Miguel se despertaba sudando y gimiendo. Había pasado más tiempo rodando por los campos de concentración y los hospitales que en el campo de batalla; sin embargo, su obsesión eran las trincheras, las marchas forzadas, los combates...

Soñaba a menudo que estaba en un hoyo tiritando de frío y de miedo. No descargaba el fusil, se dejaba escurrir en el lodo. Su cuerpo se hundía allí como en un mullido lecho. Pero el barro le llegaba a la boca, entraba en ella, tenía un sabor nauseabundo. Cerca de Miguel flotaba un islote cuya base lamían las aguas cenagosas. Llegaba a él chapoteando: era un montón de cadáveres. Uno de ellos, el de su mejor amigo, un muchachito pelirrojo y pecoso, le decía con sonrisa patética:

"Súbete, súbete". "No, no", gritaba Miguel con horror. Pero los muertos se escurrían con malicia debajo de él. Y no tenía otro remedio que dejarse llevar por esa extraña armadía fabricada de piernas, troncos, cabezas y brazos humanos. No le dejaban escapar y el más aferrado era su amigo el pelirrojo.

"Miguel, Miguel, ¿qué te pasa, hijo?"

Miguel abría los ojos, miraba con espanto alrededor. Veía con alivio su aljoba campesina y a Ada cerca de su lecho.

"Madre, ¿qué hora es?"

"No sé..."

"¿Cuándo amanecerá?"

"Todavía no me he acostado. Quizás, dentro de tres horas."

¶

Hubo unos días de bonanza, una especie de veranillo durante el cual, como por milagro, Miguel se sintió con ánimos de levantarse. Fue envuelto en una manta hasta la puerta de la calle y allí se quedó unos momentos muy quieto devorando con los ojos el camino con una súbita inclinación a la sociabilidad. Espiaba los pasos lejanos esperando que alguien se acercaría, le vería, le hablaría... Pero sólo apercibió a un soldado extranjero que salía de casa Mons y cuando iba ya a entrar vio a Marta con el hato, camino del abrevadero. Miguel deseaba con toda el alma que la muchacha levantara la vista y le saludara, pero ella no le vio o fingió no verlo. Entonces Miguel, sin esperar a que volviera entró en la casa, se dejó caer en una silla junto al hogar.

Las trébedes se hallaban sobre el fuego con un puchero encima. La tapadera empezó a saltar y el jugo a rechirvir y a verterse, Miguel miraba estúpidamente como las llamas lamían la panza del recipiente y la tapadera dejaba escapar ligeras nubes de oloroso vapor.

La casa de los Mons era la más opulenta del pueblo y sus tierras las mejores y más extensas. "Por eso Marta es tan orgullosa", pensaba Miguel. "Aun después del drama que la dejó sola en el mundo, ella sigue despreciándome".

"¿Cómo te encuentras, hijo?", preguntó Ada al entrar.

"Bien..."

La campesina retiró la sopa de las trébedes, le metió la cuchara de palo y la cató.

"Ya está blandita. ¿Tienes gana?"

"Hambre", dijo Miguel. Pero de pronto recordó a la vecina.

"Pasó Marta con su hato; fingió no verme.

"Imaginaciones tuyas, hijo. ¿Cómo quieres que..."

"¿Ella?", interrumpió Miguel. "¡El demonio del orgullo!"

"No te habrá reconocido".

"¿Aquí, en la puerta de mi propia casa? ¡Cómo si hubiera tantos hombres en Hernam!"

"Precisamente".

Ada llevaba un plato a la mesa.

"¿Comerás aquí o en la cama?"

"Aquí". Y de pronto: "¿Qué quieres decir, precisamente?"

"Quería decir", explicó la anciana, "que desde aquello, Marta no es la misma."

"Para despreciarme es la misma".

"Hazte cargo de su desgracia, dos hermanos, el novio..."

"¿Nicolás? Ya no se frecuentaban".

"Pero ella le quería."

"¿Es éso motivo para que me niegue el saludo después de tres años de ausencia? ¡Y qué ausencia!"

"Come, hijo, no pienses ya en eso. ¿Qué más da?"

"Da", ^{insistió} ~~contestó~~ él. "¿La he ofendido en algo?"

"No has sido resistente," suspiró Ada como si le doliera también el falso estigma que pesaba sobre el soldado.

Miguel dejó de comer, fijó en la anciana su mirada reluciente:

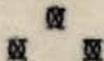
"¿Sientes que no me fusilaran con ellos?"

Las lágrimas inundaron los ojos de Ada. Precisamente Miguel volvía a llenar toda su vida. Sentía una especie de doloroso orgullo al decirse que era la única madre de Hernam que tenía ^{aún} un hijo. ~~muerto~~. Y aunque esta vida era tan débil y estaba tan amenazada, Miguel se movía ^{todavía} ~~así~~, miraba y hablaba ^{todavía} ~~así~~, no era tan cadáver como los otros. Cada día, cada hora que pasaba sin que se lo llevara la muerte le parecía a Ada un regalo de la Providencia. Por eso antes de acostarse se arrodillaba ante el Cristo de su cabecera y cerrando los ojos, porque el cuerpo agonizante del Salvador evocaba la próxima agonía de Miguel y sus descarnadas mejillas y su mirar muriente le recordaban demasiado los de Miguel, le daba las gracias por la tregua que le concedía.

"Las mujeres de Hernam prefieren los muertos a mí", dijo de pronto Miguel. "Habré que estar muerto para que alguna de ellas me visite"

Ada suplicó:

"¡Calla, calla!"



Había llegado el invierno: los días eran cortos, las veladas, interminables. La escarcha y la nieve cubrían las tierras de labor, nadie se movía ya de la aldea sino para algo transcendental. En la montaña, arroyos y cascadas se helaron. Los resistentes emboscados tuvieron que abandonar sus madrigueras, Algunos lograron escapar, otros fueron capturados por los ocupantes y expedidos a campos de concentración o de castigo o a trabajos forzados.

Los lobos volvieron a circular por el monte: los más audaces o tal vez más hambrientos, bajaban por el valle hasta la llanura y las huellas de sus pasos quedaron impresas en la nieve, muy cerca de Hernam.

La aldea volvió a sumirse en lúgubre silencio. En cada casa, desde la más acomodada a la más mísera, la chimenea humeaba todo el día y el olor de la leña quemada llenaba la atmósfera.

Marta no podía ya guisar y comer en el comedor-pasillo. Ahora se preparaba los alimentos en la cocina, en el mismo fuego que los dos hombres. El ordenanza se encargaba de traer el agua, destrozar la leña y alumbrarla. Cuando Marta terminaba sus innumerables tareas domésticas, el fuego chisporroteaba ya. Sin desplegar los labios Marta esperaba que la cena del teniente estuviera lista y entonces se preparaba su colación. Aceptaba guisar y comer, calentarse y remendar ropa al lado de los militares, ~~en sus~~ pero no cambiaba una palabra o una sonrisa con ellos. Y esa mudez altanera de la joven y sus acusadores ropajes de luto levantaban una muralla de frío entre ^{ella y} los dos

hombres. Delante de Marta el teniente no podía ya recrearse con la charla del ordenanza. Está, contrariado por el persistente silencio y distracción del oficial, peroraba más y más con la esperanza de captar su atención. Describía con tosca sencillez las primitivas costumbres de su país: ceremonias religiosas y profanas donde reinaba un candor casi salvaje. Pero estas historias de amor, de superstición, de violencia, que Greiz escuchaba antes con gusto, no lograban ahora interesarle. Su rostro permanecía rígido y su boca crispada.

El soldado miraba a Marta. La campesina no debía entender su lengua. Lástima grande porque tal vez lo que él decía le habría interesado... Pero la joven permanecía con la boca cerrada y la mirada fija en el vacío.

A las siete y media de la noche ya habían terminado todos de cenar. El fregado estaba también listo; empezaba la interminable velada de silencio y violencia. Aburrido de hablar solo, sin lograr interesar ni a su teniente ni a la campesina, Pietrot se callaba también. Oíase sólo el crepitar de la lumbre y el tic-tac del monumental reloj de péndulo.

Marta obraba exactamente como si estuviese sola. Pero no podía olvidar que dos intrusos se hallaban en la cocina observando sus movimientos, oyendo su respiración y los suspiros que a veces no llegaba a reprimir. Al cambiar una que otra palabra entre ellos, los dos hombres cuchicheaban y al caminar con sus recias suelas claveteadas, procuraban no hacer ruido. Sin embargo, Marta veía sus grandes sombras proyectándose en los muebles o en la pared, oía el roce de sus pasos y sus voces apagadas, aspiraba involuntariamente el olor de cuero de sus botas y la fragancia del tabaco de sus pipas.

Para evitar esa intimidad dolorosa, Marta pasaba una parte de la velada en el establo hablando y acariciando a las vacas. Los pacíficos e inteligentes animales parecían comprender su soledad y

sufrimiento. Paloma, llamada así por su impecable pelo blanco, era la preferida: mansa y afectuosa. Marta la llamaba desde la puerta y el animal volvía la cabeza y le contestaba con un suave mugido. Cuando la campesina lloraba abrazada a su cuello, la vaca fijaba en la mujer sus pupilas de mirada triste rodeadas de pestañas rubias. Con el húmedo morro rosado le apartaba las manos del rostro, empujaba con insistente dulzura para apartar el brazo de la labriega y colocarlo alrededor de su propio cuello. Con movimientos cuidadosos y hábiles frotaba su sedoso testuz contra la mejilla y el pecho de la joven. Codorniz, estaba celosa de la blanca. Cuando Marta permanecía mucho rato con su preferida, hablándola y acariciándola, Codorniz torcía el cuello, miraba de reojo y resoplaba. "No seas envidiosa", le gritaba Marta. Y se acercaba a ella para acariciarla también. Al verla llegar, Codorniz, lanzaba un sonoro resoplido y sus ojos brillaban. "Envidiosilla, envidiosilla!", le decía la joven frotándose la mejilla con su frente. Luego le daba un largo beso entre los ojos, allí donde se dibujaba una alargada estrella de seis puntas.

Pardiña y la Roja, eran más positivas, mucho menos afectuosas; se interesaban únicamente por el pienso, prescindían de las expansiones sentimentales de su ama, ~~pero~~ daban muchos litros de leche.

Marta aspiraba con agrado el olor dulzón del heno y el vaho caliente del estiércol. Pero tenía que volver a la cocina y aceptar la enojosa presencia de los militares. Su aborrición hacia Pietrot Lomja aumentó aún. No soportaba la vista de su cráneo redondo y mocho, su rostro aplastado, sus ojos oblicuos, su voz gutural y su risa estúpida. Cuando ~~su~~ miraba ~~este~~ por casualidad ~~este~~ al soldado, ^{sus ojos} despedía chispas de odio y sus puños se crispaban en el bolsillo del delantal. El teniente se dió cuenta de los sentimientos de la campesina y una de aquellas veladas interrumpió a Pietrot en medio de su

peroración.

"¡Bueno, ahora márchate!

Eran sólo las ocho y la orden inesperada y brutal; los ojos del soldado se llenaron de estupor. No se movía como si no hubiera comprendido.

"Puedes disponer", dijo Greiz.

"A ~~las~~ órdenes, mi teniente".

Desde el principio de la ocupación el teniente le había distinguido honrándole con su amistad. Bien claro estaba que el oficial era el oficial y el soldado, el soldado: uno mandaba, el otro obedecía; aquel enlodaba las botas y el bajo de los pantalones y éste los cepillaba y les daba lustre; el teniente dormía en la cama, ensuciaba los platos y el ordenanza estiraba las sábanas y las mantas y fregaba la loza. Pero todo esto sucedía en una atmosfera de indulgente compañerismo y ahora... de pronto... ¿Por qué atroz e insondable misterio había dejado de amarle el teniente? Pietrot no podía atribuir esta desgracia a un simple cambio de humor o a un capricho. Alexis Greiz representaba para él la perfección; la perfección no puede dejar de ser perfecta. Precisaba para ello la intervención de fuerzas superiores enemigas. Pietrot no soñaba siquiera en definir las. Sabía que eran misteriosas y terribles, capaces de dominar al hombre. El amor del oficial hacia el rústico ^{montañés} ~~campesino de las montañas~~ era tan maravilloso e inexplicable como inexplicable y amargo era su brusco despertar. Las causas de semejante catástrofe tenían que buscarse en los astros.

Pietrot Lomja había cogido el capote, el casco y el fusil, caminaba a oscuras resistiéndose a encender el farol que iba a alumbrarle en el camino. Sentía unas gotas tibias y pegajosas escurrirse por sus mejillas y prefería que esa vergüenza se desarrollara en la

sombra. Antes de salir encendió un fósforo y prendió fuego a la mecha. Oyó soplar ruidosamente el viento y se dijo "Cuidado, Pietrot, esta noche las fuerzas del mal andan desencadenadas". Una violenta ráfaga le hizo retroceder; permaneció unos segundos esperando que se calmara. Por fin salió.

La obscuridad estaba poblada de sombras todavía más densas, parecían avanzar a contra corriente como una multitud hostil que empujara al soldado soplando en sus oídos y en su boca, abofeteándole el rostro, aullando amenazas e imprecaciones.

A lo lejos bramaba el bosque como una fiera suelta: sus bramidos se extendían por el espacio, se acercaban veloces y el monstruo de los mil troncos y las mil ramas con sus millones de hojas y de pinchos, parecía precipitarse sobre la aldea, con la intención de apoderarse del único hombre que circula^{ba} por el camino y arrastrarlo hasta el monte donde erraban las almas de los fusilados.

El lúgubre lamento se alejaba de súbito, se perdía en lontananza. Oíase entonces el sollozo del río detrás de la alameda y el triste gemido de la veleta de la escuela abandonada.

Pietrot Lomja habría dado el alma por hallar un compañero. Pero todas las casas tenían las puertas cerradas y las ventanas apagadas. Ansioso de llegar a su alojamiento, el soldado apresuró el paso. Así llegó a ^{su alojamiento en} casa de Sofía Kart.

"Buenas noches" - dijo al entrar, pronunciando con lentitud y esmero estas dos palabras que el teniente le había enseñado.

Sofía contestó con un gruñido.

Desde que los ^{ocupantes} ~~campesinos~~ fusilaron a sus tres hijos junto con los demás aldeanos, y su nuera, enloquecida de dolor, huyó de Hernan para no volver más, Sofía había abandonado sus tierras; cultivaba sólo el huertecillo detrás de la casa donde estaban también los corrales

y la zahurda. Pasaba las semanas sin acercarse a la puerta de la calle, huyendo de los hombres, complaciéndose sólo entre los animales domésticos. Estos eran sus compañeros y su familia: les hablaba con cariño, les permitía entrar en la casa, comer en sus recipientes personales, subirse y dormir en las sillas y hasta en su lecho. Los propios cerdos penetraban a veces en la cocina, husmeaban los pucheros y al quemarse el hocico gruñían poniéndose a correr hacia fuera. Entonces Sofía soltaba una carcajada y les gritaba que su cochina casa no era lugar para tan distinguidos personajes. Siempre se dirigía a ellos usando nombres de persona y a menudo, tratamiento. Les preparaba una enorme bazofia que dejaba en el centro del corral: les decía solemnemente: "La comida está servida, sus señorías".

Un hombre vestido de uniforme era para Sofía una visión de espanto, le recordaba algo que deseaba olvidar, algo confuso ya en su memoria pero siniestro aún: la plaza de la iglesia, unos cuerpos yacentes, las pupilas demasiado abiertas de Johann mirando con fijeza al cielo, el rictus de Mateo en su rostro rígido y blanco, las manos frías e insensibles del pequeño Aloys... Cada vez que veía al soldado le gritaba con furia: "¡Abur hijo de perra! Pietrot no comprendía estas palabras ni las otras siempre insultantes que Sofía le dedicaba pero la figura desgredada y andrajosa de la maniática le causaban escalofríos. Le tenía más miedo a Sofía que a diez guerrilleros armados. Antes de acostarse arrastraba el catre apoyándolo en la puerta para que Sofía no pudiera entrar pues temía que viniera a asesinarle mientras dormía.

Aquella noche, preocupada por la actitud del teniente, no lograba conciliar el sueño. Rememoraba todos los accidentes del día: acciones, palabras, gestos. Todos sus actos no tenían más que una finalidad complacer al teniente, ser útil al teniente, distraer y hacer reír al

teniente y a cambio de ésto conseguir que el teniente le permitiera estar con él todo el tiempo posible.

Se revolcaba nervioso por el jergón: el catre rechinaba y crujía y Pietrot suspiraba.

De pronto oyóse un recio golpe en la puerta acompañado de una voz chillona: "¡Hola, perro extranjero!, basta ya de triquitraque!"

A Pietrot se le puso piel de gallina. Contestó con su voz profunda de bajo: "Mi dormir ahora mismo".

Tranquilizóse al oír el ruido de las galochas de Sofía escaleras abajo.



Entretanto Greiz recordaba las apacibles veladas de verano y otoño, cuando la dueña de la casa no comía aún en la cocina. Pietrot despachaba la limpieza de cacharros y loza y él, invariablemente le invitaba a sentarse a su lado. Asaban cebollas y castañas en el rescaldo, fumaban la pipa o cigarrillos aromáticos, bebían té caliente y a veces un trago de aguardiente de cerezas. Pietrot tenía siempre algo que contar y las ingenuas parrafadas del soldado distraían al oficial.

Algunos compañeros de armas envidiaban a Alexis Greiz el haber sido destinado a esa aldea donde sólo había mujeres y niños. En cuanto a él aquel vivir ocioso comenzaba a pesarle. No había siquiera intervenido en las últimas detenciones de rebeldes ocurridas en Glos-ters y aunque esta caza al hombre por veredas y matorrales con la captura final de pobres diablos mal armados y hambrientos no le pareciera ninguna hazaña, casi lamentaba que no hubieran ocurrido en Hernam. En el frente por lo menos, se decía, ante el brutal espectáculo de la destrucción y la muerte, en la áspera embriaguez de defenderse y de

atacar, el hombre no tiene tiempo ni deseo de pensar y menos de analizar. Es más sencillo y ^{más} cómodo que estarse preguntando a cada rato: "¿qué sentirá éste o aquél? ¿Por qué lo pensará y sentirá? ¿Es ésta o aquella palabra la que ^{he de} ~~debo~~ pronunciar yo, es ésta o aquella acción la que debía ~~yo~~ practicar?"

Mientras pensaba en todo esto el joven teniente se había sacado del bolsillo de la guerrera un libro que abrió y trató de leer. A la luz vacilante del candil veía las letras juiciosamente colocadas formando palabras y un grupo de palabras formando oración pero el pensamiento que encerraba ese maravilloso conjunto se le escapaba. Entre su poder de captación y la idea impresa se levantaban sus propios pensamientos: Esa labriega, silenciosa y ceñuda, le odiaba y él no había hecho nada para merecer ese odio. Le costaba comprenderlo.%%

Marta también luchaba por desviar su pensamiento del teniente. Con la mirada fija en las llamas o en la labor no podía por menos de registrar cada uno de los gestos del extranjero. Veía con el rabillo del ojo como tenía el libro abierto, como lo cerraba de pronto dejando un dedo en la página, oía su lenta respiración, aspiraba el perfumado humo de su cigarrillo. Ese hombre imaginábase sin duda estar en su propia casa, creía que los muebles, los cacharros, hasta el aire de la habitación le pertenecían. Pero ¿cómo se equivocaba! El espíritu de las cosas vinculadas a los Mons y al país, se resistían a ser suyas. El teniente reanimaba el fuego y el fuego despedía llamas y chispas de odio; de los leños se levantaban vapores de odio.

Marta Mons podía haber ido a pasar la velada con Catalina Krefeld, la que hubiera sido su suegra, o con los Ingrid, donde Miguel se alegraba tanto de su visita: prefería quedarse en casa aunque fuera sufriendo y rabiendo. Porque, pese al teniente, la cocina era su cocina y la leña su leña y el candil su candil. Como una vestal del

hogar, la joven campesina permanecía día tras día fiel a sus muros, fiel a su chimenea encendida y a su silla baja de cuero donde también se habían sentado a coser su madre y su abuela. Poco a poco olvidaba al teniente, llegaba a imaginarse que estaba sola. Entonces evocaba uno a uno los miembros de la familia Mons. Le parecía verlos llegar a ocupar sus respectivos sitios cerca del fuego. Bastián y Pedro hablaban de las labores del campo y Marta se afanaba por recordar sus teorías de perfectos labriegos: como se ~~labra~~ abre un bancal, como se abren los surcos, se siembra el grano o el plantel, como se prepara y se extiende el estiércol, como se hermosea y se conserva el heno fragante y apetitoso. Marta hubiera querido decir a sus hermanos lo hermosas que estaban las vacas y lo lindísimo que era el ternero recién nacido y la gran cantidad de manzanas, clasificadas por especies, que se hallaban en el granero, pero de pronto se le aparecía el Cementerio de Fusilados y la trágica realidad de su vida. Lanzaba una mirada de odio al hombre sentado a su lado y rápidamente sus ojos volvían a las llamas. Era una fantasmagoría de amarillos y rojos que la fascinaba. Mirando fijamente ^aése culebrear incesante, ^aése deslumbrante artificio, su imaginación volvía a desbocarse. Y de nuevo creía oír la voz algo burlona aunque afectuosa de Bastián: "No te andes con sentimentalismos, hermana, cástate con un hombre sano y trabajador, buen macho, buen labriego". E inmediatamente Marta se representaba a Nicolás Krefeld. De niño jugaba con ella a coleccionar piedrecitas de colores y pulidos cristales recogidos en los islotes del río, mariposas disecadas, saltamontes... Más tarde recorrían juntos las praderas cubiertas aún de agua-nieve, en busca de ramilletes de primaveras y de solitarios crocos azulados. En mayo cazaban orugas y erizos por los márgenes y los jarales y en otoño iban en compañía de otros zagales y zagalas a la recolección de castañas y bellotas. Con la juventud

Jaranera del país pasaban por las veredas del bosque camino de Glos-
ters o de Mulstein donde se reunían para bailar al son de un violín
desafinado que pulsaba un viejo zíngaro errante. Una mañana de pri-
mavera Nicolás había besado a Marta en la mejilla: "Te quiero, Marta"
Beso y declaración iban acompañados de una fragancia embriagadora de
violetas y narcisos silvestres, del ^{susurro} ~~bisbiseo~~ de las hojas, del ^{murmura-} ~~resaca-~~
ella de los arroyos...

Marta despertó bruscamente de su ensueño: acababa de caerse al
suelo el libro que leía Alexis Greiz. Los ojos secos y brillantes de
la joven se fijaron en el teniente con rencor: "Si vosotros no le hu-
bieseis fusilado, abandonara su escopeta de caza, se afeitara sus
barbas de querrero, cogiera otra vez el arado y la hoz, fuera a los
campos a labrar y a segar. Y una tarde de primavera, cuando las ho-
jas bisbisean y los arroyos rezan extrañas oraciones, me habría di-
cho: "Marta, ¿quieres ser mi mujer?"

Greiz levantó también los ojos y los fijó en Marta. No podía resis-
tir ni un segundo más aquel silencio hostil que les envolvía.

"¿Tiene usted alguna queja contra Pietrot?", dijo bruscamente.

"¿Quién es Pietrot?"

"Mi ordenanza. He notado que su presencia le resulta a usted
desagradable.

"¿A mí?" exclamó ella con fingido asombro. "No sé por qué la
presencia de ese hombre sería más aborrecible que la de usted."

"¿Aborrecible?" repitió el extranjero con lentitud como querien-
do comprender bien el sentido de esa malsonante palabra. Sus ojos
grises, que no se habían desviado aún de los de Marta, tomaron una
expresión dolorosa. Quiso explicar algo y aunque hablaba sin dificul-
tad la lengua del país, las palabras ^{le} salían difícilmente de ~~la~~ gar-
ganta:

"No olvide que nuestros gobiernos han firmado un armisticio. Unos lo aceptan, otros no. ¿Cómo saber quiénes son los aliados, quiénes los enemigos?"

"Yo, enemigo", dijo Marta sin vacilar.

"Muy bien", aceptó el teniente después de unos segundos de reflexión. "Seamos enemigos pero leales. Mandé salir a mi asistente porque creía que ese era el deseo de usted. En cuanto a mí... siento no poder librarla de mi presencia. No hay una casa en Hernam donde fuera acogido con agrado."

Al terminar estas palabras estaba ya de pie.

"Buenas noches", dijo, y abandonó la habitación.



Aún no eran las ocho de la noche y ya Pietrot tenía terminado el fregado. Estaba mirando al teniente con aire indeciso y pesaroso. Greiz levantó la mirada, disimuló una sonrisa:

"¡Pietrot Lomja!"

"¿Mi teniente?"

"Coge una silla y siéntate aquí, cerca del fuego."

El corazón del soldado saltó de júbilo. Obedeció sentándose en la punta de la silla. Miraba al jefe con el rabillo del ojo.

"Mi teniente, ¿puedo realmente quedarme aquí, a su lado?"

"¡Animal!", exclamó Greiz. "¿No acabo de decírtelo?"

Unos segundos después el ordenanza preguntó:

"¿Puedo fumar la pápa, mi teniente?"

"Fuma lo que quieras". Greiz no podía ya contener la risa.

"¿Sabes lo que vas a hacer, Pietrot Lomja?"

De un brinco el soldado estuvo en pie.

"¿Qué, mi teniente?"

"Sube a mi habitación, tráeme de aquel cajón que sabes, una botella de vino tinto."

"Sí, mi teniente."

Llegó pronto con la botella.

"Mi teniente, está helada."

"Ponla cerca del fuego."

Marta estaba allí, como cada noche, esforzándose en mostrar indiferencia. Remendaba un delantal y fingía ocuparse únicamente de su labor. Pero no se le escapaba nada de lo que hacían los dos extranjeros. Por primera vez desde que el oficial vivía en su casa, le veía no como a un militar enemigo sino como a un hombre cualquiera, un hombre con sentimientos ajenos a la guerra, a la ocupación, un hombre con unos ojos capaces de mirar con amistad, con una boca apta a decir palabras sencillas y sonreír, ~~si~~ un hombre con un alma misteriosa y variable como la de los demás hombres. ~~A~~

De cuando en cuando el oficial tocaba la botella. Pietrot, en cuclillas, miraba aquel objeto como fascinado. Sin poderse contener alargaba hacia él su mano velluda.

"¡No toques!" le gritaba el teniente.

Por fin el vino estuvo a punto y el jefe permitió al soldado destapar y servir la bebida. Como Marta suponía, llenaron tres vasos. El líquido granate exhalaba un delicioso perfume.

Marta componía en su mente las palabras con que iba a rehusar, serían cortas pero terminantes. Sin embargo, cuando el teniente le presentó el vaso, ella lo tomó sin saber qué decir.

Alexis Greiz alzó el brazo en ángulo recto:

"A tu salud, Pietrot".

"A la suya, mi teniente".

Los dos hombres se volvieron hacia la campesina esperando que

ella bebiere. Marta se llevó el vaso a la boca. Su mano temblaba y algo de líquido se derramó sobre las losas. A penas tocó el vino con los labios lo apartó vivamente dejándolo encima del poyo.

Los dos hombres bebían con placer. El teniente hizo chasquear la lengua.

"¡Delicioso!"

Los ojos del soldado brillaron.

"Un puro néctar, mi teniente."

Seguían bebiendo con seriedad y lentitud saboreando cada sorbo. Pietrot Lonja se había acercado a la ventana y con las uñas rascaba la capa de candelizo que empañaba el cristal. Pegaba su chata nariz a la superficie helada.

"¿Mi teniente?"

"¿Qué hay?"

"Por favor, venga a ver."

Greiz se acercó, miró a través del vidrio.

La tierra reposaba bajo un manto plateado y fosforescente. La casuca de Ada Ingrid, con su tejado cargado de copos, el declive y el camino unidos bajo el mismo lienzo de nieve, el chorro helado y mudo de la fuente envueltos en clarores espectrales, evocaban un paisaje milenario privado de vida desde siglos atrás. Los frutales, en formación ascendente sobre el margen, no recordaban sus flores de primavera ni sus frutos de otoño, eran plantas de leyenda, filigranas de plata, estalactitas y prismas de cristal tallado, ristra y medallones de diamantes recortando sus encajes de pálidas irisaciones sobre el cielo imponderable, hondo y luminoso.

"Un paisaje de cuento de hadas," comentó el teniente. Y volvió el rostro hacia Pietrot y hacia la campesina. Pero ésta se hallaba ya de pie camino de la puerta. Masculló un "Buenas noches", y salió

con precipitación.

Greiz miró a Pietrot y alzó levemente los hombros. El ordenanza le correspondió con un gesto de impotencia.

Marta llegó a su cuarto tiritando. Parecía que le echaran, una tras otra, capas mojadas sobre los hombros. Se acostó y se hizo un ovillo. Tenía la sensación de haber cometido un acto irreparable.

"Perdón, Bastián; perdón, Pedro. No os avergoncéis de vuestra hermana. He bebido con el enemigo; con vuestro verdugo. Soy una mujer indigna!"

■

■ ■

Los rigores del invierno habían establecido una tregua forzosa entre los guerrilleros de la resistencia y las tropas de ocupación. El espíritu de odio y de revancha seguían, empero, latentes. Ya volvería la primavera y con ella las explosiones de violencia, las represiones con su cortejo de sangre y lágrimas. Pero ahora, con quince y hasta con veinte grados bajo cero, las bélicas correrías por el monte a la caza de enemigos por emboscada, parecían cuentos de otras edades.

En Hernan, Meaully, Glosters y Mulstein y alrededor de Kirch la nieve alcanzó aquel año de diez a doce pies de espesor. Los soldados de Greiz se sintieron dichosos ante el espectáculo de la nieve y las nuevas ocupaciones que ésta les procuraba. El cielo se obscurecía, el aire se calmaba, empezaban a caer copos grandes, medianos o chicos: se esparcían, se amontonaban; transformaban los bosques, los campos, las praderas y la aldea entera en un nuevo país. Las colinas y lomas del sureste, como un mar solidificado, se extendían hasta los confines del horizonte. Las montañas lejanas se levantaban en masa unida y deslumbrante recortando sus picos sobre el cielo, plomizo o gris pálido. El cierzo helaba los labios y las narices de los soldados y llenaba sus ojos de ardientes lágrimas mientras, por orden del teniente, abrían zanjas, escobaban y amontonaban ~~la~~ nieve alrededor de las viviendas y dejaban los caminos transitables.

De Kirch llegó una máquina montada sobre ruedas. Presentaba por la parte inferior, pesada y llana, la forma de un triángulo. Este

vehículo, propulsado por un motor, llevaba un asiento para un mecánico y un ayudante. La punta del triángulo penetraba en la masa congelada, abría en ella un ancho surco, amontonaba a ambos lados de la carretera grandes cantidades de nieve y la calzada quedaba apta a la circulación.

Cuando el armatoste llegaba a Hernam, los soldados le rodeaban con curiosidad. Interrogaban a los conductores invitándoles a decir lo que sabían sobre la marcha de la política interior y exterior, evolución de las hostilidades en los lejanos frentes, esperanzas más o menos fundadas que podían concebir unos y otros de volver pronto al país... Hablaban también de la próxima distribución de calzado y tabaco, de las posibles y alarmantes restricciones de víveres, de la persecución de estraperlistas del ejército, (El segundo teniente Reuter había sido fusilado por negociar en embutidos racionados con los campesinos), y también de asuntos amorosos. En Kirch, capital militar y administrativa de la zona ocupada, oficiales y soldados se interesaban demasiado por las mujeres del país provocando ora tragedias como la que costó la vida al capitán Drel, ora sainetes que servían para dar pábulo a chismes y habladurías de la tropa.

En Mulstein, Glosters, Mesuly y Hernam los soldados requisaron los trineos de los campesinos y enganchándolos a los percherones del país o a perros ganaderos, se lanzaban de una aldea a otra con el menor pretexto. La nieve les embriagaba como una bebida alcohólica. Se revolcaban por ella, combatían a lucha libre, armaban batallas de bolas. Con tablones y cuerdas improvisaban deslizadores: lanzábanse de lo alto de las colinas hasta los campos, prescindiendo de las maldiciones de todas clases que les echaban los campesinos. Ya no llevaban el uniforme verde-gris sino chaquetas, capuchas y guantes de piel. No parecían militares sino osos amaestrados.

Alexis Greiz también sentía la exaltación de la nieve pero no se atrevía a divertirse con sus soldados ni se veía con valor de corretear solo. Afortunadamente Marta Mons conservaba los esquíes de Bastián y de Pedro, y el teniente le pidió permiso para usarlos. Se llevaba a Pietrot Lomja, que era aún más hábil que él. Subían a lo alto del monte y desde allí se deslizaban hasta la llanura. Atravesaban interminables arboledas donde los troncos de los abetos, alto como columnas de nave gótica, sostenían la bóveda de ramas y agujas heladas. A ciertas horas el sol lograba penetrar a través de ese techo nevado, era derramándose en chorros de irisado polvillo, ora en extravagantes figuraciones de vidrieras policromas: rosáceas, cruces, círculos y tulipanes rosa, morado, amarillo, verde... De pronto una glauca claridad de aquarium sucedía al esplendor de las mil policromías y entonces el blanco tapiz se cubría de extrañas fosforescencias de una maravillosa hermosura. Estalactitas y estalacmitas finas y transparentes caían o se levantaban de una rama a otra y de éstas al suelo. Imitaban suntuosas arañas, esculturales candelabros, guirlandas, crisuelas y pendiles de perlas y diamantes.

Los dos hombres callaban sobrecojidos por la hermosura casi sobrenatural y el silencio impresionante que reinaba en aquellas selvas heladas donde todo, a excepción de ellos mismos, parecía muerto y abandonado.

Al emerger del bosque se presentaba bruscamente la visión de los amplios espacios descubiertos. Valles y llanos se confundían en lo hondo del paisaje, mar o lago inmovilizado y deslumbrante con sus aldeas y caseríos ocultos en la nieve, visibles sólo por el cenital de humo que esparcían sus chimeneas.

Mirando hacia arriba aparecía el mundo caótico de las grandes soledades desoladas: declives vertiginosos, roquedales negruzcos,

ventisqueros de corindón blanco, glaciares con transparencias azulinas... La blanca sierra dibujaba sus festones en el cielo y ese cielo era allí como un vacío inconmensurable, un insondable abismo negro puesto al revés. Fijar la vista en sus incalculables honduras daba vértigo y palpitaciones.

A medida que el espacio se extendía y se ahondaba entre el país poblado y él, Greiz experimentaba una sensación de alivio: su pecho se ensanchaba, su espíritu volaba. Un inmenso deseo de fundirse y perderse en esa pura atmósfera se apoderaba de todo su ser y le pesaba tener que volverse a hundirse en el mundo donde los hombres engañaban y odiaban, se querellaban, se perseguían. #

Al deslizarse vertiginosamente por las nevadas pendientes, sus esquís parecían tener alas. A penas rozaban el suelo proyectando su cuerpo ingrávito hacia la inmensidad blanca con un suave crujido de seda estrujada.

Y allí estaba también Pietrot manifestando su goce de una manera diferente, física, franca y ruidosa. Deslizábase interpellando a seres o cosas imaginarias, Saludaba a los árboles con gritos salvajes que resonaban por la quebradas y los bosques como los de un jinete ebrio de velocidad y de espacio.

Al llegar a la aldea, oficial y soldado se sentían dichosos, unidos por la complicidad de ese gran deleite y hubiéranse abrazado sino fuera por el pudor que les retenía.

El teniente expulsaba la nieve de sus botas, tiraba en cualquier parte los peludos guantes y gorro, gritaba alegremente:

"¡Pietrot, atiza el fuego!"

El soldado obedecía con movimientos torpes de oso. Pero Greiz no sólo no se enfadaba sino que se enternecía ante la torpeza del muchacho. Sin embargo le chillaba con voz de trueno:

"Pietrot, no duermas hombre, tengo un hambre canina!

Mientras esperaba la cena Alexis Greiz paseaba por la cocina, desde el hogar a la ventana, preguntándose interiormente si tenía derecho a sentirse tan intensamente feliz. No: no lo tenía puesto que alrededor soldados y campesinos eran desventurados. Ahí estaba el cabo Gerah, casado y con dos criaturas. Greiz sabía que era una absurdidad pedir permiso para él. Sin embargo se proponía hacerlo así que se presentara la ocasión de ir a Kirch y hablar oportunamente al comandante. ¿Y Koula? ¿Qué lamentable que su mujer le hubiese abandonado por otro! ¿Y el taciturno y siempre sarcástico Mirtva? Greiz le compadecía. ¿Qué culpa tenía el muchacho de poseer un carácter tan tétrico y desigual? ¿Y el Peque? (llamado así por ser el más joven de la tropa). Daba lástima verle por los caminos, tan flaco y encorvado bajo el peso del casco y el fusil.

"Mi teniente, la cena está a punto", decía de pronto Pietrot.

"Santa palabra!

¿Qué ganas tenía de sacudir al asistente por los hombros, cosquillearle los costados, oírle reír a carcajadas! ¿Por qué endiablado privilegio ese excelente muchacho, mejor esquiador que él, más generoso que él, más humilde, le servía de criado? Por fortuna iban a repartirse equitativamente la cena, es decir, según el hambre de cada uno: la parte mayor para Pietrot y la pequeña para el teniente.

Pero la llegada de Marta destruía en un instante el estado de exaltación y de dicha producido por la visión augusta del paisaje nevado. La campesina daba a penas las buenas noches, calentábase el conocido tazón de leche y mojaba pan en silencio. Sus ojos no se apartaban de las brasas como si quisiera, en lo posible, evitar a los militares.

Entonces Alexis Greiz se olvidaba de Gerah, de Koula, de Mirtva

y del Peque%. Hallaba lógico y natural que el rústico Pietrot le sirviera y le obedeciera; dábase cuenta de lo absurdo que resultaba querer divertirse con el soldado como dos cachorros, cuando él era el jefe y el otro un individuo de tropa.

Encendía un cigarrillo y fumaba calladamente. Mientras en su interior se oscurecía el luminoso paisaje nevado, soñaba en el final de la guerra y en el retorno a su país.

III

Unos días más tarde Alexis Greiz volvía a pasear a grandes zancadas por la cocina mientras el asistente reanimaba el fuego y preparaba la cena. Acababan de regresar de una de esas excursiones al monte cuyo retorno en esquíes representaba para los dos hombres un goce tan profundo.

"Oye, Pietrot," dijo de pronto el oficial.

"¿Mi teniente?"

El soldado había dejado de remover las gachas. Quedóse con la cuchara de palo en la mano y la vista levantada hacia el jefe.

"Contéstame con sinceridad a lo que voy a preguntarte".

"Sí, mi teniente."

"¿Crees tú que en Hernam hay campesinos infelices y hambrientos?"

Lomja volvía a revolver las gachas y tardó en contestar.

"A mí me parece que no..."

Pero mentía. Estaba pensando en Sofía Kart y en su auténtica y no disimulable pobreza, pero el miedo a que el teniente le mandara llevarle algo y tener que acercársele, le daba escalofríos.

"¿Y los Ingrid?" insinuó el teniente.

"Ellos sí", contestó con vehemencia Pietrot; "ellos sí, mi teniente. La pobre vieja ha tenido que vender la última vaca que les

quedaba y el chico se muere de tisis".

Sin esperar un momento más Alexis Greiz salió de la cocina. Volvió pronto con un voluminoso envoltorio donde había puesto una lata de carne en conserva, un paquete de galletas y una botella de oporto.

Mientras se calzaba las botas le preguntó al soldado:

"¿Qué hora es, Pietrot?"

"Van a dar las siete, mi teniente". Volvióse y vio que el jefe estaba abrochándose la pelliza.

"Pero ¿va a ir ahora?"

Mostraba un rostro tan compungido que el teniente se echó a reír.

"Díjome usted que tenía mucha hambre, las gachas están a punto. Se enfriarán, su cuajarán, se quedarán más duras que el cemento."

"Haz dos partes iguales... es decir, desiguales como de costumbre; cómete la tuya y deja la otra cerca del fuego."

"Mi teniente, le esperaré."

"¡Quia! Te mando que comas solo; es una orden irrevocable."

Greiz salió cerrando la puerta.

Marta llegaba en aquel momento, el teniente se apartó para dejarla pasar.

Viendo que las trébedes estaban libres, la campesina colocó en ellas el cazo con la leche.

Miraba con fijeza la superficie blanca y cremosa esperando que se hinchara y subiera. Ya empezaba a despedir olorosos vapores, síntoma de próxima ebullición.

Lomja comía con apetito, la campesina oía el ruido de su masticación, veía sus enormes pies junto al fuego, aspiraba sin querer el hedor de pipa que el soldado despedía a todas horas. "Es como un perro fiel esperando al amo," se decía, "lame la cuchara y el plato, ree suella y huele mal." "

Entretanto Alexis Greiz se dirigía a casa de los Ingrid.

El frío y el silencio señoreaban en la aldea. Sin el más leve susurro un helado remusgo circulaba por la llanura. Callaba el congelado río, callaba el gélido chorro de la fuente, callaban los árboles grávidos de polvillo blanco. Todo parecía muerto y abandonado. En lo alto del cielo, inconmensurablemente hondo y lejano, los astros lucían y titilaban con brillantes destellos. Parecía distinguírseles ventilados y libres bogando en el espacio a distancias vertiginosas.

Greiz llevaba el paquete bajo el brazo. Iba de prisa con ansias de llegar pronto. Se imaginaba la sorpresa y la alegría que forzosamente habían de llevarse el enfermo y su madre al recibir tamaño obsequio. Pero no estaba seguro de ser bien recibido. No sabía con qué palabras iba a abordarles. Serían sencillas y humildes para no ofender la pobreza y el dolor de los favorecidos.

Se halló de pronto ante la casuca muda, con la puerta y ventanas cerradas que no filtraban ni un hilillo de luz. La humilde vivienda del tísico se le antojaba de pronto a Greiz una fortaleza inexpugnable.

Por fin dejó caer la pesada anilla y un eco sordo y lóbrego se esparció por el interior. Se apagó el eco, nadie vino a la puerta y el silencio ~~volvía a~~ ^{de nuevo} reina dentro y fuera de la casa.

Greiz volvió a golpear la puerta. Algo se movió por fin en el interior. Oyéronse unos pasos blandos, arrastradizos. Una voz de mujer preguntó:

"¿Quién es?"

Esta sencilla pregunta desconcertó al teniente. Después de vacilar un momento contestó:

"Un amigo".

Pero no debieron creerle pues la voz no volvió a oírse y los pasos se alejaron de la puerta.

Greiz bajó lentamente el declive, el envoltorio le parecía ahora

más pesado. Caminó por la tierra alfombrada de nieve fresca donde sus pasos producían un suave ruido de seda estrujada.

Aún soplabla el remusgo, callaba el río, los árboles, la fuente. La aldea dormía con falso reposo pronta a despertar, a agredir, a destruir al enemigo. "Y yo soy el enemigo" pensaba Greiz.

Pietrot le recibió extrañado pero feliz. Aún no había terminado de comer su porción de gachas y ya estaba el jefe de vuelta. Se apresuró a servirle la cena.

"Pietrot, mañana llevarás esto a los Ingrid".

"Bien, mi teniente".

Y ya no hablaron más aquella noche.

■

■ ■

Una mañana Erika se presentó en casa Mons.

"He visto a esos hombres alejarse en trineo, he pensado: irán lejos, buena ocasión para hablarle a Marta".

Esta la miró con ojos interrogadores.

La viuda bajó la voz:

"Se prepara una gran ofensiva para la primavera; los de Mulstein quieren saber si en Hernam estamos dispuestos a ayudarles."

"¿Qué podemos hacer las mujeres?"

"Como los hombres".

"¿Empuñar un arma?"

"¿Por qué no?"

"¿Y dónde estén esas armas?"

"Ellos nos las proporcionarán".

"Bueno. ~~de~~ de aquí a la primavera..."

"Hay que organizar muchas cosas. Es todo el país que va a levantarse."

Marta no mostraba el menor entusiasmo.

"Ya no espero ni creo en nada", murmuró.

"¿Ni en la liberación?"

"¿En la liberación?... Sí... creo y espero en ese momento. Pero cuando seamos libres ¿quién labrará la tierra de Hernam, quién compondrá los hórreos y los heniles, quién se casará con nosotras?"

"¿Qué pensamientos más absurdos!" exclamó Erika. "Lo primero es expulsarlos del país, después ya veremos."

"Yo no sé manejar un fusil", dijo Marta.

"Bah! Los de Mulstein preguntan si aquí se colabora con el ocupante o si se lucha con la resistencia."

"¿Y tú que has dicho?"

"Que la aldea ha sido siempre resistente. Que vengan a comprobarlo a nuestro cementerio."

"Bueno, ¿y yo qué tengo que hacer?"

"De momento registrar los papeles del teniente".

Marta reflexionó un momento, luego dijo:

"Es una faena repugnante".

"En la guerra no hay nada repugnante. ¿Es o no repugnante fusilar a treinta y dos hombres inocentes para vengar a uno solo?"

"Más que repugnante es infame".

Los ojos de Marta relucían ahora de indignación.

"Examina los papeles del teniente. Ve si hay algo que pueda orientarnos".

Cuando Erika se fué, Marta se sintió muy turbada. La humillaba el haber aceptado. Pero ¡no iba a rehusar! Hasta entonces había podido mantener la cabeza alta, mirar cara a cara al enemigo: ahora ya no podría.

Subió por fin al cuarto del teniente. Respiró con angustia el olor de cuero y de tabaco rubio que flotaba en la habitación. Dió unos pasos lentos y vacilantes: las piernas le temblaban, sentía un desso casi irrefrenable de huir.

Acercóse a la mesa y abrió con repugnancia una carpeta bastante voluminosa. Vió un paquete de cartas en cuyos sobres podía leerse:

Teniente Greiz, Alexis, Pear.

Sector, W

Zona, H

En campaña.

No llevaba sellos de correos sino una estampilla con un emblema.

Marta sacó el pliego de un sobre, trató de leerlo. Como había supuesto, no comprendía ni una palabra. Era una nueva humillación. Todas las cartas parecían de la misma persona: una mujer sin duda. No podía descifrar la firma que consistía en una sola inicial seguida de un rasgo oblicuo.

En la carpeta se hallaba también un mapa de la región en escala de 1 por 10.000. Marta leyó los nombres de los pueblos alrededor de Hernam; vió aquí y allá unas líneas azules y unos puntitos rojos trazados con lápiz.

De pronto tuvo miedo. El teniente podía llegar, cogerla con las manos en la masa. Púsole todo en orden, bajó precipitadamente a la cocina.

II

Poco más o menos una semana después, Erika volvió a casa Mons. El oficial y el soldado se habían ido a Kirch en trineo.

"¿Hay algo?", preguntó la viuda.

"¿Qué sé yo?" exclamó Marta de mal humor. "No entiendo una palabra de esa maldita lengua."

Entre compadecida y burlona Erika preguntó:

"¿No la habías aprendido en la escuela de Mulstein?"

"Lo intenté pero no me entraba."

"Bueno, ¡vamos a ver!"

Subieron a la habitación del teniente. La viuda se puso a abrir sobres y a leer cartas. Marta vigilaba la calle procurando no acercarse a la ventana.

"Nada", dijo Erika tirando con despecho los papeles sobre la mesa. No apartaba la vista del mapa.

"A no ser que esto... ¿Qué querrán decir estas marcas rojas y

azules? Si pudiese llevármelo y enseñárselo a los de Mulstein..."

"No seas majadera. El teniente se daría cuenta en seguida".

"Si pudiera copiarlo..."

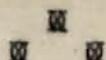
"Todo esto va a traernos nuevos disgustos", dijo Marta nerviosamente.

"Nada de ^{be} asustarnos ya", saltó Erika.

"Siempre hay un peor".

"¿Peor que ~~lo que nos ha sucedido~~ ^{nuestra soledad}, peor que nuestra esclavitud y ~~esta~~ vergüenza? La misma muerte sería preferible a todo esto!"

~~¿Sabes tú qué clase de muerte?~~
~~Depende de cómo se muera~~



Marta fué por fin a ver a Miguel.

El enfermo estaba acostado en la cocina donde Ada había trasladado la cama para resguardarle del frío.

La pieza tenía una estrecha ventana que daba al mediodía y a veces, muy raramente, entraba por ella un poco de sol. A través del ahumado cristal y de las telarañas, esparcía su luz amarillenta por las agrietadas losas. Cuando esto sucedía, Miguel clavaba la vista en esa mancha rectangular y soñaba en los países cálidos del sur, países que no conocía más que de referencias, en los cuales, según decían, el cielo es siempre azul y el sol caliente.

El humo del hogar flotaba como azulinos velos yuxtapuestos entre los seres y las cosas dándoles un aspecto borroso de vieja pintura holandesa. Y ese humo constante no sólo obscurecía las paredes, las vigas del techo, los viejos muebles y el marco de la ventana, sino que impregnaba el aposento de su peculiar olor y hacía toser al enfermo.

Al ver a Marta, Miguel levantó la cabeza, exclamó:

"¡Por fin!"

"¿Cómo te encuentras?", preguntó la joven.

Miguel tosió, escupió, contestó entre jadeos:

"Mal..."

Marta mintió para animarle.

"Tienes mejor color".

"Es la fiebre", resolló él.

Sus ojos parecían aún mayores que en verano. Se le comían la huesuda frente, las mejillas exhaustas.

"Siempre quería venir", explicó Marta, "pero no me queda un momento libre, sola para toda la casa".

"Pero en invierno no puedes trabajar en los campos ni apacentar las vacas", ^{insinuó} ~~le~~ Miguel.

"¿Sabes?", dijo Ada de pronto, "han requisado otra vez en casa de Rohe y también a la viuda Egger."

"¿Requisado? ¿Qué?"

"Pues uno de los cerdos de Martín y unas gallinas de Erika."

"Y a usted, Ada, ¿no le han requisado algo?"

"A mí nunca. El teniente es muy bueno con nosotros. No sólo no me despoja sino que me hizo traer por su ordenanza carne de lata, galletas, vino de Oporto..."

"Yo no aceptaría", dijo Marta.

Ada gimió:

"¡Triste de mí! Pobres como somos ¿por qué no he de aceptar?"

Marta se movió nerviosamente.

"Apuesto a que ya quieres marcharte" dijo Miguel.

Pero Marta ni siquiera le oyó.

"Ese quita a los unos y da a los otros" dijo.

"Unos tienen, otros no," replicó Ada enjugándose los ojos con la punta del delantal.

"Y ¿para qué quiere tanta carne de cerdo y tanta ave?", preguntó Marta de pronto.

"Tiene que mantener a doce hombres jóvenes".

"¡Lástima que no revienten de hartos!"

Marta estaba ya de pie.

"Pero ¿te vas?", suspiró Miguel.

La voz de la joven se dulcificó al decir:

"Sí, Miguel, pero volveré pronto. Ahora vendré a menudo."

"¡Quíá! Ahora ya no te veo hasta la primavera."

¡La primavera! pensó Marta, ¿dónde estarás tú, pobrecito, para la primavera?

Dijo en voz alta:

"¡Qué disparate! ¡Ya verás como vuelvo!"

"Dicen que para la primavera"... insinuó Ada.

"¿El levantamiento? Bah!"

"Erika pretende que para el verano próximo seremos libres."

"Erika es una visionaria."

Marta se despidió y salió.

Al llegar a la calle vió que estaba nevando. Abundantes copos imponderables y diáfanos se derramaban silenciosamente. En la desolación del paisaje sólo ellos parecían vivir. Revoloteaban y se posaban en la tierra mezclándose al magnífico manto que la vestía o se detenían en las pestañas y en los labios de Marta, evaporándose.

Paraba de nevar un momento y se ponía a brillar el sol. Una luz espectral bañaba la región entera. Las cimas montañosas aparecían a lo lejos refulgiendo en el horizonte. El bosque, con sus árboles grávidos de nieve, como un ejército de gigantes encapotados, parecía avanzar sin ruido hacia la llanura.

Al oeste, entre los altos esqueletos de los álamos, brillaba el río como bruñido acero. Las manchas oscuras y voladizas de los cuervos se destacaban aquí y allá, ora en el cielo gris, ora en la tierra blanca. De pronto levantábanse en bandas, graznando. Pero volvían siempre al mismo sitio, se arremolinaban croando sobre algo que Marta no distinguía aún. Al ver a la mujer huyeron dando graznidos.

Marta distinguió por fin un cuervo caído en la nieve. Hundiendo en ella las piernas, la campesina se acercó con curiosidad. El ave asustada agitó las alas una de las cuales estaba rígida. Volvió a caer pesadamente y la muchacha descubrió una mancha de sangre. Los ojos del animal herido expresaban sufrimiento y terror.

En otros tiempos Marta le habría recogido e intentado curarlo, pero la guerra había endurecido su corazón. Alejóse del pájaro moribundo pensando que ya no volvería a volar. Aquella noche una espesa capa de nieve lo cubriría. Dormiría su último sueño en el mullido lecho helado. Y al llegar la primavera la nieve se derretiría y el cuerpo incorrupto del ave aparecería entre los crocos y las primaveras. Como si viviera aún, sus plumas serían de terciopelo y sus ojos parecerían dos amatistas.

■

Cuando Marta llegó a su casa encontró al teniente paseando por la cocina. Al ver entrar a la labriega, Alexis Greiz se paró bruscamente.

"Por favor, dígame lo que busca usted en mi carpeta."

Marta aterrada, sólo acertó a decir:

"Yo..."

"¿Qué esperaba encontrar allí?"

Marta pensaba: Si pudiera decirle que Erika me ha obligado a ello, si pudiera confesarle la repugnancia y el sufrimiento que sentía...

"Lo que usted ha hecho es una chiquillada", prosiguió el teniente poniéndose de nuevo a pasear. "No procuraré ningún dato a los resistentes y la coloca a usted en una situación difícil".

La campesina seguía callando. Greiz se paró ante ella:

"¿No comprende que no voy a dejar a la disposición del primero que llegue un secreto de estado o de estrategia militar?"

Esperó un momento por ver si la labriega replicaba, pero ella continuó silenciosa.

"Yo no soy nadie", puntualizó Greiz. "No dirijo nada, no decido nada. Obedezco."

Como yo, # pensó Marta.

"Los que tienen documentos importantes para un espía no están en Hernam ni siquiera en Kirch. Debería usted ir más lejos y exponerse a peligros mayores para obtener provecho para los resistentes."

Marta no desplegaba los labios ni se movía.

"¿Puede usted leer en nuestra lengua?" preguntó de pronto el oficial.

Marta meneó la cabeza.

"Entonces, ¿no se ha enterado siquiera del contenido de esas cartas?"

"No", dijo Marta, con provocante satisfacción.

Greiz se alejó paseando hasta la ventana, luego volvió hacia la campesina.

"Sabe que podría enviarla a la cárcel o ante un pelotón de ejecución?"

Marta palideció. Sus pupilas se dilataron pero no abrió la boca ni se movió.

"Tiene usted suerte de haber tropezado conmigo."

Greiz parecía de pronto de buen humor, hasta sonrió levemente. Sacó la pitillera, escogió un cigarrillo, lo encendió. Tiró la cerilla al fuego: una llamita viva se levantó y se apagó en el acto.

Marta seguía todos los movimientos del teniente con la mirada. Sabía que Greiz llevaba razón, tenía derecho a mandarla arrestar y hasta a ejecutar por espía. No se sentía heroica sino ridícula y profundamente humillada. Sentía tanta vergüenza y tanto asco de todo esto que sus ojos se llenaron de lágrimas.

"No lllore usted, por Dios", dijo el teniente equivocándose sobre la causa de este súbito cambio de actitud. "Pero no vuelva a empezar", añadió, "me gusta el orden, no puedo remediarlo y sobre todo, no se imagine usted que yo sé algo sobre los planes del Estado

Mayor. ¡Qué disparate! Sin duda los conozco menos que los propios resistentes.

Señaló el mapa con la mano.

"En cuanto a eso no tiene nada que ver con la guerra. Se trata únicamente de mis correrías de esquiador. Las líneas azules son caminos penosamente trazados para subir a lo alto del monte sin exponerse a caer en una hoya y los puntos rojos son grupos de árboles o de rocas que hay que evitar al deslizarse."

Marta recordó la importancia que Erika atribuía a ese mapa: no pudo menos que compadecerla y compadecerse.

"¿Me promete usted no volver a empezar?" ~~Algunos~~

Ella le miró intensamente, pero no contestó.

"Se lo prometo", Nada más " dijo Greig
Marta salió sin desplegar los labios.

¶

¶ ¶

Llegaban las Navidades. Greiz había prometido a sus soldados la celebración de la fiesta tradicional del árbol. Y los muchachos no hablaban de otra cosa.

De momento habían olvidado la amargura de una campaña larga e incierta y también el entusiasmo por los deportes de nieve y el deseo casi morboso de hablar de amoríos y de escándalos de cuartel.

Pasaban las horas soñando en el abeto que escogerían, cómo lo cortarían, trasladarían y colocarían, cómo adornarían las ramas y las canciones que cantarían, los versos que recitarían delante del árbol.

"Recortaremos en cartón estrellas de cinco y de seis puntas", decía uno.

"Las cubriremos de papel de estaño", decía otro.

"En mi casa lo hacíamos con papel tornasolado; parecían astros de verdad", dijo el Pegue.

"Sí, pero aquí carecemos de elementos", observó Koula.

"La viuda Egger me dijo que nos daría una hoja de papel de plata que tiene en el fondo de una caja de puros. Habrá por lo menos para seis astros."

"Tenemos que construir una estrella mayor que las otras y colocarla en lugar preferente. Representará la estrella que guió a los Reyes Magos."

"Eso son supersticiones", comentó Mirtva.

"¿Qué sabes tú?", saltó uno que era católico.

"No os metáis en teologías", gritó el cabo.

"Tal vez el teniente nos deje ir a Kirch", insinuó Pietrot.

"Allí es fácil hallar cartón, papel de estaño y guirnalda."

"Y en el bosque hallaremos el acebo y el muérdago".

Dijo otro:

"Si tuviéramos purpurina, doraríamos las hojas de acebo; con las manchitas rojas del fruto hace un efecto sorprendente".

"¿Y qué vamos a regalarle a nuestro jefe?", preguntó Gerah.

"Como no le demos alguno de nuestros objetos usados..."

"Yo tengo una jabonera de celuloide en muy buen estado", dijo el Peque; "lavándola y envolviéndola con papel de seda..."

"Con un lacito azul", saltó Mirtva burlón.

"¿Pues qué vamos a hacer? Aquí uno no puede comprar nada".

Dijo Koula:

"Yo voy a labrar una remolacha con la punta del cuchillo. Esculpiré el nacimiento con todos sus detalles. Una obra de arte; ya veréis".

"Sí... sí..." (Como siempre Mirtva se mostraba pesimista). "La remolacha se secará o se pudrirá, y, ¡adiós, obra de arte!"

"Si tuviéramos una punta de platino podríamos pirograbar un cenicero o un pisapapeles", insinuó uno de los soldados, "porque aquí hay trozos de madera preciosos".

"¡Buena idea!", saltó otro. "Yo vaciaré una pipa en una pieza de castaño".

"Podríamos esculpir una infinidad de objetos sólo con nuestros cuchillos", dijo Gerah.

"Yo labraré un oso bailando", dijo Pietrot.

"¡Cuidado!", saltó el Peque, "van a creer que es tu retrato."

■

Cada vez que se reunían hablaban de lo mismo. En los meses que llevaban juntos en Hernam habían agotado todos los temas de conversa-

ción. Pero ya no era necesario buscar otros nuevos. Pensamientos y diálogos giraban entorno al tema único: el árbol de Navidad.

Pietrot decía a Greiz:

"¿Cuándo vamos a cortar el abeto, mi teniente?"

"¡Qué prisas, hijo!"

"Es que hay que dejarlo gotear unos días antes de entrarlo y también hacerle un sólido pie de madera para que se aguante."

Greiz callaba.

"Los muchachos ya se impacientan, mi teniente".

"¡Qué chicharra!"

Los ojos de Pietrot se llenaron de lágrimas. Greiz lo vió y se echó a reír:

"No llores, palomito", dijo burlón. "Mañana daré mis instrucciones al cabo."

Pietrot pidió permiso para salir y se fué corriendo a la taberna de Anrhem donde la tropa preparaba el rancho y pasaba las veladas.

"¡Muchachos! ¡Muchachos! El teniente hablará mañana con el cabo."

"¿Vamos por fin a cortar el abeto?" preguntó el Equo anhelante.
Peque

"¡Hurra!"

"¡Hurra!" gritaron todos a la vez tirando sus gorros al aire.

■

Greiz fué a casa de Anrhem una de aquellas veladas. Todos los hombres estaban allí reunidos. Al ver al teniente pusieron en pie de un salto y se cuadraron.

"Gerah", dijo Greiz dirigiéndose al cabo. "Escoge cuatro hombres. Mañana ireis al bosque a cortar el abeto".

Cada soldado miraba al cabo con la esperanza de ser el elegido.

"Ahora quisierais ir todos, ¿no?" dijo Greiz sonriendo.

"Sí, mi teniente", exclamó el Peque.

"Claro, mi teniente", confirmó Gerah.

"Y ¿quién vigilará el pueblo? ¿Estamos aquí para celebrar las Navidades, ir a cortar abetos y divertirnos o para luchar contra la resistencia?"

Siguió un silencio penoso.

"¡Qué chiquillos sois!", prosiguió Greiz meneando la cabeza.

"Los guerrilleros no duermen. El día menos pensado pueden cogernos desprevenidos y atacarnos. ¿Tenéis al alcance de la mano el fusil, el machete, la cartuchera, el casco? ¿Podéis disponer de ellos en un fragmento de minuto?"

Los soldados empezaron a temblar. La mirada escrutadora del jefe pasaba de uno a otro examinando el calzado y el uniforme.

"Si ahora, en este preciso momento, se oyera un disparo y uno de los nuestros cayera, ¿estáis en condiciones morales y físicas de combatir, de defenderos hasta la victoria o la muerte?"

"Sí, mi teniente".

"¡Sí!"

"¡Sí!"

Pietrot Lomja pensaba: "¡Dios de Dios, qué humor gasta el jefe!"

El cabo se decía: "Bueno está el horno para tortas".

Los demás no sabían a qué santo encomendarse. Estaban soñando en astros purpúreos, candelas encendidas, poesías y cantos y se encontraban de súbito ante la perspectiva de haber descuidado cualquier bagatela del servicio y pasar las tan deseadas Navidades en la prisión militar de Kirch.

"Estoy de acuerdo", continuó el teniente, "en que, como cristianos y soldados celebremos dentro de nuestros pobres recursos la Natividad del Señor. Pero", añadió sin apartar la vista de sus hombres, "no vayamos a desdeñar los peligros que nos amenazan a cada instante.

Siento tener que repetir lo que tantas veces he dicho: ni bebida ni mujeres. Si veo a uno de vosotros titubeando sobre las piernas o platicando con una campesina, le mando unos días al calabozo sin más forma de proceso."

Todos los hombres permanecían rígidos, escuchando. Mirtva miraba al teniente con despecho.

"Ya sé que es algo arduo", prosiguió el teniente mirándole también; "ser joven y no poder emborracharse de vez en cuando ni acercarse a una joven para galantearla. He notado que olvidáis con demasiada frecuencia nuestra delicada situación en este país. Todo el mundo nos aborrece y por un quítame allá esas pajas nos colgarían de un árbol o nos destrozarían el cráneo de un escopetazo. Si no lo hacen es porque de momento no pueden."

Respiró hondamente, continuó con cierto deje de pesar:

"Somos jóvenes, aquí hay chicas guapas, no sólo en Hernam sino en las aldeas vecinas. Pero meteos en la cabeza, muchachos, que esas no son para nosotros. No olvidéis que bajo esas formas graciosas se oculta una llama de odio pronta a inflamarse."

Oíase la respiración acelerada de los soldados y algunos, como Mirtva y el Peque, tenían la boca torcida de despecho. Ellos no creían, naturalmente, que hubiese el menor peligro en galantear a las muchachas y en empinar el codo de vez en cuando.

"Todos conocéis el caso del capitán Drel", prosiguió Greiz impasible. "Drel fué traídoramente asesinado en esta aldea por haber olvidado su delicada situación de ocupante. Creyó cándidamente en la simpatía de una joven aldeana que le citó en el bosque y lo entregó a los guerrilleros. Y seguramente ninguno de vosotros ha olvidado tampoco la trágica aventura del sargento Oppelin. Estando en una cervecería de Kirch, en compañía de alegres mujeres, se olvidó el revól-

ver sobre la mesa. Nadie se aprovechó del arma para tirarle un tiro por detrás y él se dió cuenta en seguida y volvió a buscarla. Desgraciadamente el comandante se enteró de la falta, y lo mandó fusilar. Era un buen soldado y un excelente hombre pero olvidó la disciplina. La disciplina", concluyó el teniente, "es la fuerza del ejército. Nuestro primer deber de militares es observarla. Sois soldados antes que hombres, no lo olvidéis."

Aceptó una silla cerca del fuego, respiró profundamente, dijo con voz afectuosa:

"Sentaos, muchachos, y hablemos de nuestros proyectos navideños."

■

■ ■

Era el día de Navidad. Un espeso ropaje blanco cubría el país, brillaba una luz especial, reinaba un silencio amplio y armonioso como el acorde de un órgano incommensurable.

Marta se levantó temprano bajo la opresiva sensación de una irrealidad dolorosa. Erraba por el caserío helado practicando maquinalmente las faenas domésticas. Pero nada era igual a los días corrientes: las sombras, los sonidos, el olor de las cosas tenían un significado distinto. Parecía como si todo respirase, todo hablara, y poco a poco, la casa se llenó de espectros, que caminaban y se movían sin ruido. Los viejos Mons, Bastián y Pedro, los mozos de labranza y hasta Thoss, el desaparecido cartero con sus eternas polainas y su bolsa en bandolera, erraban por las estancias cada uno con su atmosfera particular y su resplandor opaco. Todos susurraban: "¡Felices Navidades, Marta!"

Poco a poco la casa se pobló de ruidos auténticos. En la cocina alguien encendía el fuego. Oíase el crujido de las astillas al partirse y en seguida la crepitación de las llamas y luego el retintín de la loza y de los cacharros. Era exactamente como si la madre estuviese preparando los desayunos! En el cuarto de arriba resonaban pasos en el entarimado. Marta no podía por menos de imaginarse que eran los de Bastián acicalándose para la fiesta.

Un perfume embriagador de abeto se esparcía por todos los bajos; el clásico olor de Navidades. Aspirándolo Marta sentía el corazón acelerar sus latidos y todo su ser se ponía a vibrar de esperanza. Pero el tragar doméstico y el retintín de loza en la cocina eran obra

de un soldado extranjero y las pisadas de arriba, las de un oficial enemigo, y la fragancia de abeto, sólo un insulto a su dolor.

Estaba sola, sola en el mundo! Todo lo que constituía la hermosura de la vida, familia, amistad, amor, con su cortejo de esperanzas e ilusiones, se hallaba ahora bajo la tierra cubierto por diez pies de nieve. La fiesta navideña no podía ser para Marta más que la evocación de un cementerio y más concretamente, de un Cementerio de Juillados.

Si hubiera podido ir allí, comulgar con la sombra de los muertos... Pero no se atrevía. Aunque, gracias a los esfuerzos de los soldados, el camino de Meaully estaba transitable, al interior de la empalizada se extendía un uniforme campo helado donde desaparecía la avenida central, las plantas, las tumbas y hasta las cruces. La nieve se había apoderado del humilde cementerio campestre, lo tenía aislado en su regazo, ya no lo soltaría hasta la primavera cuando los crocos azulados y las estrellitas amarillas asomaran sus cabecitas por el helado lienzo reblandecido.

Marta decidió de pronto marcharse de su casa. No se sentía con ánimos de afrontar ese largo día en compañía de la soldadesca. Puesto que sin tener en cuenta la afrenta y la humillación que eso significaba, el teniente había decidido celebrar las Navidades de la tropa en casa Mons, Marta iría a pasarlas con los Ingrid. El ex soldado y su madre no hacían más que insistir para que aceptara.

Tomó un lomo entero de cerdo en adobo, un tarro de cerezas en dulce, y su labor. Arropóse cabeza y cuerpo en un pañolón de lana y salió sin decir palabra a los extranjeros.

La puerta de los Ingrid estaba sólo entornada; Marta se adentró por el zaguán. Al oír pasos el enfermo se incorporó.

"Madre ha ido a no sé qué a casa de Catalina Krefeld. ¿Vienes a pasar la Navidad con nosotros?"

"Sí", dijo Marta y añadió: "¿Cómo estás?"

"Mal", suspiró el tísico. "Cada día peor."

"Os he traído un solomillo y un tarro de dulce."

Ada entraba en aquel momento; exclamó con placer:

"¡Oh, Marta, qué espléndida!"

"Sólo pongo una condición: que no se coma hoy".

Ada y Miguel acogieron estas palabras con un respetuoso silencio impregnado de protestas. Marta comprendió.

"¡No vamos a celebrar las Navidades al cabo de ocho meses de los fusilamientos!"

Fué a sentarse junto a la ventanuca; comenzó a hacer calceta.

La anciana tenía aún el regalo en las manos.

"¡Muéstramelo!" susurró Miguel. Lo contempló con deseo y suspiró meneando la cabeza.

"Voy a prepararte una comida succulenta", dijo Ada para consolarlo. "¡Ya verás!"

Guardó el solomillo y el tarro de cerezas. ~~Inmediatamente des-~~
~~pués~~ Púsose a avivar el fuego y a colocar en él trébedes y marmitas.
"Después de todo", se decía, "el chico no ha sido nunca resistente, no participó en el asesinato del capitán Drel ni combatió en los bosques al lado de los guerrilleros, ni estuvo en el fusilamiento de rehenes. ¡Ya ha pagado su contribución al sufrimiento nacional el pobrete! Tiene perfecto derecho a celebrar lo mejor posible las últimas Navidades de su vida". Y al pensar que Miguel iba a morir antes que ella, el viejo cuerpo de Ada se estremecía de dolor.

Marta continuaba haciendo calceta; el enfermo pensaba y dormitaba, de vez en cuando abría los párpados, estiraba el cuello y miraba a la joven campesina. Contrariamente a lo que había pensado no sentía alegría alguna de tenerla cerca. Su presencia enfriaba el poco de dicha que hubiera iluminado ese día.

El teniente le había mandado el ordenanza con un obsequio. Deseaba hablarle de esto a Marta pero no se atrevía. Estaba tan ceñuda y rígida cruzando agujas y tejiendo hilos, como si hilos y agujas fueran sus adversarios.

Ada se acercó casi de puntillas, le preguntó a Miguel en un susurro:

"¿Destapamos el vino del teniente?" Y miró rápidamente a Marta.

"¡Claro!", exclamó el enfermo.

La comida fué realmente extraordinaria: un guisado de patatas con tocino ahumado, un plato de puré de castañas con crema de leche y torta de harina y huevos. El enfermo comió solo sin moverse de la cama y para no herir a Marta, no se hizo la menor alusión al sabor y calidad de los platos. Miguel se contentaba de guiñar el ojo a su madre y Ada era momentáneamente dichosa viendo el placer del muchacho.

Cuando Miguel estaba terminando de rebañar el amasijo de castañas y sorbiendo las últimas cucharadas de crema, Ada se acercó a él, le murmuró al oído:

"¿Quieres el vino ahora?"

El enfermo afirmó con la cabeza.

La copa estaba llena de líquido dorado y oloroso, él la alzó con su mano huesuda:

"Marta, tomarás un traguito, ¿no?"

Ella volvió bruscamente la cabeza.

"¿Qué es?"

"Oporto que me ha mandado el teniente."

Marta no se levantó de la silla.

"Brindarás a mi salud", dijo Miguel.

"No; no puedo brindar por ti con el vino de esos asesinos."

Ada había llenado otra copa. Viendo que Marta la rehusaba, la

levantó en su vieja mano:

"¡A tu salud, Miguel!"

"¡A la tuya, madre!"

Ada no había comido aún y aquel vino le ardía en el estómago vacío, pero ella no sentía la molestia, ni temía que pudiera hacerle daño, sólo veía el placer de su hijo.

"¡Qué rico!", dijo el enfermo.

"¡Riquísimo!", contestó Ada apoyándose en la pared para no caer.

Marta seguía en la silla baja haciendo calceta con una energía creciente.

II

Greiz dormía aún cuando sonó un golpe en la puerta.

"¡Felices Navidades, mi teniente!"

El oficial sacó una ~~mano~~^{mano} de las mantas y la ~~ofreció~~^{ofreció} al ordenanza.

"¡Felices Navidades, Pietrot!"

El soldado la estrechó con calor haciendo chocar los tacones.

Había dejado en el suelo un jarro con agua caliente y se fue cerrando la puerta.

Greiz saltó de la cama, principió a vestirse. Estaba preocupado con el discurso que tenía que pronunciar ante los soldados. No daba con las frases apropiadas a las circunstancias. Trató de concentrarse y darle una forma a su discurso, limitándose a las frases estrictamente imprescindibles. No ignoraba que, como la suya, el alma de los pobres muchachos se hallaba sumergida por la nostalgia del país y del hogar. Aquella excitación bulliciosa entorno al árbol de Navidad escondía la melancolía más patética. Todos sabían por experiencia que, lejos del país, cualquier día del año es más soportable que aquél. Los obsequios, las canciones, los versos que iban a prodigar ante el abeto iluminado no eran más que la droga que embriaga y

hace olvidar. ¿Olvidar? Nunca habían estado tan presentes en su memoria los recuerdos de las Navidades pasadas.

Se afeitaba ante el espejillo de Bastián Mons colgado aún del travesaño de la ventana donde el campesino lo dejara el día de su fusilamiento. Veía en la lunilla su rostro enjabonado y detrás el paisaje familiar: el declive alfombrado de nieve con sus árboles fantásticos adornados de flores y de prismas de hielo y la casuca de Ada Ingrid casi cubierta por el espeso manto blanco, con su chimenea ensombrecida y un leve cendal de humo azulado. Oía la tos de Pietrot abajo en la cocina, pero no lograba sentirse en Hernam. Recordaba, con una intensidad casi dolorosa, Lotz, su ciudad natal y su habitación de estudiante llena de libros y de desorden. La bañaba una luz tamizada y verdosa que ponía pinceladas de acuario en los muebles y en los cortinajes. Allí estaba el pesado y viejo sillón donde solía pasar sus mejores horas leyendo a los filósofos y a los poetas, el gran calorífero de fayanza que esparcía un calor suave y permanente, la cortina y la colcha de damasco cereza con un desgarrón aquí y una mancha de tinta allá, resabio de unas fiebres en vísperas de exámenes, la consola con su pastorcillo y pastorcilla de Sajonia ¡tan ridículos y enternecedores! Todo envuelto en olor de trementina y de barniz.

Detrás del helado cristal de la ventana empezaron a caer copos de nieve: primero lentos y espaciados, luego apretados y veloces. Formaban una espesa cortina que confundió y borró el paisaje. Desapareció primero el monte con sus negros abetos y en seguida el declive con sus fantásticos frutales, y, por último, la casita de Ada Ingrid con su espeso manto de nieve y el cendal de humo azulado.

Pero Greiz no veía nada de eso; un tropel de recuerdos le sumergía. Estaba en las calles de Lotz; barrenderos municipales se afanaban por dejar la calzada transitable. Con picos y palas apartaban y

amontonaban la nieve. Oíase el roce de las herramientas en el asfalto y la tos, algo bronca, de los hombres. Esparcían paladas de arena y sus torpes figuras se mezclaban a la compacta multitud, dificultaban el tránsito, topaban con la gente. Greiz sentía de pronto el deseo de abrazar a esos hombres. ¿Dónde estarían muchos de ellos? Muertos, sin duda, en los bombardeos o en el frente.

Miles de transeuntes circulaban por las calles de Lotz entre montañas de sorbetes de dudosa blancura. Se les veía avanzar a saltos y resbalones, retroceder para saludar a un conocido. Por todas partes se oía la clásica frase: ¡Felices Navidades! ¡Felices Navidades! Hombres y mujeres llevaban botas altas y abrigos de pieles con capuchón o gorro del mismo género. A penas se les distinguía unos de otros, convertidos, en apariencia, en animales peludos del ~~ártico~~ártico.

En los escaparates, los fiambres, las joyas, los vinos y licores, las prendas de vestir y los libros, parecían tener vida propia, sonreían, guiñaban el ojo, invitaban a apoderarse de ellos. Como si realmente estuviera allí, Greiz experimentaba la tortura de no llevar bastante dinero (y ¿cómo iba a llevarlo si nunca lo tuvo?) Era triste no poder adquirir uno u otro de aquellos objetos y ofrecérselos a su madre y hermanas.

Entre la movediza cortina de copos diáfanos brillaba, mágica, la luz de las tiendas con sus letreros de colores parpadeantes y serpentinicos, las estrellas de bombillas eléctricas, las guirnaldas de hilillos plateados y purpúreos, las esferas de cristal de todos tamaños: verdes, azules, rojas, amarillas...

Se oyó un golpe en la puerta.

"¿Qué hay?"

"Soy yo, mi teniente. El cabo pregunta a qué hora hay que iluminar el árbol.

"A las once."

Los pasos de Pietrot se perdieron escalera abajo.

El teniente volvió a pensar en su discurso. Evocó la homilía que tío Ralph, un pastor luterano hermano de su madre, solía pronunciar cada año ante el abeto navideño. Alexis y sus dos hermanas se reían a hurtadillas de las palabras evangélicamente ñoñas del viejo eclesiástico. Ahora, al pensar en su propio discurso, no se le ocurrían más que pálidas imitaciones de aquellas frases tan sobadas: Yo envío a mi mensajero delante de tu faz que apareje tu camino delante de ti. No; se decía "Alexis Greiz, yo les diré a mis soldados: "Muchachos: reunidos ante el abeto... alrededor del abeto... Bueno, ¿y qué más?" Y en seguida otra frase de tío Ralph acudía a su mente: Nació Jesús en Bethlem de Judea en días del Rey Herodes... "¡Qué absurdidad!", se decía el teniente: "¿Cómo voy a repetir yo esas frases bíblicas? Les hablaré de patria y de honor militar... No; eso les entristecería. ¡Al diablo los discursos!" Pero no podía zafarse; no había más remedio que encontrar algo.

Mientras iba torturando su imaginación pasábase cuidadosamente la navaja por las mejillas. Al chocar con los últimos pelos rebeldes la hoja producía un ruido áspero que le repercutía en la cabeza. Parábase un instante y escuchaba el gran silencio de la aldea y del monte donde le pareció de pronto distinguir un lejano sonido de campanas. Oía al mismo tiempo los latidos apresurados de su corazón palpitando en sus sienes. Aquel recóndito tañido podía venir realmente de una ciudad o pueblo lejano donde los campanarios no hubieran sido destruidos por las bombas, ni los curas resistentes encerrados en campos de concentración, o viajar desde siglos atrás como la proyección luminosa de esos astros ya apagados cuya luz a través de los espacios y las centurias brilla ahora para nosotros.

El monte, con sus sombríos abetos formados y rígidos como soldados de un ejército colosal, la casuca de Ada Ingrid, casi aplasta

da por el peso de la nieve, la fuente, con su grueso chorro congelado, parecían irreales, como perteneciendo a un mundo extinguido. Y esa luz extraña que bañaba el paisaje, no aparentaba derramarse del cielo sino exhalarse de la misma tierra.

Alexis Greiz se enjugó el rostro con la toalla, luego se puso la guerrera y el cinturón. Deslizó la punta de cuero por la hebilla, estiróse cuidadosamente los faldones, quedóse un momento inmóvil como queriendo recordar algo. Dió unos pasos vacilantes por la habitación. Paróse de pronto ante el crucifijo de bronce de Bastián Mons colocado a la cabecera de la cama. Sus ojos se iluminaron un momento; luego los cerró ~~como~~ para concentrarse. Juntó las manos como cuando era niño y su madre le enseñaba a rezar. "Dios mío; dame un poco de inspiración y, sobre todo, hazme bueno y justo con mis hombres... y también con mis enemigos", añadió.

■

El árbol de Navidad de los soldados ocupaba un gran espacio, se elevaba hasta el techo. Su perfume llenaba la cocina. Parecía como si un trozo de bosque estuviera allí con su fragancia deliciosa y su nota apacible de verde obscuro. La presencia de esas ramas extendidas horizontalmente convertía aquella rústica habitación en un lugar de paz presidido por una divinidad selvática. Pero cuando el abeto adquirió una real majestad fué cuando, después de cerrar cuidadosamente puertas y ventanas, los hombres alumbraron las candelas. Empezaron a brillar las guirnaldas de tenues flequecitos argénteos y los soles, lunas, estrellas de cinco, seis y hasta siete puntas: oro, plata, azul y verde. Los ramilletes de acebo ponían sus manchitas rojas aquí y allá entre las mil agujas del abeto, mezclándose con los ramitos de muérdago cuyas bayas blanco-rosadas aparecían opalinas a la luz de las candelas. Estas mostraban sus múltiples llamas de un

amarillo vivo. Parecían ojos parpadeantes mirando con benevolencia y amor.

Los soldados llevaban el uniforme de campaña y sus cascos y fusiles; por orden del teniente ^{se alineaban} a lo largo del muro poniendo una extraña nota bélica en la mística ceremonia.

En el hogar ardía un buen fuego y las llamas abundantes de las bujías se pusieron también a calentar. El olor del abeto se hizo más penetrante, una tenue nubecilla azul se espació por la estancia.

La mirada fascinada de los hombres no se apartaba del árbol. Aquellas lucecillas, aquel calor y fragancia de pino recalentado transformaban las almas de soldados en almas de niños. Era como si una varita mágica se hubiera puesto a borrar fechas: ya no tenían más de seis o siete años cada uno. En sus pupilas dilatadas, fijas en el abeto, se reflejaban las llamitas de las candelas. Parecía que cada ojo fuese una multiplicación de luces tan milagrosas y místicas como las que brillaban en el árbol. Ellos mismos ~~los~~ ^{lo} habían escogido entre los imponentes gigantes del bosque, sus venerables abuelos. Le arrancaron del lugar donde estaba destinado a vivir para traerlo aquí y sacrificarlo al rito ancestral, pero habían olvidado estos detalles, así como el pesado pie en forma de cruz que construyeron para sostenerlo derecho. Y ahora se imaginaban que el abeto había estado siempre allí en el suelo de la cocina hincando sus raíces en el entarimado.

No recordaban tampoco haber recortado los astros de cartón, dibujándolos antes con el compás del teniente, ni como los recubrieron de papel de estaño enganchado con cola. Ahora brillaban con fulgor sobrenatural. La límpida Venus, el refulgente Sirius, el magnífico Saturno y el rojizo Arturo no podían comparar su misterioso esplendor celeste con el de esos luceros de cartón y papel de estaño titilando en el firmamento de la ilusión.

En cuanto a las bujías... ninguno de los hombres las veía como vulgares cilindros de cera o de sebo con una mecha en el interior, que sus propias manos habían colocado allí después de mil apuros y fuertes discusiones sobre la técnica del equilibrio. Eran llamas divinas, llamas de gracia, corazones ardientes, cada uno de los cuales decía: perdón, amor, alegría, paz.

Más de quince días habían empleado en preparar los adornos, las luces, los obsequios que colgaban de las ramas. Pero en aquel momento, al ver los envolverios blancos y sus atadidos de viejos cordoncillos, cordeles y cintas de colores, los soldados se preguntaban: "¿Qué habrá allí dentro?" "¿Para quién será este o aquel paquetito?" Porque toda esta bendición de luces, de regalos, de perfume no tenía relación ninguna con sus correrías por el bosque y por las desvalijadas tiendas de Kirch ni con las largas horas pasadas labrando la madera, confeccionando un cofrecillo rústico, lavando y puliendo viejos objetos que deseaban remozar para ofrecer a un compañero.

Con la boca y los ojos abiertos estaban los soldados ante la divinidad de los bosques esperando de ella cualquier milagro.

Greiz contemplaba a sus hombres con emoción. Era un sentimiento a la vez grave y divertido el sentirse él, tan joven, como el padre de todos ellos. No podía demorar las palabras rituales que todos esperaban para abrir los envolverios y cantar las canciones. Pero la cabeza de Greiz era como una marmita vacía con un abejerro zumbante. El abejerro eran los fragmentos de frases de tío Ralph que el oficial quería evitar a todo trance. Levantó los angustiados ojos hacia el reloj de péndulo de Marta Mons, recordó que la había invitado cortésmente a asistir a la fiesta. Iba a hablar tres o cuatro minutos solamente. Cuando la manilla larga llegara a las doce, el discurso estaría terminado y él podría respirar a sus anchas.

"Muchachos", dijo. (Oh, por Dios, que no vaya a escapárseme una

de aquellas frases). "Muchachos... solo quiero decirnos unas palabras..."

Parecía sufrir tanto al buscarlas que los soldados se olvidaban de respirar y Gerah sudaba de angustia.

"Unas palabras", repitió, "cortas y sencillas."

De pronto el rostro se le iluminó.

"Este árbol cubierto de llamitas que nos reúne en fraternal comunión, en país extranjero y hostil, significa para nosotros, en primer lugar, el cumplimiento de un rito religioso: estas luces que brillan se han encendido en honor de Aquel que descendió a la tierra, se encarnó y se sacrificó por nosotros con el propósito de salvarnos. Y en segundo lugar, este abeto tan admirablemente adornado por vuestras manos, simboliza también el culto que rendimos a nuestro país lejano, a nuestras familias. Estoy seguro que en otros pueblos y ciudades (y al decir esto su voz tembló y todos los ojos se humedecieron), otros árboles se encienden y alrededor de sus ramas están los que nosotros amamos y que nos aman."

Hizo una pausa, se sonó y algunos hombres le imitaron. No se le había escapado ninguna frase de tío Ralph pero no podía pararse aún.

"Cuando un momento antes penetré en esta cocina y os vi con la mirada fija en el árbol como si esperaseis un milagro, me dije que el Señor nos lo había concedido ya al permitir que al cabo de casi tres años de guerra nos hallemos sanos y salvos ocupando una aldea apacible. Miro a vuestros semblantes ", añadió sonriendo, "veo dos ojos limpios y brillantes, una nariz, una boca entreabierta y si paro de hablar oigo vuestra respiración acompasada... ¿No es un milagro? Tenéis aspecto de hombres normales y sanos muchachos, mientras miles y miles de los nuestros están bajo tierra o en el fondo del mar. Me fijo en vuestros cuerpos y observo con placer que cada uno de ellos posee dos brazos, dos piernas, mientras en los hospitales y en las

clínicas hay montones de mutilados y de monstruos. ¿Qué favor más podemos pedirle al Señor?"

Miró al reloj, podía honradamente pararse pero de pronto sintió que todavía le quedaba algo por decir.

"Otra cosa; Estamos en país ocupado; no voy a repetir lo que os dije hace un par de semanas, es decir, que desconfiaseis hasta de las matas y de las piedras del camino, sino algo diferente; que tratéis de ser justos y hasta buenos con la gente de aquí. Sois hombres civilizados y cristianos, tenéis que tratarles con generosidad, casi me atrevo a decir con amistad. Estos pobres aldeanos pretenden ser nuestros enemigos (la voz del oficial se puso a vibrar con más intensidad), quieren considerarnos como a tales y se comprende después de la espeluznante tragedia que han vivido. Perdonadlos si alguna vez son hurraños o bruscos con vosotros. Yo os lo ruego, muchachos, en nombre de este bonito árbol, en nombre de nuestra tranquila y feliz estancia en esta aldea. Y ahora vamos a entonar un cántico en honor del Divino Niño". (Catástrofe, esto era una frase de tío Ralph!)

Los soldados se pusieron a cantar: los tenores la melodía, los barítonos y los bajos la armonía. Eran voces jóvenes y robustas impregnadas de una gravedad mística. Mientras los muchachos cantaban, el teniente les escuchaba con los ojos entornados. Sin duda habían ensayado aquellas canciones porque las entonaban y matizaban a la perfección.

Cuando hubieron terminado, Gerah dijo:

"Mi teniente; en nombre de todos los hombres, le doy las gracias por su bondad y comprensión. Hay pocos oficiales que puedan compararse con usted."

"¡Qué tontería!", replicó Greiz sonrojándose. "Los hay a miles. Lo que me favorece a mí son las circunstancias. Esta aldehuela es la antesala del cielo. Aunque ¡ya veremos cuando vuelva la primavera!"

Empezaron a distribuir los regalos. Gerah descolgaba cada paquetito del árbol y leía en voz alta el nombre.

"¡Presente!", contestaba el destinatario.

Y el envoltorio pasaba de una mano a otra. Se desenvolvían los papeles y los muchachos lanzaban gritos de entusiasmo.

Greiz había adquirido* en Kirch un montón de chucherías. A la vez los soldados ofrecían cada uno un obsequio a su jefe. De manera que el cabo no se cansaba de repetir:

"Teniente Alexis Greiz".

"Otra vez?", exclamaba éste con jovialidad.

Apareció la famosa jabonera del Peque y Greiz se extasió ante aquel objeto reluciente de celuloide rosa; salió la pipa labrada por Koula y el joven no regateó su admiración al escultor; se desplegó un pañuelo de seda blanca que amarilleaba ya, pues el donante debió llevarlo año tras año en la mochila sin decidirse a usarlo (sin cuda un regalo de mujer). El teniente examinaba el pañuelo por los dos lados.

"¡Diantre! Es de seda natural, ¡precioso don!" Y sonreía a Mirtva quien le devolvió la sonrisa.

Pietrot se había gastado casi todos sus ahorros en un horrible cenicero de porcelana que adquirió en Kirch. Al desenvolverlo, el teniente exclamó:

"He aquí lo que me faltaba para darle personalidad a mi habitación. Lo agradezco con toda el alma."

"¿Le gusta, mi teniente?", exclamó radiante Pietrot.

También había una pintura, un paisaje ^{no} de la región ocupada, sino de un lejano país que el autor había evocado: una isba al borde de un río y unos abedules.

"No sabía que hubiese artistas entre mis soldados."

El autor sonrió modestamente.

"¡Bravo! ¡Bravo!", exclamó Greiz mientras pensaba en esconder

aquellos ^{girva} ~~que~~ en el fondo de ^{un} baúl.

De los envoltorios salían calcetines, corbatas, papel de cartas, pipas, libros amarillentos, todo viejo, pasado de moda, verdaderos regalos de guerra de gente sin recursos perdida en la soledad de los bosques.

Pero el entusiasmo de los soldados no decaía. Todo les parecía perfecto, maravilloso.

"¡Hurra!"

"¡Hurra!" , gritaban los más jóvenes. Y los veteranos sonreían y se restregaban los ojos.

Luego se estrecharon las manos unos a otros para darse las gracias y felicitarse.

Mientras se sentaban a la mesa el teniente dijo:

"Muchachos, olvidad por unas horas que come con vosotros un oficial: hoy somos todos iguales."

Ya estaban colocados y el número de soldados era doce. Uno de ellos, tal vez Pietrot, dijo:

"Es como la Divina Cena; doce apóstoles y Jesús."

"No me gusta la comparación", replicó el teniente. "Hoy es el día del nacimiento y la Cena era la vigilia de Su muerte".

"Además", observó Gerah, "aquí no habrá Judas."

"Ni en ninguna circunstancia nos negaremos a reconocer al teniente como lo hizo Pedro con su Maestro."

"¡Por Júpiter!" protestó el oficial: "dejaos de comparaciones bíblicas."

"Pero somos trece", observó lúgubrementemente Mirtva, "uno de nosotros ^{ha de} ~~tiene que~~ morir antes del año."

"¡Bah!", hizo Greiz.

Koula replicó:

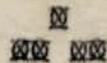
"La guerra no ha terminado aún. ¿Qué tiene de particular que de

trece hombres muera uno?"

"Somos soldados", arguyó Gerah, "y la vida de cada uno de nosotros está empeñada. Uno por trece es una contribución aceptable."

"Bebamos", dijo el teniente asustado del aire grave que tomaba la conversación.

Destaparon dos botellas del famoso borgoña de su reserva. Cada vaso se llenó de aquel líquido granate, ~~×~~ perfumado y tibio. Después del primer brindis ya nadie se acordó de la muerte. Si alguien la evocó de pensamiento, fué sólo para decirse: "Seguramente no seré yo el que muera este año. ~~es~~"



A fines de febrero el frío era aún intenso. Greiz y Lomja continuaban yendo a esquiar al monte. Pero en el ánimo del oficial la ~~y~~ nieve y la luz de las cumbres no producían ya aquella exaltación de antes. Tres meses llevaba sin noticias de Lotz, y después de los frecuentes e intensos bombardeos que había sufrido la ciudad, estaba con vencido de que su madre y hermanas ya no vivían.

Algunos de sus soldados no recibían tampoco cartas y pensaban lo mismo que él: es decir que probablemente los suyos habían muerto ~~en~~ los bombardeos.

La guerra se prolongaba. Los comunicados oficiales eran vagos y enrevesados. Empezaban siempre por anunciar una victoria y al final, sin saber como, daban la sensación de una nueva derrota. En vano el Gobierno y el Estado Mayor se afanaban en disimular la situación y retardar la desmoralización de la tropa. El sentimiento de la catástrofe estaba en el aire, lo respiraban y lo paladeaban cada oficial, cada ~~el~~ soldado, sin que nadie, naturalmente, se atreviese a hablar de ello.

La tan cacareada victoria final parecía cada vez más problemática. Greiz no creía ya en ella. Pero aún, esa victoria había dejado de interesarle moralmente. Iba observando muchas cosas y se hacía muy pocas ilusiones sobre el valor práctico y ético de aquella guerra. Toda su admiración y sus esperanzas puestas en la cultura, la inteligencia y el orden de su nación, estaban convirtiéndose en ruinas. Y al desilusionarse de su país se desilusionó también de su propia persona. Se consideraba de pronto el ser más inútil de la creación y se

decía: "¿Por qué habré estudiado tantos años y sacrificado el bienestar de mi madre y hermanas para representar en el mundo un papel tan inútil y aburrido? ¿Y hasta cuándo voy a representarlo?"

Si los suyos salían vencedores, (le parecía difícil que fuera así), veríase obligado a permanecer en el ejército, porque decididamente era tarde para emprender otra carrera y aunque ésta se le antojaba ahora equivocada, tendría que seguir adelante. Suponiendo que llegase al final de la guerra con brazos, piernas y cerebro intactos, suponiendo que no le hicieran prisionero y pidiera la excedencia y su madre y hermanas viviesen aún ¿en qué trabajaría para mantenerlas y mantenerse? "Tal vez lecciones de matemáticas", se decía, "o de historia (Caso que las matemáticas y la historia interesen aún a alguien)". Hasta entonces, vergüenza daba el pensarlo, no había sido útil a nadie. ¿Util? ¡Al contrario! Su miserable paga de teniente la necesitaba íntegra para vestir y representar. (Se sentía arder las mejillas cada vez que pensaba en eso). Su madre y hermanas vivían de la viudedad de oficial que les pasaba el Estado y de las labores que casi clandestinamente hacían Helen y Ethel para sus amigos. Las recordaba dulces y modestas sin exhalar jamás una queja, admirando su uniforme de teniente. ¿Cómo había podido dormir tranquilo sabiendo que las pobres muchachas se sacrificaban por él? ¿Cómo había tardado tanto tiempo a darse cuenta de ello?

Cuando veía a Hanes Anrhem, que tendría ahora unos doce años, ir a los campos con el arado o arreglar las tejillas de pizarra a gatas sobre la casa de su abuelo, sentía admiración y hasta envidia. Estas vidas sencillas y útiles le parecían de pronto más hermosas que la suya: estudiosa, pedante, vacía...

Llevaba ya diez meses en Hernam y conocía a cada uno de los campesinos, aunque ellos, a excepción de Martín Rohe, el pacifista, no le dirigían nunca la palabra ni le saludaban. Sabía cada detalle de

sus vidas y había aprendido a admirarlos tanto por su laboriosidad heroica como por su dignidad ante el sufrimiento. La posición moral de esos labriegos era inatacable. Podían ocuparlos, despojarlos, fusilarlos; el espíritu no se les doblegaba. Greiz no ignoraba con que valor murieron los resistentes de Hernam; toda la región hablaba aún de ello. Ni uno solo gimió ni pidió misericordia, ni siquiera Mauricio Egger que sólo tenía dieciséis años. Así mismo muriera Marta Mons si él la hubiera condenado por espía y lo mismo hiciera el pequeño Hanes si la ocasión se presentara. ¿Qué papel representaba un tenientillo de ocupación armado de sable y revólver, rodeado de hombres también armados, entre dos viejos campesinos, un puñado de mujeres y de rapaces indefensos?

Otras veces soñaba en una humanidad mejor cuyos miembros, escarmentados por la política y sus desastrosas consecuencias, se unieran para vivir en paz y armonía. Reconstruirían viviendas, reorganizarían hogares y olvidando las fronteras se ayudarían unos a otros sin distinción de razas ni de nacionalidades.

No comprendía esa idea absurda de enemistad permanente entre pueblos ni ese odio de razas. "El odio no puede ser obligatorio", se decía. "El hombre ha de poder aborrecer y amar libremente; si no, no vale la pena de vivir."

Recordaba como en la escuela les enseñaban ya a odiar a ciertos pueblos inculcándoles la idea de la revancha. Y toda una generación entera se había alimentado de ideas calcadas sin pararse un momento a analizar si era o no era inteligente y moral ese programa.

Naciones de millones de almas educaban a los jóvenes dándoles el sentimiento de la superioridad racial y de la ineludible necesidad de pelear y vencer a otras naciones. Así se preparaba a la inconsciente juventud para la guerra que iba a enriquecer a los magnates del armamento y arruinar y destruir miles y miles de familias honradas, co-

mo sus hermanas y madre, como los campesinos de Hernam. "La guerra es una cosa monstruosa", seguía pensando Alexis Greiz olvidando su entusiasmo patriótico y guerrero de tres años atrás. "Los instintos pecores del hombre se manifiestan destruyendo en un instante el fruto de siglos de cristianismo y de moral humanitaria. Y cada ciudad arrasada y cada millar de vidas destruidas por un ~~ataque~~ ^{ataque aéreo} provocan el orgullo y la satisfacción de los destructores. Entretanto miles de sabios trabajan en la búsqueda de medios para aliviar a la humanidad doliente. Gracias a las sulfamidas, a los antibióticos recién hallados, miles de enfermos se curan de males hasta ahora mortales de necesidad. Debido al perfeccionamiento constante de la anestesia, se opera por fin sin peligro ni dolor. Pero, ¿quién se acuerda de descubrir y perfeccionar la penicilina y la estreptomina del alma, la sulfamida o el antibiótico del orgullo y la perversidad? Devanar y desvanar, construir y destruir, curar y matar, ¡He ahí la simiesca tarea del hombre dicho cristiano y civilizado!", se repetía sin cesar el teniente.

Durante sus cada vez más espaciadas excursiones al monte, mientras subía por la nieve en compañía de su fiel ordenanza, Greiz descubría en la tierra y en el espacio síntomas de algo nuevo. El firmamento tomaba aspectos fugaces y variados, las nubes hinchadas y amenazadoras, corrían y se amontonaban sobre la cordillera fronteriza, mientras por el lado de las colinas, ventana abierta al amplio mundo, aparecía uno que otro girón de cielo azul con mil promesas de renovación. Las vibraciones de la luz, la sutil y ligera fragancia de los abetos, el estremecimiento apenas perceptible de sus ramas, la transparencia de los arroyos helados, donde jugaba a veces un fugitivo rayo de sol, el hilillo plateado que se escurría de los ventisqueros, eran de pronto como heraldos de un nuevo régimen, luminoso y prometedor.

Allí abajo, en las aldeas y caseríos perdidos en el océano de

nieve, algo revivía también: el implacable odio y la fe en la revancha. Ambos sentimientos subían en el corazón de los campesinos como la savia en las plantas. Explotarían en batallas, florecerían en la carne de las víctimas al mismo tiempo que los ciruelos, los manzanos y los cerezos. Con el agua de los arroyos deshelados correría la sangre y las lágrimas. ¡Cuántos de esos jóvenes que como Alexis Greiz descubrirían con emoción el renacer de la naturaleza, caerían mutilados o muertos antes de la época de los frutos!

Primavera mortal que iba a traer al mundo, como la anterior, miles y miles de inválidos y de cadáveres, de dementes y de mendigos.



Subía Alexis Greiz con los esquíes a través del bosque, en compañía de Pietrot Lomja, cuando apareció ante sus ojos la huella de unas botas claveteadas. No eran las del ejército de ocupación. Fue una revelación para el teniente. Por lo visto los resistentes también husmeaban la primavera. Alguno de ellos, el más impaciente y audaz sin duda, se atrevía ya con el invierno agonizante. Iría en busca de una cueva donde esconder las armas y las municiones para los futuros ataques.

Greiz sintió frío en la espalda como si alguien escondido detrás de los árboles le estuviera apuntando con un fusil. Palpó inconscientemente su revólver.

"¿Qué hay, mi teniente?"

Greiz le mostró a Pietrot el paso del hombre en la nieve.

"¡Atiza!"

El soldado se llevó también la mano al revólver.

"Creo", dijo el teniente, "que aprovechando nuestra senda alguien ha venido a explorar el terreno. Es posible que aún esté por aquí porque las huellas son de subida, no de bajada."

"¿Le damos caza, mi teniente?"

"¿Caza?"

"Si no le despachamos, nos despachará él a nosotros."

El teniente no contestó. La idea de cazar o ser cazado en aquellas soledades purísimas le parecía monstruosa. Pero sin duda andaba equivocado. Lo normal era cazar como decía Pietrot. Ya que la lucha entre ocupantes y resistentes era inevitable, mejor sería principiar ahora. Seguir las huellas delatoras, coger al rebelde con el paquete de armas o de municiones y... Al llegar a este punto de su pensamiento Greiz se estremeció de horror. Se imaginaba un cuerpo estirado en la nieve y ese cuerpo era el de alguien de Hernam, posiblemente el de una mujer ^{al de} o un zagal, pues ni el anciano Anrhem ni Martín Rohe tenían fuerzas para subir hasta aquellas alturas. El emisario de los guerrilleros podía ser el pequeño Hanes el hijo de Johanna o la propia Johanna, Erika Egger o Marta Mons... Aunque él tuviera derecho a fusilar a un resistente armado, el acto no resultaba menos inicuo.

"Vamos a deslizarnos lo antes posible", dijo a Lomja.

Y al decir esto miraba un calvero del bosque donde brillaba deslumbrante la nieve. El soldado aprobó con un movimiento de cabeza. "Pietrot me toma por un cobarde", pensó Greiz, "pero lo mismo da."

Aquella tarde el teniente no veía las majestuosas vertientes de los montes lejanos ni los ventisqueros de corindón, ni el océano de nieve de la llanura con sus aldehuélas y caseríos parecidos a flotillas de pescadores, sólo tenía vista para el selvático laberinto de columnas, ramas, carrascos y breñales donde podía disimularse un hombre. De pronto la vida le parecía llena de promesas y la idea de morir asesinado por la espalda, una desagradable eventualidad.

Por fin llegaron al lugar donde podían deslizarse por la nieve. Y se tiraron a fondo con impulso. El resbalón iba tomando velocidad. Los bosques negros desfilaban a derecha e izquierda alternando con

las pendientes despobladas, hasta que se terminó el declive y los dos hombres comenzaron a caminar.

"Amigo Pietrot, nuestra paz se acaba. Pronto vendrán los resistentes a atacarnos. Tendremos que defendernos solos... tal vez morir."

"Nos defenderemos, mi teniente, y si es preciso, moriremos. Aunque ~~ya tengo~~ present~~ente~~ ^{imiento} que no moriré en esta guerra."

"Excelente estado de ánimo, muchacho."

Greiz estaba pensando que antes de morir sería preciso matar ~~algun habitante de la zona~~. ¿Qué sentiría él en aquel momento? No se hacía pizca de ilusiones sobre sus ^{sentimientos humanitarios} ~~sentimientos de solidaridad~~. Sabía que ~~el~~ primer tiro disparado contra su pequeña tropa, despertaría su instinto defensivo. Mataría, ya lo creo que mataría ~~en un momento de necesidad~~, y hasta gozaría matando. ¡Horrible! ¡Horrible!

"Tal vez tengamos que fortificarnos en cualquier casa de la aldea", dijo en voz alta.

"Nos fortificaremos, mi teniente."

El soldado miró a su jefe de reojo; no podía adivinar lo que sentía.

"Lucharemos hasta vencer o morir", dijo para tranquilizarlo.

Greiz no pudo reprimir una sonrisa. ¿Quién le había enseñado esa frase? Vencer o morir. ¿Qué mal sonaba en aquel paisaje solitario y nevado! Vencer o morir le recordaba la escuela, a Greiz. Era uno de esos lugares comunes que se imprimen en los libros escolares de historia y que nadie se entretiene en analizar.

Pietrot vió que el oficial sonreía.

"Hay que vigilar a las aldeanas, mi teniente. Son capaces de asesinarnos por la espalda."

"Sí, Pietrot; hay que vigilarlas."

"Yo le seguiré a usted por todas partes como su propia sombra."

Alexis Greiz soltó ~~una risa~~ ^{una risa}

"Como si fueras mi ^{niñera} ~~madre~~".

De pronto se puso serio.

"¿Tienes madre, Pietrot?"

"Sí, mi teniente."

Greiz pensaba en la suya. La recordaba sentada cerca del ventanal gótico en un sillón bajo, muy hondo, cuyos brazos subían demasiado para que se apoyara en ellos. Tenía las manos cruzadas en el regazo y los ojos azul claro, enrojecidos de llorar... ¡Siempre se la imaginaba llorando! La viuda del comandante Greiz no podía acostumbrarse a las ausencias: ni a las definitivas ni a las temporales.

¡Pobre señora!

Ahora sus tiernísimos ojos azules ribeteados de rojo, ya no mirarían ni llorarían. Greiz veía a su madre entre las ruinas de Lotz sepultada por montones de escombros.

Al llegar a Hernam todos estos pensamientos volaron. La aldea dormitaba bajo su envoltorio invernal. Por la única calle, encharcada y lodosa, entre montones de nieve sucia, pasaba algún soldado, aburrido arrastrando *las* botas claveteadas o una campesina enlutada chateando con sus galochas.

El agua del abrevadero y de la fuente seguía solidificada. Alguien estaba tratando de romper a hachazos la primera capa de hielo.

Las chimeneas humeaban y en cada casa una nubecilla azulada se esparcía sobre el tejado.



Vino el deshielo. La nieve se reblandeció en los ventisqueros y en las laderas del monte. De opaca y recia se volvió transparente y floja. Aquí y allá se abrieron en ella minúsculos cráteres que se ensanchaban y se ahondaban por momentos. Por la superficie immaculada donde caía a chorros la luz del sol, empezaron a brillar miles y miles de minúsculos diamantes con tan cegadores destellos que los ojos humanos no podían fijarlos. Era como una gran dureza que se ablandara, como una alta muralla que cediera, como el alma inmensa de los elementos aceptando la invitación de otra alma más débil pero más humana. Toda la naturaleza se humanizó de pronto, Sonrió en los ojos más y más amplios, más y más azules del firmamento donde brillaba el espacio sin límites. Sonrió también en las hoyas de la nieve traslúcida y acuosa, sonrió en las abundantes gotas de los abetos cuyo espeso barniz de hielo se convertía en agua. Esa agua, hasta entonces congelada, cristalizada, volvía de pronto a vivir, a moverse, a rumorear. Fueron primero humildes hilillos escurridizos, desprendiéronse del flanco maternal y principiaron a correr alegremente por los márgenes, por las rocas, por las ramas y troncos de los árboles. Las gotas se convirtieron pronto en hebras, se unieron en madeja, formaron un ejército de regajos. Corrían cantando y saltando por las laderas del monte entre relucientes guijarros y declives musgosos. Cada corriente parecía seguir su propio impulso prescindiendo de las demás. Pero no tardaban en encontrarse: se mezclaban, se unían, seguían juntas el camino. El regajo se hacía arroyuelo, el arroyuelo arroyo,

el arroyo torrente o cascada. La voz del agua se engrosaba, formaba ya una sinfonía que llenaba toda la región. El ejército de gotas, regajos, arroyos y cascadas se precipitaba por el valle a la conquista de la llanura. Veíase una amplia cinta desplegarse y avanzar en línea casi recta arrastrando ramitas y agujas de pino-abeto, mientras no lejos de allí un plateado hilillo culebreaba perezoso o se perdía de pronto entre el musgo marchito.

A dos o tres cientos metros de Hernam, el río rompió también sus hielos. Caminó primero entre carámbanos que flotaban en la superficie, con precauciones y tanteos de convalesciente. Pero de pronto su fuerza puso en razón al cuajo invernal. Echóse a correr gozoso de ser libre y los sauces y los helechos de la orilla, medio cubiertos aún de nieve, se estremecían a su paso. Desde la cima de las colinas, desde los campos en declive, podía verse por entre las ramas desnudas de los álamos blancos, el fulgor de sus aguas plateadas.

En Hernam los síntomas de la primavera eran aún más perceptibles. La nieve de los prados y de los huertos se reblandecía, se ahollaba, formaba aquí y allá pequeños surcos. Aparecían ramilletes de amarillas primaveras, un vigoroso croco azulado, humildes belloritas blanco-rosadas. Resultaba un espectáculo emocionante ver la prisa que llevaban las flores por nacer y vivir. A penas se fundía la nieve ya asomaban ellas sus risueñas cabecitas de diferentes colores. Llegaron también los pájaros. Los mirlos comenzaron a silbar y a responderse de una a otra rama, el cuclillo lanzó su melancólico cuclú, las matinales alondras gorgearon en ~~los~~ labrantíos y prados, y el canoro ruiseñor inició sus conciertos vespertinos. Apareció también la yerba. Primero fué como diminutas puntas de espada perforando el húmedo suelo. Se alargaron después formando tallos de un verde tiernísimo. En las ramas mondas y lisas de los cerezos, de los manzanos, de los ciruelos, comenzaron a aparecer botoncitos rosados. Poco a poco se hin-

charon, se desplegaron, formaron flores rosadas y blancas. La nieve cubría aún la cima del monte y los frutales de Hernam estaban ya floridos. Los castaños, los tilos, los álamos blancos, los arces y los chopos se cubrieron también de yemas. Crecían a ojos vistas: se abrían formaban tiernas y arrugadas hojitas que se agitaban al menor soplo de aire como torpes manos de recién nacido.

Los soldados volvieron a subir y a bajar por la única calle de la aldea con sus botas claveteadas, su aire aburrido y su hablar gutaral.

Las labriegas iban de nuevo a los campos con los aperos al hombro.

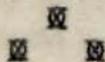
La chiquillería se lanzó también a vivir al aire libre. Luchaba con los cerdos, con las gallinas y los gansos, chapoteaba en las charcas, con sus galochas, perseguía a los gorriones, cazaba orugas...

Los rayos tibios del sol habían fundido la nieve que cubría las tumbas de los fusilados y en seguida una o dos ~~labriegas~~ ^{aldeanas} fueron al cementerio con una pala y un rastrillo para limpiarlas y ordenarlas.

Greiz volvió a inspeccionar las aldeas bajo su jurisdicción y una vez por semana iba a Kirch a someter y comunicar al comandante las cuestiones del servicio y a recibir órdenes.

No pasaba nada absolutamente. Parecía que la montaña se hubiera tragado a los rebeldes. El Estado Mayor sabía, sin embargo, que no sólo no disminuían éstos, como había esperado, sino que aumentaban de una manera alarmante. La resistencia nacional contaba ya con un ejército organizado y éste desplegaba sus actividades en otras regiones de clima más benigno. Pero allí, cada hombre y cada mujer, habiendo aparentemente aceptado la situación, estaban esperando con anhelo un gesto de sus jefes ocultos para convertirse abiertamente en enemigos. Aunque sin ignorarlo, las autoridades de ocupación, no podían detener

y encarcelar a la mujer que les lavaba la ropa y les remendaba los trajes, al escribiente que estaba a su servicio, al intérprete oficialmente destacado, al vendedor de verduras y frutas, al zapatero, los cuales no cometían ningún delito ni contravenían a ninguna orden.



"Madre", dijo una mañana Miguel incorporándose en la cama, "ese rumor que siento, ¿es el de la fuente?"

"Sí", dijo Ada, "ha llegado la primavera."

El enfermo escuchaba el murmullo del agua y contemplaba con avidez la pincelada de sol en el enlosado de la cocina. "Vives aún, virás todo el verano. Y quién sabe, tal vez te cures". Eso le decía la voz de la fuente y los pálidos rayos de sol mientras la tos, la ronquera, la fiebre y la debilidad creciente le decían: "¿Qué vas a vivir tú si eres casi un cadáver?"

Hasta la cocina ennegrecida y maloliente, llegaba el triunfo de la luz, el canto del agua y de los pájaros, la fragancia de la hierba y los gritos de los rapaces peleando en la calle con los animales domésticos. Todo invitaba a Miguel a salir y participar al concierto maravilloso de la vida.

Sin decírselo a Ada, se envolvió en su viejo capote y trató de caminar hasta la puerta de la calle. Las piernas le temblaban, le dio sudor y vértigos; viose obligado a desistir. Una y otra vez, mientras su madre estaba en el banal, el enfermo insistió. Pero al tercer o cuarto paso olvidaba la invitación de la primavera, sólo pensaba en volver cuanto antes al lecho y dejarse caer en él, cerrar los ojos, abandonarse. Sin embargo, ni un solo momento se declaró vencido. Había pasado el invierno convencido de salvarse si llegaba hasta abril. Su voluntad luchaba encarnizadamente con el mal, disputándole la vida palmo a palmo. A veces, fatigado de la enorme tensión nerviosa, se entregaba a un pasajero fatalismo. Inmediatamente sentía la batalla perdida. Se imaginaba como estaría en su lecho de muerte, estirado

blanco y Ada arrodillada a sus pies, rezando. Imaginábase también lo que sentiría su madre en aquel momento: dolor y desesperación y al mismo tiempo alivio y una especie de gozo al decirse: "Yo veo, oigo, respiro aún." Miguel se incorporaba bruscamente en el lecho, sentía los golpes de su corazón precipitados y violentos, el latir de sus sienes: "Yo también respiro aún, veo y oigo. Esto es vivir."

Con los ojos muy abiertos escudriñaba la oscura cocina donde siempre flotaba un vaho azulado. Trataba de descubrir^a la muerte en un rincón. Se la imaginaba como a un animal cauteloso y traidor espiando un descuido para echársele encima. Temía dormirse y no despertar y al pensar en eso se preguntaba si sería posible, como afirmaban algunos compañeros de hospital, que después de la muerte no hubiese nada, que todo, absolutamente todo, terminase con la vida. Miguel no podía creerlo. Resultaba demasiado horrible. Algo, no sabía qué, una lucecilla, un hálito, sobreviviría a la carne. Esa luz maravillosa del entendimiento que acompaña al hombre y le guía a través de su existencia, no podía desaparecer. Miguel aceptaba la idea de morir pero no enteramente. Con dudas, con ansias, con vacilaciones iba agarrándose a la esperanza del más allá. Y al creer en la continuación de algo, aunque se resistiera a darle el nombre de alma, pensaba un instante en la eternidad y ese pensamiento le estremecía. Poníase a calcular el tiempo y sumaba siglos y más siglos. Era un cálculo enorme, pero los millones de siglos representaban una cantidad de tiempo limitada por un fin, mientras que la eternidad... ¡Qué cosa más aterradora! Miguel sentía los latidos del corazón precipitarse hasta llegar a producirle una sensación de ahogo. Luego empezaba a sudar y durante unos minutos creía que su fin estaba próximo. Pero de pronto se sentía interesado por el más cotidiano y prosaico de los acontecimientos: Era la hora de la merienda, Ada se entretenía unos mi-

nutos más en el huerto o en el corral. Miguel temblaba de impaciencia. Miraba fijamente el reloj de péndulo. Cada torpe y brusco movimiento de la aguja al pasar por la esfera era como un alfilerazo en su carne. ¿Qué estaría haciendo su madre? ¿Cómo podía olvidarlo así?

Llegaba Ada resoplando y el enfermo iba a lanzarle ya un reproche o una punzante ironía cuando la anciana gemía:

"¡Ay, mis riñones!"

Al fijarse en aquel cuerpo encorvado, en aquel caminar vacilante, en aquellas manos torpes y temblonas Miguel se limitaba a dar un gruñido.

Ada calentaba la leche, cortaba pan en un tazón, echaba encima el líquido humeante. La mirada ávida de Miguel seguía con apasionado interés la operación como si el equilibrio y la paz del mundo dependieran de ella. Sorbía la leche y se tragaba el pan con ansia diciéndose que así adquiriría fuerzas, luchaba contra la enfermedad.

Recordaba a menudo la inicua revisión médica que le llevó al frente a pesar de su pecho hundido, su respiración corta y su faz amarilla. Como decía el pacifista: "El cuerpo de un tísico sirve lo mismo que el de un sano para blanco de balas y alojamiento de metralla". Sin embargo, Miguel veíase obligado a reconocer que gracias a esos infames médicos militares le quedaba aún un poco de vida. Porque de haberlo declarado inútil ^{hubiera vuelto} ~~rechazado~~ a Hernam y los cosacos lo ^{habrían} fusilado como a los demás rehenes.

Una mañana, después de repetidos ensayos, Miguel consiguió por fin llegar hasta la puerta de la calle. Al volver del bancale, Ada le halló sentado en una silla baja, envuelto en el capote y tiritando pero con una expresión de triunfo en la mirada.

"¿Cómo te sientes?"

"Bien".

Ada se apresuró a calentarle un tazón de leche y se lo sirvió

fuera.

Miguel sorbió hasta la última gota y en seguida se puso a respirar con avidez la brisa del monte. La aspiraba con fe, como si fuera la mejor de las medicinas, mientras sus ojos se bañaban en la paz del paisaje.

Huyeron los celajes del invierno, bajos, tupidos, monótonos: ahora rodaban por el espacio montones de espectaculares nubes blancas y grises que tan pronto desaparecían con una rapidez de bambalinas, dejando el cielo despejado y brillante, como degeneraban en imponentes cerrazones que terminaban en aguacero.

Aquel día, Miguel pudo asistir al más variado de los espectáculos. Vio llegar la cabalgata de vapores: se esparcían como humo de incendio por los picos de la montaña, se escurrían como torrentes por el valle y en un instante cubrieron la aldea. Como si se abrieran las esclusas del cielo, la lluvia comenzó a caer. Miles de chorros plateados descendían y se aplastaban ruidosamente sobre los tejados, sobre los frutales, sobre la hierba. Formaban una tupida cortina que escondió en seguida las praderas y después la casa de Marta, los huertos, el camino.

Pronto cesó de llover y Miguel pudo contemplar los árboles chorreando y las hojitas nuevas cubiertas de relucientes gotas. Los prados verdeaban brillantes como terciopelo y a lo lejos, por el lomo verde oscuro de las colinas, se deslizaban grandes manchas de sol.

El viento se había puesto a soplar del noroeste. Alborotado y travieso, plegaba el centeno crecidito ya y arrancaba las últimas flores de los manzanos y los ciruelos.

Del bosque cercano llegaban rumores graves de órgano, se esparcían por el espacio, resonaban y se amplificaban perdiéndose en lontananza.

La fuente cantaba en el abrevadero y las vacas de Marta, lentas

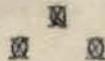
majestuosas como animales sagrados, pasaron una en pos de otra. La campesina iba detrás con una varita en la mano. Al ver al enfermo levantado le gritó:

"¡Bravo, Miguel!"

Mientras ella estuvo en la fuente Miguel no le apartó la mirada. Luego que hubo desaparecido con el hato, el enfermo volvió a fijarse en las cosas que le rodeaban. Con el viento noroeste venía el rumor del río y también el susurro de los chopos de la placeta. De las praderas húmedas trascendía el perfume de narcisos y violetas silvestres mezclado al olor del estiércol de los establos vecinos.

Los gorriones revoloteaban, Miguel inmóvil en su silla, podía observar todos sus movimientos y ver el brillo de sus ojillos redondos. Se bañaban en un charco del camino, sacudían las alas, chillaban persiguiéndose de un árbol a otro. "¿Qué darían los fusilados", pensaba el enfermo, "por ocupar mi lugar, ver, oír, oler todo esto?" Y ¿dónde estará ahora lo que queda de ellos: esa lucecita, ese hálito desprendido de la materia en el momento de morir?"

Y Miguel miraba anhelante el espacio como si esperara encontrar en él algún indicio de esas almas errantes.



Los soldados estaban ebrios de primavera pero su embriaguez era triste. Vieron los árboles cubrirse de hojas nuevas, vieron los aterciopelados prados cuajarse de azulinas, margaritas, gencianas, botones amarillos, ojos de lobo, belloritas, miosotis y otras innumerables flores de las cuales no conocían el nombre. Asistieron al despertar del agua manifestándose en carreras y saltos, susurros y murmullos cristalinos, oyeron el trinar y piar de las aves y contemplaron la nitidez y anchura del firmamento. Todo esto era exaltante y al propio tiempo deprimente. La llamada imperiosa de la naturaleza triunfante reavivaba en ellos el deseo de juntarse con sus mujeres, hallar novia o compañera.

~~Hubo~~ Decaía el entusiasmo patriótico y guerrero (suponiendo que lo hubiese sentido alguna vez). Las banderas flameantes, los himnos bélicos les parecían futilidades. Sólo pensaban en el país, en el amor y algunos en la familia.

"Mi teniente", decía Pietrot Lomja a Alexis Greiz. "Los muchachos se mueren de tedio. Mirtva dice que en Kirch y en Mulstein más de un soldado tiene aventuras con mujeres del país y usted nos impide acercarnos a ellas."

"A mí me importa poco lo que pasa en Kirch y en Mulstein", contestó Greiz, "y menos aún lo que dice Mirtva."

"Con su permiso, mi teniente, somos muchos a quienes falta la mujer."

"No sabía que estuvieras casado", dijo con ironía el oficial.

"Soy soltero, mi teniente, ¿ya lo ha olvidado?"

"Entonces, ¿qué maulas a propósito de mujer?"

"Bueno... mi teniente, quiero decir... que somos hombres."

"¡Qué noticia!"

"...y jóvenes. Nos falta el amor, mi teniente".

"¡Animal!", exclamó Greiz sin poder contener la risa, "no profanes esa hermosa palabra". Púsose serio. "¡A qué llamáis vosotros amor, especie de bestias?"

"Ya sabe usted lo que quiero decir", suspiró humildemente el soldado.

"Sí, en efecto, sé lo que quieres decir y me da pena oírlo. Coméis, tenéis cama, respiráis el aire puro, pero aún no estáis contentos. Os falta el amor, como llamas a eso."

Se había puesto a pasear por la cocina y de pronto paróse ante el soldado:

"Lo que vosotros necesitáis es un par de escaramuzas con los guerrilleros. Eso os enseñará a apreciar vuestra suerte."

Pietrot Lomja exhaló un suspiro.

"¡Esperad, por Júpiter!", exclamó Greiz. "Ya llegará el final de la guerra, volveréis al país, os juntaréis con vuestras mujeres o os casaréis. Aquí hemos venido a ocupar el territorio, a vigilar a los resistentes; no a aparejarnos. Siento tener que repetir tantas veces lo mismo: al que vea en compañía de una mujer, le mando inmediatamente al calabozo de Kirch."

Pietrot iba a replicar, pero el teniente le señaló la puerta.

"Puedes disponer, Pietrot."

"A las órdenes, mi teniente."

El soldado repitió a sus compañeros las palabras del jefe.

Mirtva estalló.

"Ese hombre no tiene entrañas."

Koula extendió la mano como para calmarlo.

"Es un ~~entusiasta~~ ^{entusiasta} de la disciplina."

"Un maniático", ~~salto~~ el Peque.

"Al fin y al cabo cumple con sus deberes de oficial", observó Gerah.

"¡Oh, tú...!

Mirtva miraba al cabo con desprecio.

"Tú eres su esclavo y Lomja su perrillo".

"Aquí no hay esclavos ni perrillos", replicó secamente el cabo.

"Cada uno hace su deber y el teniente es ^{el} responsable de todos."

"Un oficial no debería meterse en la vida privada de sus soldados", opinó el Peque.

"En la guerra no hay vida privada", observó Koula.

"¿Qué mal hay en frecuentar mujeres y hasta en liarse con ellas mientras no se olviden los deberes militares?"

"Eso digo yo", asintió otro soldado.

"Aquí, en Glosters y en Meaully no hay hombres y las mujeres se mueren de hastío y nosotros idem de idem, gracias a nuestro jefe.

"Repito que un oficial no debería meterse en la vida privada de sus soldados".

"Y yo repito que no tenemos derecho a ella".

Se armó una discusión a propósito de vida militar y vida privada. Los soldados se habían dividido en dos bandos. Mirtva aseguraba que ningún reglamento ni código militar determina si un soldado tiene o no derecho a pasear y hablar con mujeres.

Algunos convinieron en que Greiz se excedía.

Cuando los ánimos se hubieron calmado algo, Gerah insistió en justificar al jefe.

"Es una cuestión de moral y de prudencia; el teniente estima que es peligroso para nosotros intimar con las mujeres del país con las que no podemos casarnos."

"¡Guernos!", chilló el Peque.

"Lo que pasa," dijo Mirtva, cada vez más exaltado, "es que él no puede comprendernos, es un eunuco."

"¡Basta Mirtva!", gritó Gerah con severidad. Pero el aludido no le hizo el menor caso.

"¿Es ^{su conducta la de} ~~ese~~ un hombre normal?"

"¡Cállate o te rompo las narices!", saltó Pietrot furioso.

El Peque soltó una insolente carcajada.

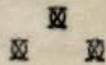
"Puedes romper narices y hasta jetas, eso no le dará virilidad a tu ídolo."

Mirtva se retorció de risa.

"¡Ah!ah!ah!"

Pietrot se abalanzó sobre él, le tapó la boca con una de sus manazas. Gerah y Koula tuvieron que intervenir para que no lo lastimara.

En aquella época los soldados se querellaban a menudo. Por un quítame allá esas pajas se ponían a discutir y se decían las cosas más absurdas y soeces, usaban palabras y conceptos que nunca hubieran empleado antes.



Marta preparaba la colada de primavera, la más importante del año. Se levantó al amanecer, encendió primero un hermoso fuego de leños en el jardín, colocó sobre las llamas las monumentales trébedes capaces de sostener el caldero que fué llenando balde tras balde.

Mientras el agua se calentaba la campesina examinaba las piezas y quitaba las manchas en seco. Cuando el agua estuvo caliente depositó en ella abundantes pedacitos de jabón que previamente había cortado. El perfume del jabón hervido se esparció por el aire, penetró en la casa, llegó a la cocina.

Pietrot le servía el desayuno a Greiz. De pronto levantó la nariz y aspiró el aire.

"¿A qué huele, mi teniente?"

"A limpio", contestó Greiz después de haber igualmente respirado el aroma de jabón hervido. "Este insidioso olor me recuerda nuestra casa de Lotz; mis hermanas efectuaban también una colada en primavera."

El joven se quedó con la taza en la mano y la vista perdida en el vacío.

Después del desayuno los dos hombres salieron al jardín. Vieron el fuego chisporroteando y el enorme recipiente que humeaba. Marta, muy atareada, iba del lavadero al perol con los brazos cargados de ropa.

"¿Va usted a hacer sola la colada?" preguntó de pronto Greiz.

"Pues ¿quién va ayudarme?"

"Nosotros, si usted lo permite".

Marta levantó los hombros.

"Esto es faena de mujeres."

Bastián y Pedro, así como los demás mozos de la casa, no participaban jamás a los trabajos del hogar, que todo el mundo en la aldea consideraba como indignos de los hombres.

Greiz se acercó a Marta, explicó:

"En las ciudades hay máquinas para toda clase de usos domésticos: friegan, lavan, secan y planchan."

"No me convencen", contestó Marta sin dejar de trajinar ropa y añadir leña al fuego. "Prefiero usar mis puños."

"Lo comprendo muy bien", dijo el teniente. "Uno tiene cariño a su ropa, gusta tocarla, arreglarla, olerla."

Marta pensaba: "Por qué le habré contestado tan naturalmente?"

¿Acaso ha dejado de ser mi enemigo?"

Con un par de palos revolvía la colada que estaba ya en ebullición.

"¿Hay que menearla sin cesar?", preguntó el teniente.

"Es preferible. Si dejo de hacerlo puede pegarse alguna pieza a las paredes del caldero y quemarse."

Dejó caer los brazos, suspiró.

"¿Es muy cansado?", preguntó Greiz. Y antes de que ella pudiera evitarlo le quitó los palos de la mano, púsose a menear la colada.

"¿Así?"

La campesina miraba al oficial revolver la ropa torpemente. Aquel elegante mozo luciendo impecable uniforme, muy tieso ante el caldero humeante, resultaba ridículo y al propio tiempo conmovedor. Marta experimentaba una extraña sensación formada de vergüenza y de gozo. Ese hombre que tan familiarmente se mezclaba de pronto a su vida, era el mismo a quien ella se negó a hablar en otoño, el mismo que hizo instalar el árbol de Navidad en la cocina pese a su muda y dolorosa protesta. ¿Qué sucedía de pronto para hacerle olvidar?

La luz se derramaba a raudales del firmamento, era viva, diáfana, risueña. Las flores exhalaban sus perfumes mezclados. Según de donde venía el aire, o en que dirección se volvía la cara, uno de los olores se imponía a los demás. Era tan pronto la jeringuilla como la madre selva, las azucenas como las lilas. El agua del regajo brillaba y corría alegremente entre la verde hierba moteada de florecillas multicolores. Los gorriones revoloteaban y chillaban disputándole la pitanza a los polluelos.

Greiz seguía revolviendo la colada mientras Pietrot reía con la boca de oreja a oreja.

"Así, no.", dijo Marta adelantándose y tomando los palos al teniente. Sus manos se tocaron y una llamarada escarlata subió por las mejillas de la campesina.

"¿Cómo, pues?"

Greiz estaba cerca del caldero con los brazos separados y las manos abiertas en una actitud poco marcial. Sus pupilas grises se dilataban a fuerza de fijarse en la maniobra.

"Hay que hacer rodar siempre las piezas en el agua sin dejar que se peguen a las paredes del recipiente", explicó Marta.

Jefe y subordinado seguían con concentrada atención todos los movimientos de la campesina.

"Parece usted un director de orquesta con dos batutas", observó Greiz.

Pietrot soltó la carcajada. Marta sonrió. En seguida frunció el entrecejo. Decididamente aquello no estaba bien. ¿Qué dirían Erika y Catalina Krefeld, los Rohe y la demás gente del pueblo si la vieran alternar con esos hombres? Hasta Miguel, que aceptaba los regalos del teniente, la censuraría de seguro. Por suerte, la casa y los corrales escondían a las miradas de los curiosos la escena del jardín. Pero desde el camino podía oírse la voz y la risa de los militares. ¡Qué vergüenza si el pueblo se enterara!

"¿Cuánto tiempo hay que revolver la ropa?", preguntó el oficial.

"Mientras dure el fuego."

"¿Y entonces?"

"Se deja en el agua enjabonada y caliente hasta mañana."

W

Al día siguiente cuando Marta salió al jardín para sacar la ropa de la colada, encontró a los militares esperándola ya, dispuestos a darle una mano. Llevaron la caldera al lavadero, luego al verla salir con una sábana en los brazos se apresuraron a quitársela y comenzaron a tenderla.

"Primero hay que escurrirla", dijo Marta.

La cogieron cada uno por un extremo y la retorcieron enérgicamente. El agua les salpicaba las botas y los pantalones.

"¡Por Júpiter!", juraba el oficial.

"¡Atrás, mi teniente!", gritaba el soldado.

Daba risa verlos vestidos de uniforme con los brazos cargados de ropa chorreante, voceando y maniobrando torpemente.

"¡Basta, basta!", gritó Marta. "¡Van a destrozarme la sábana!"

"Ahora, a la cuerda", ordenó Greiz como si mandara un escuadrón.

Tendieron la pieza doblada por la mitad.

"No", dijo Marta, "hay que tenderla por un extremo."

"¿Y cómo se aguanta en la cuerda?", preguntó el teniente.

"Con las pinzas".

Les mostró como se tendía y sujetaba.

"Esta cuerda está floja", observó Greiz.

"Habrá que estirarla", contestó Marta acercándose.

Los dos hombres la desataron, volvieron a tenderla hasta que estuvo muy tirante.

"¡Listo!", anunció el teniente con la misma seriedad que diera

cuenta a su comandante del resultado de una expedición peligrosa.

"¡Listo!", repitió Pietrot como un eco.

"Muchas gracias", dijo Marta; "las piezas que quedan las tendré yo."

Los militares se fueron.

Pero ¿qué me sucede?, se preguntaba la joven muy alarmada. Todo esto no es natural.

Quedóse un momento inmóvil advirtiendo que el zafío Pietrot le inspiraba casi simpatía; en cuanto a Greiz... Sus mejillas comenzaron a arder y su corazón a latir más aprisa. "Dios mío!", murmuró, "devuélveme el odio". Pero aquel sentimiento de la primera época parecía marchito, cansado, envejecido ya, como su doloroso amor a los fusilados.

Entre tanto las florecillas brillaban en la hierba, el regajo espejaba deslumbrante, rumoreando alegremente, la jeringuilla, la madre selva, las azucenas y las lilas exhalaban sus fragancias mezcladas. Por el luminoso firmamento pasaban rápidas las golondrinas.

La luz del cielo, el bisbiseo del agua, el perfume de las flores y la voz de los pájaros repetían una y mil veces:

Murió el invierno, ¡viva la primavera!



Durante el resto del día Marta hizo cuanto pudo para evitar a los militares. Trabajó intensamente en los labrantíos y en la casa, comió en el campo entre los nabos y las remolachas floridas, visitó a Miguel y se acostó sin haber entrado en la cocina donde Greiz y Pietrot mantenían una animada conversación. Ada Ingrid le había dicho que la gran ofensiva de primavera había empezado y Marta pudo responderle: "¡Gracias a Dios!"

Se metió en cama pensando en la liberación. Rezó, como cada no-

che, por el alma de sus padres y hermanos, por la de Nicolás y Thoss, por la de los mozos de labranza fusilados. Su último pensamiento antes de dormirse fué de amor y de admiración hacia los campesinos resistentes. Pero soñó que se paseaba por los prados en compañía del teniente. Llegaban a un arroyuelo, el joven le daba la mano para ayudarla a pasar y ese contacto le procuraba una sensación deliciosa. De pronto surgió un obstáculo; un lienzo blanco parecido a una inmensa sábana, extendido a través del camino. "¡No lo pise, por Dios!", suplicaba Marta. Estaban separados por la mancha luminosa. "¡Salte!", decía el teniente. Pero ella no se atrevía. Entonces él la tomó en sus brazos y la pasó.

Justo en este momento Marta se dió cuenta de que había soñado. Se hallaba en un estado de semi conciencia y deseaba volver a soñar. Permanecía quieta con el rostro hundido en la almohada. De súbito se halló en el huerto, otra vez al lado de Greiz. Este se subía al cerezo, cogía almorzadas de cerezas y las dejaba caer en el delantal que Marta le tendía. Con una cereza entre los labios el teniente saltó al suelo, acercó el rostro al suyo. "Muerde, muerde", le decía. "No, no", replicaba ella muy turbada y al mismo tiempo muy dichosa. Iba sin duda a juntar sus labios a los del joven cuando él se tragó la fruta. ~~El teniente le cogía en sus brazos~~ y le decía: "Llámame Alexis".

Despertó bruscamente. Oía la trepidación de un motor al parecer ante la casa. Se incorporó, encendió un fósforo. El despertador marcaba las tres y media. Una voz recia de hombre gritaba algo desde la calle. El teniente le contestaba desde arriba. Un momento después los pasos de Greiz resonaron en la escalera, la puerta de la casa rechinó, dió un portazo seco. El ronrón del motor se alejó, repercutiendo de loma en loma.

¿A dónde se dirigiría el teniente a esas horas y por qué habrían

venido a buscarle? Tal vez se iba para siempre. Mejor, mejor, más valía así.

Marta cerró los ojos, quedóse inmóvil, bien decidida a desinteresarse de Greiz y dormir lo mejor posible. Y por tercera vez aquella noche, Greiz se le apareció en sueños. Estaba a punto de marcha, llevaba puestos el capote y el casco. "Usted y yo no podemos vivir juntos", decía en tono despectivo. Pretendía llevarse los muebles de la habitación de Bastián. Marta suplicaba sollozando: "¡Déjeme la cama de mis padres!". Pero el oficial mandó que la cargaran en un camión. Marta se interpuso y Greiz la apartó brutalmente. La sorpresa y la pena ahogaban a la campesina. Sus propios sollozos la despertaron.

Recordó que el teniente se había marchado en mitad de la noche y al pensar en el sueño que había tenido experimentó gran congoja. Tuvo miedo de volver a soñar y aunque todavía era de noche, saltó de la cama.

Las lágrimas se deslizaban por su rostro. Con el faldón de la camisa se las enjugó. En seguida empezó a vestirse y de pronto acercóse a la mesita tocador, alzó la mano con el candil, ^{se} miró ^{en} el espejo. Se le escapó un suspiro muy hondo. ¡Cómo había envejecido en tres años! Nunca se consideró bonita, pero ahora... Infinidad de arrugas horizontales y oblicuas surcaban sus mejillas y frente, y la boca, de comisuras caídas, dibujaba un gesto lacio y amargo. Sólo los ojos conservaban su mirar franco y enérgico.

"¡Vieja ya, y aún no sé lo que es el amor ni un poco de dicha!"

Pero reaccionó en seguida:

"¿Qué importa?", dijo en voz alta. "Bonita o fea, joven o vieja, buena soy para cuidar vacas y ánales, trabajar la tierra y embellecer las tumbas de los fusilados."



Con la humedad de la nieve y el frío del invierno las cruces se habían ennegrecido y desequilibrado: la de Bastián se torcía a la izquierda, la de Pedro se inclinaba hacia delante. Un poco de musgo crecía en el ángulo de una de ellas, un par de felpillas subían lentamente por la otra.

Marta se puso en seguida a trabajar. Enderezó y aseguró los palos, limpió cuidadosamente las tumbas rastrillando la hierba y las hojas muertas que cubrían la tierra. Plantó en ella nuevas plantas de pensamientos y de anémonas que había traído exprofeso del jardín.

Por los huecos de la cerca de palos la pradera invadía el cementerio campestre; en el césped relucían algunos botones de oro, belloritas y miosotís.

Los pájaros, irreverentes, se posaban en los brazos de las cruces, sacudían las alas, piaban, arrullaban, se daban el pico. Mariposas de finísimos matices: azul celeste, amarillo, coral y crema, manchadas y ribeteadas de negro y rojo, se detenían en las flores, sorbían su jugo mientras sus finas alas se plegaban pabitanes. Azuleas, violetas blancas, gencianas y redodendros abrían sus pétalos, mostraban sus frescos y apetitosos cálices. Las manos piadosas de las mujeres las habían metido en tierra y cuidado para que acompañaran a sus difuntos, pero las plantas no se resignaban a su limitada misión de adornar sepulturas, querían vivir sus efímeras y humildes existencias, independientes de los hombres.

El sol brillaba en el firmamento azul. En los pastos cercanos rezaban riachuelos escondidos, y a veces, pasaba un soplo de brisa que traía olores de tierra removida y de violetas.

Flores, aves, insectos, ignoraban la muerte, se afanaban por vivir con una prisa avasalladora.

Marta sentía también la invitación de la naturaleza: vivir, amar. Sus sentidos recogían con deleite esta insinuación tentadora. La fidelidad al dolor se retiraba también del Cementerio de Fusilados. La visión de las tumbas no lograba apartar de ^Tlamente de Marta el sueño de aquella noche y su dulzura embriagadora.

De pronto dióse cuenta de que no estaba sola en el cementerio. Volvió el rostro, vió a la hija de Rohe. Esta la había visto también.

"Buenos días, Marta".

"Buenos días, Marieta".

Llevaban mucho tiempo sin hablarse. Marta se apercibió en seguida de la hermosura intacta de su antigua rival. El sufrimiento parecía embellecerla aún. Esos mismos ropajes de luto, ¡qué bien armonizaban con su negra y lustrosa cabellera! Y sus ojos verdes, moteados de pardo, ¡como brillaban triunfalmente a pesar de aquel fondo de melancolía! Y su boca de dientes menudos, ¡cómo sonreía provocante bajo las palpitantes aletas de la nariz aquilina!

"¿No sabes la gran noticia?"

Marta levantó los hombros con desdén.

"Dicen que en Montevesoul se está librando la batalla definitiva.

"No lo creo. Notaríamos algún movimiento de tropa, oíríamos cañonazos."

"El tenientese ha escapado durante la noche y ahora mismo han embarcado a los soldados en un camión."

"¿A todos?"

"Sí; con otros que venían a por ellos".

Después de un momento de silencio, Marieta añadió:

"Puede que ya no vuelvan."

"¡Ojalá!", exclamó Marta.

"Padre ~~tenía~~ ~~en~~ disgusto^{ra}", observó Marieta con ironía.

Marta enderezó el busto, fijó la mirada en la joven.

"¿Disgustarse?"

"Está a partir un piñón con el teniente".

Viendo que Marta no estaba dispuesta a conversar, Marieta decidióse por fin a acercarse a la tumba de Gregorio. Pero le faltaba el valor para limpiarla y adornarla que era en definitiva lo que había ido a hacer al cementerio. Quedóse con las manos caídas y la mirada fija en la tierra. No veía el montón alargado, ni la cruz levantada a un extremo sino un imaginario campo de avena cuyos tallos agitaba la brisa. La avena formaba oleaje y sus ondas eran tan pronto de un verde plateada como de un verde opaco. Gregorio estaba cerca de ella y de pronto la cogió por el talle. El olor dulzón de la hierba se esparcía por el espacio mezclándose a la fragancia de narcisos silvestres y de violetas. "Echémonos un momento en el margen", decía Gregorio. Las golondrinas volaban a gran altura y una alondra gorgeara en el campo vecino. El quiso tomar a Marieta en sus brazos. "No, Gregorio, ¡aún no!". Cerca del río los sauces y los helechos murmuraban cosas dulces e incomprensibles. "¿No me quieres!", suspiraba el muchacho.

¡Pobre Gregorio! ¿Qué coqueta había sido con él. ¿Cómo lo había hecho sufrir! ¡Ah, si él pudiera volver por un momento! ¡Si pudiera ella abandonarse en sus brazos aunque fuera sólo una hora...!

Los sollozos estallaron en la garganta de Marieta, quebraron el silencio del pequeño cementerio campestre.

"No puedo creer que esté muerto", dijo acercándose a Marta.

Marta estaba pensando en Nicolás Krefeld cuyo cuerpo se hallaba junto al de sus hermanos. Le parecía mentira que hubiera podido olvidarlo e interesarse por otro hombre. ¡Y qué hombre! ¡Su propio asesino! Miró a Marieta distraídamente y al verla tan compungida y sin em-

bargo tan hermosa, no pudo retener un flechazo ~~envenenado~~.

"Pues, hija, ¡aquí tienes la prueba!" y con un gesto circular señaló las treinta y dos tumbas.

Pero la otra ~~parecía inabundante~~ no la escuchaba. Dijo:

"¿No sabes lo que mi Gregorio gravó con su navaja en la pared de la Alcaldía momentos antes de ser fusilado? Padre lo descubrió no hace mucho. Decía: Te amo, Marieta, adiós para siempre.

Esperó en vano la ~~reacción~~ reacción de Marta. Al parecer ni la veía ni la oía. Estaba inclinada sobre la tierra que aplanaba con la mano alrededor de unos pensamientos.

"Qué rencorosa", pensó Marieta. "Ni aun ahora que todos están muertos me perdona el amor de Nicolás".

Salió del cementerio sin despedirse. Empezó a caminar por un sendero que se alejaba de la aldea y de la carretera de Meaully. Iba entre el centeno naciente, respiraba el olor de la hierba tierna. Oía el rumor grave del agua corriendo hacia el molino de Hauser y a las golondrinas chillando a través del espacio.

Marieta rechazaba las manifestaciones de la joven primavera pero éstas la perseguían. No quería ver las floridas praderas donde tantas veces se sentó con Gregorio, ni oír los píos y los gorgoros de las aves que a menudo escuchó con Gregorio, ni aspirar el aire tibio y fragante que justo un año antes para quella misma época se confundía aún con el aliento de Gregorio.

Casi corriendo llegó al robledal. Siguió hasta donde se levantaban los primeros abetos. Respiró larga y hondamente el aire selvático, húmedo y frío. Levantó la mirada hacia las profundidades vegetales de las mil ramas y agujas formando techo. La primavera se manifestaba allí con menos insolencia. El corazón de Marieta latía ya con más sosiego y su espíritu se serenaba. De pronto recordó al capitán Dreital y como estaba aquella mañana: colgado de una rama con una mecha

rubia balanceándose sobre su rostro y sus azules pupilas ya vidriosas, fijas en ella acusadoramente. Quiso vanagloriarse de haber contribuído a la captura del oficial enemigo y recordar con orgullo las calurosas felicitaciones de los resistentes, pero ya no podía. El espectro del joven capitán había dejado de ser la sombra de un enemigo; era la de un hombre sano y hermoso capaz de am^{or} a una mujer y tal vez procurarle horas de dicha. Y ahora estaba enterrado en aquel bosque, en el lugar intrincado y fragoso donde el viejo Anrhem lo ocultara. ■ Nadie lo hallaría jamás y su sombra vengativa erraría para siempre entre los robles y los abetos.

Huyendo de esa horrible visión, Marieta volvió a la aldea.

¶
¶ ¶

Aquella misma tarde Erika se presentó muy excitada en casa de Marta. Dijo que por la mañana temprano había llegado tropa de Kirch. Fueron en grupo a llamar a los que se alojaban en su casa. La tropa venía mandada por un sargento y los hombres ponían caras rígidas y ceñudas. "Pero ¿nos llevan presos?" decía uno de los de Hernam sin pensar que Erika comprendía su lenguaje. Otro exclamaba: "A mí si que, como que no he hecho nada..." Erika les había seguido hasta el Ayuntamiento donde esperaba el camión que iba a llevárselos. Cabizbajos y nerviosos, los doce hombres se preparaban a subir. Nadie se fijaba en la viuda hasta que ésta se acercó y le preguntó a un soldado: "¿Qué sucede?" "No sé", contestó éste, evasivo. Pero Erika había insistido porque aquel hombre era uno de sus alojados al que había dado papel de plata para Navidad. Entonces el soldado le susurró al oído: "Creo que se ha cometido una violación y una muerte."

Al repetir esta noticia, Erika se exaltaba por momentos.

"¿Qué gentuza más hipócrita!" Después de celebrar las Navidades con su árbol y sus canciones como la gente honrada, ahora violan y matan o matan y violan; no sé cual de los crímenes ha precedido al otro."

Marta callaba obstinadamente. Erika comentó:

"Es una raza de cerdos, sólo les mueve la gula y la lujuria."

Viendo que el silencio de Marta se prolongaba, Erika Egger se despidió. Marta no la vio siquiera salir. La noticia la había dejado anonadada. Una sensación de catástrofe embargaba su entendimiento y se decía: "No quiero preocuparme. Al fin y al cabo, ¿qué me importa a mí un crimen más después de tantos y tantos perpetrados contra nues
perpetrados

tra nación? Comprendía sin embargo que no era ^{la importancia} ~~el valor~~ intrínseca del crimen lo que la afectaba. Era algo más íntimo, más hondo y personal, algo relacionado con el sueño de aquella noche. Se reprochaba amargamente el haber pensado demasiado en Greiz, el haber saboreado el recuerdo de aquel sueño y, sobre todo, el haber permitido que la ayudara a tender la colada. Sentía vergüenza y arrepentimiento como si el crimen del soldado fuera una consecuencia de su debilidad.

Había preparado una canasta de ropa para repasar y zurcir algunas piezas. Pero desde que llegó Erika con la noticia, ~~Marta~~ permanecía inmóvil sentada ante la caja de los hilos, con las manos caídas en el regazo y la vista clavada en el vacío.

Llegó la hora de darle el pienso a las vacas y la joven seguía ociosa. Hasta que Paloma lanzó un largo mugido desde el establo. Entonces Marta pareció despertar; púsose en movimiento y siguió ya como un autómata practicando las faenas domésticas.

Después de cenar, volvió a sentarse con la intención de echarle una pieza a una sábana. Cogió la cajita con los enseres, buscó tijeras, hilo, dedal, recortó un rectángulo de tela, púsose a aplicarlo con esmero a la parte deteriorada. Pero en aquel momento oyó ruido de pasos en el camino. Dejó caer las manos y escuchó. Las pisadas pasaron y se alejaron.

Ya no se acordaba Marta de remendar. Sus manos seguían inertes en el regazo y su vista fija en las llamas.

El reloj de péndulo dió las diez. Marta se levantó, fué hasta la puerta de la calle, la abrió y salió al camino.

La noche era fría y húmeda, no se oía ni un paso humano, ni un ladrido de perro, ni un ronrón de motor en lontananza. Pero de pronto ululó un buho en el roblede~~o~~; era como un grito desgarrador de alma en pena. Marta se estremeció, entró precipitadamente y echó el cerrojo.

Volvió a estar sentada cerca del fuego pero ya no intentaba si- quiera coser. Habíase quedado rígida con el oído atento al gran silen- cio de las colinas circundantes, como si esperase que algún síntoma de vida lo quebrara.

Un rato después sonó un aldabonazo en la puerta. Marta se levantó de un salto.

"¿Quién va?"

"Teniente Greiz".

La voz no parecía la del teniente. Pero, en efecto, era él. Venía solo, con capote y gorra de visera. Dirigióse rápidamente a la es- calera, dando apenas las buenas noches. Dejó el aire saturado de olor a cuero y a humedad.

Marta volvió a la cocina, dejóse caer en el asiento. La expresión del rostro de Greiz la había impresionado profundamente. En ese ros- tro nada recordaba al joven y amable teniente que tenía las sábanas haciéndose ayudar por su ordenanza. En pocas horas ^{parecía} había envejecido. ¿Qué le habría sucedido a ese hombre para transformarlo así? ~~¿Cómo se había acostado?~~ La campesina oía sus pasos arriba en el cuarto de Bastián: iban, venían, parébanse un momento, volvían a resonar. Y ca- da uno de esos pasos era como un martillazo en el pecho de Marta. Por fin las pisadas dejaron de resonar y la joven subió a acostarse. Pero no logró dormir. Se ponía sobre el lado derecho y en seguida sobre el izquierdo. Se incorporaba, volvía a tumbarse. Ya no quedaba un palmo cuadrado en el lecho donde Marta no hubiera extendido piernas y brazos perpendicular y oblicuamente. El lienzo abrasaba y la almohada parecía repleta de pinchos.

■

Martín Rohe tampoco dormía. Gerah, uno de sus alojados, le había dicho al marcharse: "Hasta luego." El pacifista dedujo que la tropa

iba a regresar la misma noche. Dijo a Edwich y a Marieta que se acostaran: él esperaría un rato junto al fuego. En seguida quedóse dormido. Pero se despertaba a menudo, abría un ojo soñoliento, miraba a la esfera del reloj de pared, volvía a adormilarse. Viendo que iban a dar las once y los soldados no volvían, decidió acostarse dejando la puerta entornada. Estaba a punto de apagar el fuego cuando llegó Gerah. Murmuró algo parecido a Buenas noches y desapareció sin que Martín tuviera tiempo de preguntarle por el otro alojado que era el soldado Mirtva. El pacifista permaneció algunos minutos en la puerta esperando al rezagado. Desde allí oyó pasos marciales que se alejaban.

Después de bostezar ruidosamente y estirarse, Martín subió a preguntar al cabo si iba a venir su compañero.

Gerah no había cerrado la puerta de la habitación, aún estaba con el capote puesto, sentado en una silla baja con la cabeza entre las manos. Al oír pasos levantó la mirada, sus ojos tenían una extraña fijeza y sus labios un temblor intermitente.

Impresionado por este espectáculo, el pacifista no se atrevía a hablarle. Por fin dijo:

"¿Puedo cerrar la puerta, señor cabo?"

Chapurreaba la lengua de los invasores y la usaba a la menor ocasión.

Gerah contestó:

"Puede."

Pero Martín no se movía. Una sospecha espantosa le tenía clavado en el suelo con la vista fija en el cabo.

Este dejó el asiento, se acercó al campesino, dijo con voz forzada:

"Mirtva no volverá; le hemos fusilado."

En seguida, como asustado de sus propias palabras, se apartó de Martín. Paseaba a grandes zancadas por la habitación y de pronto pa-

róse ante un impermeable colgado de la percha, lo miró con intensidad, ahogó un sollozo, apretó los puños lanzando una maldición entre dientes. Dirigióse a un mueblecillo cerca de la ventana, abrió uno de los cajones, hurgó en él durante unos minutos, hasta que halló lo que buscaba: un paquetito de cartas y una fotografía. Se quedó con ello en la mano, vacilando. De pronto lo tiró todo sobre la cama de su compañero. Miró a Martín fijamente.

Ante la mirada amenazadora del cabo el campesino decidió salir de la habitación. Sus buenas noches no fueron contestadas ni parecían haber sido oídas.

Inquieta al oír pasos y murmullos, Edwich se había despertado y esperaba a su marido sentada en el lecho.

"¿Qué sucede, Martín?"

"Han fusilado a Mirtva."

"¡Dios mío!"

La campesina se santiguó precipitadamente.



No clareaba aún cuando Marta se vistió. No podía permanecer en la cama donde millones de alfilerazos imaginarios se le clavaban en el cuerpo. Se dirigió al jardín a esperar la llegada del día.

En el cielo, la obscuridad parecía luchar con la luz. Brillaban aún las estrellas pero con un fulgor más pálido y por la parte de levante algo impalpable se adivinaba ya, como un presentimiento de aurora. Un silencio amplio y profundo flotaba entre la gran hondura del firmamento y la superficie de la tierra. Todo aparentaba dormir no sólo en Hernam sino en el mundo entero, en éste y en aquel lado del globo y en el espacio, donde a distancias inconmensurables rodaban otros planetas. Oíase el rumor del agua corriendo por el caudaloso cauce del río. Parecía sollozar en la noche y también rezar o cuchii-

chear. Un airecillo húmedo y fresco pasaba de vez en cuando por el resto de Marta, traía fragancia de hierba mojada y de musgo.

De súbito en el insondable abismo de sombra se formó una mancha más clara; un velo suavísimo de niebla apareció sobre las colinas. Primero fué gris opaco, luego se tñó de color lila y en seguida de un claro rosa.

A lo lejos oyóse el canto del gallo; lanzaba al espacio su agudo alerta. Otro le respondió desde el corral. Pronto se unieron a esas voces las voces de los gallos vecinos. Aquí y allá respondiéronse unas a otras de trecho en trecho. Las golondrinas volaban ya dando agudos chillidos; los gorriones se agitaban piando; en una casa próxima, seguramente la de Ada Ingrid, abrióse con estrépito una ventana y un perro ladró por la parte de la alameda.

Marta entró en la casa, fuése a encender la lumbre a la cocina.

Cuando salió de nuevo al jardín, el día brillaba ya sobre las colinas y de pronto puso una pincelada rosa en el techo del hórreo y otra pincelada en las copas de los frutales. Hasta que se esparció por la hierba donde brillaban como rubíes las gotas de rocío.

La niebla hecha girones, huía y se desintegraba como un viejo lienzo rasgado por una mano invisible. Una que otra hilacha se engan- chaba todavía en las copas de los árboles, a medio kilómetro de la aldea.

Marta dió el piénso a las vacas y las ordeñó. Luego preparó la harinada y la bazofia para los cerdos y le dió su ración de grano a la volatería.

Sólo cuando todos los animales domésticos estuvieron alimenta- dos y sus respectivos aposentos limpios, se calentó su tazón de le- che en el cual mojó pan. Sus piernas, sus manos y hasta su cabeza funcionaban mecánicamente mientras otra parte de su ser flotaba co- mo perdida en el espacio sin alcanzar sosiego ni dirección.

Había llenado un bidoncito de leche que llevaba cada mañana a Miguel (porque Ada no tenía ya vacas). De paso tomó la azada y el rastrillo para irse luego a trabajar a los tablares. Entornó cuidadosamente la puerta de la casa no sin dedicarle un rápido pensamiento al teniente, y empezó a subir el declive.

Veíase a sí misma con los aperos y la vasija como si ella no tuviera nada que ver con esa Marta que trabajaba, dormía, comía y avanzaba por el camino. Otra Marta flotaba al lado de ella capaz de saborear el perfume de las praderas, el canto de las aves, el rumor sordo del río y de la selva y apreciar la bondad y la inteligencia de un hombre superior, llegar a amarlo, fundirse y desaparecer en él.

Miguel estaba ya sentado fuera, respirando con avidez el aire frío y sano del monte.

"¿Qué hay, Miguel?"

El enfermo parecía muy excitado.

"¿Te enteraste del suceso?"

"¿Qué suceso?"

"A nosotros nos lo acaba de contar Martín Rohe. Dice que el teniente Greiz mandó ayer fusilar a uno de sus soldados."

Ada llegó en aquel momento.

"Buenos días, Marta."

"Buenos días, Ada."

Miguel continuó:

"Uno que se alojaba en casa de los Rohe."

"Parece que el soldado violó a una muchacha de Glosters", explicó Ada.

Marta miraba en el vacío.

"¡Fusilado!", repitió como en sueños.

"Desde luego se lo merecía", comentó Miguel. Mirando a Marta con intensidad, prosiguió: "La víctima es hija de uno de los resis-

tentes de Glosters, Hans Ruedi Bretzer, tus hermanos lo conocían."

Recordando la información de Erika preguntó Marta:

"¿Dicen que la mató?"

"Estaba sólo desmayada. Pudo declarar en el juicio. Así se lo ha contado el cabo a Martín."

"Bien vengada quedó." comentó Ada.

Miguel se volvió hacia su madre:

"¿Te acuerdas de Eddy? Tímida y dulce como un cordero. ¡Una bendita!"

"¡Bien vengada quedó!", repitió Ada.

De pronto Marta no pudo soportar la presencia del enfermo y de su madre. Despidióse con una excusa y se marchó.

Caminaba con la azada y el rastrillo al hombro. No veía las casas cada vez más ruinosas de Hernam ni las praderas verdeantes, ni los árboles con sus hojas nuevecitas sino al teniente con el sable en alto gritando: ¡Fuego!

El nuevo aspecto de ese hombre luchaba en su espíritu como si quisiera destruir el otro Greiz, al Greiz que comparaba el declive con un paisaje de cuento de hadas, el que perdonaba su fisgoneo, el que la ayudaba a tender la colada y sobre todo aquel que sólo existía en sueños, el que vivió y murió en un relámpago de deliciosa locura.

Pero no quería pensar en él, no comprendía cómo ese hombre había logrado romper el cerco sagrado y penetrar hasta el santo recinto donde hasta aquel momento sólo vivieron las pálidas sombras de sus padres y de los fusilados.

Por primera vez desde la muerte de Bastián y de Pedro, Marta acababa de pasar por delante del cementerio campestre sin dedicarles ni una oración ni un recuerdo, ni siquiera una mirada.

Llegó al tablar y comenzó a trabajar la tierra. Por un momento

pensó en las coles, nabos y cebollas que recolectaría y en los nuevos surcos que abriría para mejorar la calidad del heno y la alfalfa. Se sentía con capacidad y fuerzas para llevar adelante esas tareas masculinas. Y en resumen, eso era lo que importaba.

Pero esas oleadas de buen sentido duraban poco. El insidioso perfume de las violetas y del musgo se insinuaba por la nariz de Marta y el murmullo de los regajos y el bisbiseo del centeno se introducían por sus oídos. Entonces recordaba con un desmayo de imposible felicidad el sueño de la otra noche. Y en seguida, como un vendaval destructor, volvía a surgir el drama de Glosters.

¶
¶ ¶

En Hernam, como en Meaully y en Mulstein y hasta en Kirch, capital administrativa y militar de la región fronteriza, no se habló durante unos días más que de la muchacha violada y del consejo de guerra que mandó al culpable al suplicio.

Los campesinos, ancianos y mujeres, porque ya no quedaban jóvenes en las aldeas, compadecían a la víctima y agradecían al teniente esa sentencia severa y ejemplar.

En cuanto a los jefes y oficiales de ocupación, por espíritu de cuerpo, aprobaron unánimemente la condena. El honor y el prestigio del ejército lo exigía. Y después de todo ¿qué importaba un cadáver más entre los centenares de miles de hombres sacrificados por ambos lados?

La gran ofensiva de primavera había comenzado en todos los frentes y ocupantes y ocupados tenían preocupaciones mayores que la ejecución de un soldado lujurioso.

Pero el fusilamiento de Mirtva había dejado un rastro muy hondo entre los compañeros. A algunos de éstos les tocó por sorteo formar parte del pelotón de ejecución. Tuvieron que contribuir, con una de aquellas balas destinadas al enemigo, a destruir la vida de un camarada. Este tremendo deber disciplinario dió al traste con los débiles sentimientos de militarismo patrio que les quedaban todavía.

No pudiendo comentar ese suceso ni atreverse a mentarlo siquiera, al propio tiempo que no pensaban en otra cosa, encerráronse en hosca mudéz. Ya no sólo evitaban el hablarse sino que tampoco se miraban, como avergonzados de ser hombres y existir.

El que parecía más afectado era Gerah. Andaba como atontado de

aquí para allá, y Martín le oyó un día suspirar y hablar solo en el cuarto de arriba. Un ser humano luchando con sus tristes pensamientos despertaba siempre la simpatía del pacifista.

Aprovechando la ocasión de hallarse Edwich y Marieta ausentes, le llamó desde el huerto.

"Bájese a catar mis cerezas".

El cabo bajó sin dejar de pensar en Mirtva. En pocos días había enflaquecido y sus mejillas se hundían bajo los pómulos salientes. Tenía la mirada como vuelta hacia dentro y sus labios dibujaban un gesto amargo.

Martín le dió un puñado de cerezas escogidas entre las mejores no sin mirar con cierto recelo a la puerta de la cocina donde su mujer o su hija podían aparecer de un momento a otro. La inquina y el menosprecio de Edwich y de Marieta hacia el viejo pacifista se manifestaba con más violencia cuando le veían platicar con el teniente o con un soldado.

"Son riquísimas", dijo Gerah, y no pudiendo apartar su idea fija suspiró:

"Mirtva las acechaba diciendo que ni el teniente ni el Padre Eterno le privarían de saborearlas cuando estuvieran maduras."

Dijo Martín:

"¿Quién iba a sospechar que al madurar el fruto estaría ya muerto?",

"Recuerdo", dijo el cabo, "que para Navidades al ver que éramos trece en la mesa, él mismo pronosticó que uno de nosotros moriría".

Fernancieron un rato callados. Por fin el ^{campesino} ~~pacifista~~ comentó:

"La falta era grave, pero el castigo es excesivo."

El cabo miró a Martín con desconfianza. ¿Qué pretendería el viejo hipócrita? Pero el campesino ^{le} sostuvo ^{la} mirada. Entonces Gerah, harto ya de callar:

"Esa sentencia es una infamia", dijo.

De pronto se le abrieron las esclusas del alma: todas sus dudas, su añoranza, sus pesares y su indignación mezclados y fermentados se le salieron atropelladamente por la boca.

"Hemos sido unos cobardes", chilló sin importarle ya un bledo el ser oído por cualquiera. "Nada podrá borrar la injusticia que hemos cometido con él".

Miró de nuevo a Martín con una expresión entre suplicante y amenazadora.

"¿Fue un crimen; sí, señor; un crimen cien veces peor que el del propio encartado. Y de él somos responsables sus mismos compañeros. Todos callamos, todos consentimos en que se le condenara. Allí sólo se dio beligerancia a los acusadores: la madre Bretzer, que estaba hecha una furia, la zafia de su hija, hipando y moqueando y dos o tres testigos improvisados, gente que no sabían ni habían visto nada... Yo no entiendo bien vuestra lengua", siguió el cabo, "pero el intérprete repetía una a una las palabras de los testigos y resultaba que Mirtva era un borracho empedernido, un cínico, un sádico y no sé qué más. Si el autor del delito", prosiguió Gerah con redoblada violencia, "hubiera sido un muchacho de aquí, ¿se hablaría de violo? ¡Quia! A eso se le llamaría hazaña y el mozo triunfante se vanagloriaría de ello ante los hombres de su edad".

Gerah comía maquinalmente las cerezas que Martín le iba alargando. Este dejó de pronto:

"Son las últimas" y le puso en la mano dos o tres.

"Pero no tardará en haber más", añadió. Y miraba las ramas del árbol cuajadas de bolitas rosadas.

"Esa Bretzer," continuó el cabo sin abandonar su idea fija, "esa Bretzer llevaba tiempo coqueteando con Mirtva. Cada vez que íbamos a Glosters él trataba de conquistarla: se ponía la mano en el pecho, le

112

tiraba besos con la yema de los dedos... La muy ladina le esquivaba y al propio tiempo le animaba con miradas y sonrisas. Eso lo hemos visto todos nosotros".

Tiró con rabia los huesos de las cerezas al suelo y Martín Rohe, para evitar que las mujeres los descubrieran, los recogió uno a uno y los lanzó por encima la tapia

"El mismo día del suceso", siguió Gerah, "cuando Mirtva estaba ya algo bebido, pasó ella con las vacas ante el figón donde nos hallábamos. Recuerdo muy bien que le miró con malicia, casi podría jurar que le sonrió. Mirtva se levantó en seguida y haciendo esos se fue tras la muchacha. Yo traté de detenerlo, hasta le cogí por un brazo, pero él se sacudió con brutalidad lanzándome una palabrota. Teníamos que haberle sujetado entre todos y obligarlo a permanecer allí, pero ninguno se atrevió. De un tiempo a esta parte esta ^{ba} irascible y violento. Andaba atormentado por la idea de las mujeres y para distraerse bebía. Hasta el día fatal habíamos conseguido ocultárselo al teniente"

Callóse un momento, luego suspiró:

"¡Más le valiera haber pasado unos días en el calabozo de Kirch!" En cuanto a mí", concluyó con decisión, "si el armisticio me coge con vida, no volveré a tocar un arma de fuego. Nunca más, a fe de hombre honrado, aunque sea para asustar a un gorrión".

Greiz no podía apartar de su mente la ejecución de Mirtva, pero tampoco podía arrepentirse de su acción. Sabía que mil veces que el caso se presentara él, como el más perfecto de los autómatas, volvería a dictar la misma sentencia. Hay casos en la vida en que la conciencia individual no tiene el derecho de actuar. Las palabras, los actos de un hombre no dependen de sus sentimientos ni de sus ideas sino del mecanismo fatal que transforma al individuo en muñeco movido por un sistema sabio y complicado de ruedas, resortes, cilindros, muelles y espirales. El automatismo había funcionado a la perfección y todo el mundo parecía satisfecho. Pero el espíritu de Greiz se agitaba en espasmos de sufrimiento entre las ruedas, resortes, cilindros, muelles y espirales de aquel complicado engranaje; no se resignaba a ese honrado papel de simple pieza, complemento de la bala, del fusil, del brazo del soldado ejecutor: plomo, acero, sangre y músculo movidos por una palanca invisible. Esa maravillosa máquina, de la cual era él una simple ruedecilla o tornillo, le causaba de pronto un horror indecible. La condición del hombre en aquella sociedad y en aquellas circunstancias particulares, se le antojaba miserable y humillante. La conciencia individual, ese don de carácter divino, quedaba sometida y anulada a la conciencia sistemática de la colectividad. En ese mecanismo social donde una pieza se hallaba supeditada a otra pieza y ésta a la de más allá, nadie era responsable de nada. En un momento determinado, alguien con la punta de un dedo, tocaba un botón eléctrico y ese sencillo gesto desencadenaba una serie de irreparables desastres que afectaban a millones de seres humanos. Pero aquél que

provocaba la hecatombe no era tampoco responsable de ella; el gesto no dependía de su propia voluntad, sino del sistema social en el que el pretendido hombre figuraba como fragmento. En cuanto la inteligencia, la bondad, la justicia, trataban de brillar por su propia cuenta, la máquina se deterioraba. Así, pues, no era razonable el pedirle cuentas a un hombre o a unos hombres determinados de tal o cual acto más o menos catastrófico y menos aún cuando se trataba de la vida de un soldado.

¿Qué papel representaba él y Mirtva en el horrendo artefacto bélico-criminal? ¿Qué fuerza infernal o divina les había lanzado el uno contra el otro? ¿Era ese desventurado soldado borracho y lujurioso el grano de arena con el cual tropezaba otro grano de arena provocando tragedias individuales indispensables al futuro funcionamiento de la máquina social?

El cadáver de Mirtva no pesaba más que una brizna de hierba en la conciencia de millones de hombres; para la del teniente Greiz, era mármol macizo. Y se decía una y otra vez: "¿Por qué he tenido que ser yo, precisamente yo, quien dictara esa sentencia? ¿Y por qué no he tenido el valor de decir lo que pensaba en vez de obrar como una máquina?" Y se paraba un momento a la cabecera de la cama de Bastián Mons, clavaba la mirada en el Divino Crucificado como si esperase de El una respuesta. Y la respuesta no venía. Greiz volvía a pasear y a monologar: "Si un hombre se compusiera únicamente de elementos perversos (y éstos abundaban en Mirtva) uno podría estar tranquilo de haberle destruído. Pero el ser humano no se compone únicamente de ^{materia} ~~principio~~ angélicas o demoníacas (lo cual daría ángeles o demonios íntegros, grandes, santos o grandes criminales), sino de mezclas más o menos equilibradas de éste y aquello. En Mirtva, de momento, los elementos viciosos dominaban a los austeros, pero estos últimos podían triunfar y hasta era probable que triunfasen. Entonces ese pobre diablo

indisciplinado, escéptico, beodo y lujurioso se convirtiera en un hombre corriente, es decir, algo honrado y algo fullero, medio vicioso y austero a medias, con un poco de fe y otro poco de escepticismo, Pero al destruir los elementos malos hemos destruido también a los buenos. El aniquilamiento de un criminal nos lleva a un nuevo crimen y éste impune para mayor vergüenza nuestra."

Greiz no dejaba de pasear de la ventana al fondo del cuarto y volvía a pararse a los pies del Cristo. "Tú solo sabes mis terribles dudas y mi tremenda aflicción. Tú solo puedes perdonarle y perdonarme."

Luego se tumbaba un momento en el lecho y cerraba los ojos. Pero inmediatamente veía a Mirtva: Caminaba éste entre los soldados por una vereda forestal con el fusil en bandolera y el casco ladeado canturreando una estúpida canción muy en boga:

En los altos márgenes del Río Amarillo

Nació una flor...

Mientras el estribillo resonaba aún en la cabeza del teniente desvanecía la primera imagen para dar paso a otras: Mirtva escuchando sus sermones moralistas con el labio inferior caído y la mirada sardónica; Mirtva con las mejillas rosadas y las pupilas llenas de lucecillas palpitantes ante el abeto navideño; Mirtva ante el consejo de guerra con el rostro amarillo y la mirada vacía, convicto y confeso, aterrado ante su propia culpa; Mirtva, joven y hermoso, caminando al lugar del suplicio con la cabeza descubierta hundida entre los hombros y las manos caídas: dos grandes manos ^{de dedos} separadas como los palmípedos.

Y otra vez volvía a oírse la dichosa musiquilla acompañada de aquellas palabras estúpidas:

En los altos márgenes del Río Amarillo

Nació una flor del color de tus ojos.

Un momento antes de morir Mirtva miró a su jefe y a sus compañeros con la esperanza de que no disparar^{an} ~~ían~~. A penas tuvo tiempo de comprender que se equivocaba. Sonó la voz de fuego y en seguida la descarga. Mirtva se desplomó. Sus enormes manos se crisparon un instante como si quisieran asir algo en el vacío, luego se inmovilizaron, se cubrieron de una capa amarilla.

Greiz veía de pronto sólo las manos: aquellas manos enormes, color de cera, que se ensanchaban hasta el infinito mientras el horrible estribillo seguía resonando:

En los altos márgenes...

[Greiz se levantó de un salto, corrió a la ventana abierta de par en par, contempló el declive con su vergel en lo alto. Entre el verde de los frutales brillaban las manchas rosa y rojo de las cerezas. A lo lejos se levantaba la masa oscura del monte con sus majestuosos abetos y más arriba aún, el cielo pálido donde vibraba una luz diáfana.

Los mirlos y los gorriones volaban de rama en rama picando aquí y allá en la pulpa de las cerezas maduras.

Sobre el marco de la ventana, justo debajo del alero, dos golondrinas estaban arreglándose al nido. Llegaban rápidas, una en pos de otra, llevando en el pico una pluma o una pajuela. Describían elegantes círculos en el espacio. Pero al ver al hombre asomado, se alejaban con chillidos agudos. La más audáz, la hembra sin duda, se acercaba hasta tocar la pared con sus alas pero no se atrevía a posarse y daba voces para advertir a su compañero.

Entonces Greiz se retiró de la ventana y ellas entraron en el nido. Charloteaban y se agitaban, decíanse Dios sabe qué cosas trascendentales sobre los huevos que pondrían y empollarían y los hijos que nacerían de ellos.

III
R R

Era al atardecer; tierra y cielo se bañaban de luces y sonidos plácidos y suaves. Los últimos destellos del sol poniente teñían de tonos bermejos las cumbres de la sierra nevada aún, la cima de los gigantescos álamos blancos y la veleta herrumbrosa de la escuela. En la llanura, por el lado de Meaulx, resplandecían, como un incendio en los cristales de unas ventanas.

Hernam estaba desierto a aquella hora. Los campesinos, mujeres y zagales, se hallaban en los pastos o en los labrantíos y los soldados, con la disciplina algo relajada desde la ejecución de Mirtva, andaban por la alameda y por los márgenes del río, tumbados o bañándose.

Oíase el sollozo de la fuente y el piar y gorgear de los pájaros, cacareos y graznidos de aves domésticas y a lo lejos, flotando en la paz de los prados, el ladrido melancólico de un perro-pastor y el grito ahogado del rabadán.

Pronto palideció la pincelada roja en la cima de los álamos y en la herrumbrosa veleta municipal. Se apagó el fulgor de incendio en las ventanas distantes. Sólo las cumbres de la cordillera fronteira, altas e inhiestas, conservaban aún su irisada tonalidad. Pero esa luz se obscureció también rápidamente, tornóse color lila, luego morada y por fin azul opaco.

Cesó el piar y gorgear de los pájaros, cesaron los cacareos y los graznidos en los corrales, chirrió una carretilla y se cerró una puerta con estrépito. Un momento después la aldea se llenó del tintineo de los rebaños de regreso del pasto. Alrededor del abrevadero resonaron silbidos y voces de rapaces.

"¡Anda, Sultana!"

"¡Granada, dentro!"

"¡Vámonos, Cárdena!"

El hato de Marta Mons iba detrás. Con un ligero bastoncillo la labriega golpeaba las ancas de Pardifía, algo rezagada. Paloma caminaba a la cabeza, pero tuvo que esperar a que se despejara la pila.

Cuando todo el ganado estuvo fuera, dio la señal de acercarse. Las vacas comenzaron a beber. Levantaban el enorme testuz y de sus fauces se desprendían largos hilos plateados mientras en sus redondas pupilas se reflejaba el verde de los frutales.

Desde el fusilamiento de Mirtva, Marta no había vuelto a hablar con el teniente. Comía de nuevo en el comedor-pasillo, guisaba y se calentaba la leche en el fogoncillo portátil. Pasaba los días sin poner los pies en la cocina. Todo su trato con los militares consistía en cambiar unos buenos-días o unas buenas-noches al cruzarse con ellos en la entrada o en la escalera.

El crimen del soldado y el inmediato castigo habían sido para Marta como la réplica brutal a la dulzura de un ensueño. Después de aquella deslumbrante ilusión que le había procurado sensaciones y emociones hasta entonces insospechadas, su alma se había sumido en la obscuridad más profunda; pero esa misma obscuridad abría camino a una nueva luz. Marta ya no luchaba por mantener el odio sagrado que estos últimos años alimentó su vida y ese odio moría dulcemente sin que la joven tratara de reanimarlo. Era el sosiego de esta renuncia lo que invadía todo su ser aquel atardecer de primavera. Oía distraída el gorgoteo de las vacas al abrevarse y miraba, sin verlo, el camino de Glosters que destacaba su trazo claro en la masa oscura del robledal. Un hombre avanzaba por él con torpe y cautelosa lentitud. Iba arrimado a los árboles con trazas de animal selvático perseguido. Movía la cabeza, que llevaba desnuda y hundida entre los hombros,

de un lado para otro. Parecía dirigirse a la fuente aunque su paso vacilante podía variar de rumbo, seguir hacia Meaully, detenerse en casa Mons, subir el declive y llegar a casa de Ada.

Las vacas torcían el cuello intrigadas, fijaban su curiosa mirada en el desconocido.

No quedaba rastro de sol ni en la llanura ni en las cumbres, una suavísima claridad azulada envolvía las casas y los árboles. Todo tomaba un aspecto irreal; sólo ese hombre de gestos cautelosos y azorados adquiriría real importancia.

La aldeana le veía venir con el corazón palpitante. El extranjero parecía dirigirse a la fuente. Paróse a pocos pasos de ella.

"¿No me conoces, Marta?"

Sus mejillas ocultas por la barba, hundíanse bajo los pómulos salientes, y el cráneo, que llevaba descubierto, aparecía mocho, salvo en la parte baja donde dos largas greñas grises le colgaban por detrás de las orejas.

No; Marta no le conocía, aunque su acento campesino tenía el sabor del país.

"¿Tanto he cambiado?"

Una risita collozante contrajo no solamente su boca sino la nariz y la frente.

"Soy Cyril Baumann, vuestro cura."

"¡Ah!", hizo Marta, incapaz de emitir una palabra de bienvenida. Ese hombre formaba parte de un pasado no muy lejano y sin embargo des arraigado del presente, enteramente destruido, aniquilado.

Cyril Baumann había sido párroco de Mulstein. Un grupo de aldeas formaban parte de su feligresía. El joven sacerdote iba de Mulstein a Glosters, de Glosters a Hernam, de Hernam a Meaully desempedrando los caminos con su desvencijada bicicleta, acompañado de un tremendo ruido de herrajes y de un impertinente cascabeleo. Llevaba la sotana

arremangada hasta la cintura y la rebelde cabellera flitando al viento. Su vozarrón autoritario, de indestructible deje campesino, caía como pedrisco desde el púlpito sobre los asustados fieles a quienes siempre acusaba de herejía. "Para vosotros", les gritaba, "valen más las coles y los nabos que Dios". Pero en cuanto le sobraban unos minutos, aceptaba con gusto un vaso de sidra o el tabaco para llenar su pipa de pastor. Conversaba con los aldeanos sobre siembras, plantíos, riesgos y discutía con pasión una jugada de bolos y una batida de gamos o de liebres.

Tal era cuatro años antes el hombre que estaba ahora frente a Marta encorvado, esquelético, calvo y desdentado, con la voz hueca y vacilante y los ojos hundidos en las cuencas.

"¿Está la aldea ocupada?"

"Está".

Baumann juntó las manos con espanto.

"¡Me voy!"

Inició un movimiento de retroceso como si quisiera volver al bosque. De súbito se paró, acercóse a la fuente y hundiendo en el agua la mano, se la pasó repetidas veces por la frente y las mejillas, luego bebió dos o tres almorzadas.

"¿Meaully también?"

"También".

Dejóse caer al pie del abrevadero.

"No tengo ya fuerzas para ir más lejos, más vale que me cojan aquí".

Suspiró amargamente:

"Para eso habré atravesado toda Europa a pie, caminando de noche, escondiéndome de día en breñales y cuevas y en las chalanas abandonadas de los canales."

Una horrible palidez se había extendido por su rostro. Marta

corrió a su casa en busca de un cordial. Vino un momento después con un vaso casi lleno de aguardiente de cerezas.

"Beba". Y sin dejarlo de la mano le ayudó a vaciarlo.

"¿Está mejor?"

El miró alrededor con desconfianza.

"Les tengo miedo, ¿sabes? ¡Son fieras!"

Parecía vacilar aún entre seguir su camino o quedarse.

"¿Tendrá hambre?", hizo Marta.

"¿Hambre? Ya no sé lo que es comer."

"Voy a entrar las vacas y en busca de Rohe", dijo Marta. "Hemos de encontrarle a usted un escondrijo."

Cyril se quedó solo. Púsose lentamente en pie, miró con desconfianza alrededor. No se atrevía ni a toser. Pero las sombras cada vez más cerradas le procuraban un sentimiento de seguridad. Las sombras eran ahora su elemento.

En la aldea reinaba un profundo silencio al que llegaba el rumor del río y de vez en cuando el suspiro de la selva cercana.

Un tropel de recuerdos se precipitaban sobre Cyril. Y se extrañaba de estar allí sobre sus piernas, deseando aún la libertad y la vida. La libertad más que la vida. ¡La había pagado tan cara y la veía tan amenazada todavía! Si ellos volvía a cogerle preferiría morir. Pero ~~de~~ nada servía preferir. Había dejado de ser un hombre con facultades de determinio. No era más que una bestia perseguida y acorralada.

Pensó en Dios y en sus mandamientos: No matarás. El no había matado y no quería matarse. Pero ¿podría dominarse hasta el fin? Si le detenían de nuevo, no caería en la tentación de exterminarse como el pobre Willy? (Tuvo la visión del prisionero corriendo hacia las alambradas eléctricas, agarrándose a ellas y retorciéndose con saltos inverosímiles de juguete mecánico antes de caer muerto). ¡Si ellos le

fusilaran en vez de volverle a esos infiernos concentracionarios!...

"¡Te lo ruego, Señor!"

Llevaba tiempo sin rezar. Su comunión con Dios se reducía a esos gritos esporádicos "¡Líbrame de ellos, Señor!"

Poco después llegaba Martín Rohe y Marta. El pacifista estrechó a Baumann entre sus brazos.

"¡Qué alegría, padre Cyril!"

Añadió tristemente:

"Lástima que no pueda venir a casa: tengo al cabo."

"Escóndanme en cualquier sitio, lo antes mejor. Después será tarde."

"Vamos a ~~ca~~^{sa} de Ada", dijo de pronto Rohe. "Allí no va nunca ni el teniente ni los soldados."

Entre los dos ayudaron a Baumann a subir el declive. La puerta de los Ingrid estaba cerrada. Ada no quería abrir y Martín tuvo casi que enfadarse para lograrlo.

Al saber de lo que se trataba, la anciana comenzó a gemir:

"No tengo más que un camastro y me faltan mantas".

"Traeremos todo lo que convenga", dijo Marta Mons.

"Naturalmente", convino Rohe.

Miguel se había incorporado en el lecho y devoraba al forastero con la mirada.

"¿Quién es, madre?"

"Es el mosén..."

Cyril se sentó cerca del fuego. Marta fue a buscar leche y mantas. Martín instruía a Ada Ingrid.

"Usted ni una palabra."

"Natural..."

"¿Y si yo le hablara al teniente?", dijo de pronto Martín a Baumann.

"¡No, no, por Dios! ¡Prefiero volver al bosque!"

"En el bosque se moriría usted de frío".

"¡Ay, Dios mío!", gimió de pronto Ada. "¿Qué pasará si le descubren?"

Rohe se encaró con ella.

"No seas majadera, mujer, no pasará nada. Conozco al teniente y respondo de él."

Marta volvió con mantas y sábanas y su ración de leche.

"De momento le daremos esto", dijo, "podría sentarle mal la comida."

Los demás aprobaron esa prudente precaución.

Mientras Ada y Marta iban a preparar la cama de Cyril, éste, algo más tranquilo, preguntó por los resistentes de Hernam.

"Todos fusilados", dijo Martín. Y le puso al corriente de la tragedia. Añadió:

"¿No sabía usted nada?"

"Hablé lo menos posible con la gente. Sólo me interesaba saber si Mulstein estaba ocupado. Me dijeron que Glosters también. Vine aquí a bosque traviesa creyendo que la aldea seguiría libre."

"¡Libre!", exclamó Martín. Explicó entonces el asesinato del coronel Risler y de su escolta perpetrado en el robledal de Hernam, sin duda por los resistentes de Mulstein o de Kirch; eso no pudo averiguarse.

"Lo pagamos nosotros, que ni siquiera lo sabíamos."

"Pero aquí se ahorcó al capitán Drel", dijo Ingrid desde la cama. Y a penas dicho esto, volvió a amodorrarse.

"Sí", explicó Martín. "La aldea estaba acupada, el capitán le hacía el amor a mi hija Marieta y su novio y mi hijo Andrés, junto con los demás resistentes emboscados en el monte, decidieron vengarla".

Cyril Baumann estaba recordando como lo detuvieron y expatriaron junto con otros resistentes, el viaje en vagones de carga repletos de hombres. Días y más días rodando sin luz ni ventilación con aquel olor nauseabundo, hambrientos, sucios, enloquecidos... Recordaba a Witmann ahorcándose de una viga del techo con su bufanda ante la indiferencia o tal vez la aprobación de sus compañeros.

Rohe seguía hablando de la tragedia de Hernam; Baumann seguía recordando. Rohe podía hablar; Baumann no. Hay cosas que no deben repetirse porque su propio horror las hace inverosímiles. Estaban incrustadas en el alma del fugitivo como llagas sangrantes, como cánceres devoradores, pero no saldrían de allí. "Fue milagro que no me fusilaran", decía Martín. Pero Cyril Baumann no le oía. Su espíritu se hallaba ocupado por una idea obsesionante. Así que una acción inmediata no le ocupaba, esa idea latente se apoderaba de él: una larga hilera de prisioneros con las herramientas al hombro caminaba por la nevada estepa. Ahora uno, ahora otro eslabón de la cadena se quebraba, un hombre se detenía, se apretaba el costado o el vientre, gemía, vomitaba, tosía, escupía sangre... En seguida volvía a caminar pero a veces caía al suelo para no levantarse. No estaba muerto aún, lo decía su mirada fija con horror en el camino por donde iban a llegar los guardianes a terminar su agonía. Y los demás, silenciosos, embrutecidos, sin una frase de consuelo, sin un gesto de piedad, seguían su camino como autómatas. Y ¿qué sentía el ex-cura de Mulstein en aquellos momentos? Miedo, miedo, únicamente miedo. Olvidando las palabras de Jesús y la práctica del Evangelio, seguía también caminando sin auxiliar al caído, sin prodigarle una palabra fraternal, sin siquiera volver la cabeza. Miedo, miedo, siempre miedo, temor de sufrir la misma suerte, economizando un esfuerzo, un gesto, una palabra, hasta un latido de compasión con la esperanza, no de vivir, (¿quién pensaba en vivir?) sino de morir fuera de allí, en un lecho

de hospital o al borde de un camino libre.

A este punto de su pensamiento estaba Baumann cuando llegaron las mujeres anunciando que la cama estaba a punto. Cyril se levantó penosamente, siguió a Ada hasta el cuartucho lleno de trastos viejos, sin ventilación y con un fuerte olor a tocino rancio y a cebollas.

A Baumann le pareció una maravilla. Dormir solo, sin oír los gemidos y las toses de miles de hombres o en cuevas húmedas y sombrías en compañía de aves nocturnas, temiendo a cada paso ser detenido!

Ada puso el candil en una banqueta y salió diciendo:

"Buenas noches, mosén."

¡Qué raro le parecía oírse llamar mosén! Ya no tenía derecho a ese título, ya no podía considerarse un cura. Pero sentía indulgencia hacia sus propias faltas. Le parecía que Dios no iba a ejercer sus rigores sobre un hombre que había sufrido tanto. Y esa idea de la inconmensurable indulgencia de Dios era como un bálsamo para su alma

Se había echado vestido en el lecho y el simple y casi olvidado gesto de apoyar la cabeza en una almohada, le recordó que en tiempos pasados nunca se acostaba sin antes leer las oraciones. El breviario que llevó consigo durante una parte de su cautiverio acabó por perderse y ahora le fallaba la memoria. Llevaba mucho tiempo sin rezar y no sólo había olvidado las palabras, sino hasta el sentido de las deprecaciones. Sentía de pronto vergüenza y pesar pero el cansancio le agobiaba. Deseaba dormir, dormir, reposar, olvidar...

Cerró los ojos, quedóse muy quieto y se esforzó en no pensar. Pero llevaba varios años sin acostarse en un lecho, no encontraba la posición. Tosía y le dolían los huesos, tenía sed y la lengua pastosa

Por fin se le ocurrió abandonar el camastro. Se envolvió cuidadosamente en la manta y se tendió en el suelo.

Al cabo de pocos minutos dormía.



Aún no eran las nueve de la mañana cuando Gerah se presentó en casa de Marta preguntando por el teniente.

Este, al verle llegar, comprendió al instante de lo que se trataba.

"¿Qué hay, Gerah?", dijo con afectada negligencia sin dejar de peinarse el cabello.

"Hay, mi teniente, que en casa de los Ingrid se esconde un hombre sospechoso".

Greiz dejó de peinarse, miró fijamente al cabo:

"No se esconde, se rehace de sus fatigas y sufrimientos."

Gerah miró con despecho al teniente. Este explicó:

"Es el antiguo párroco de Mulstein de regreso de un campo de concentración."

"¿Sin duda un evadido?"

Greiz alzó los hombros con un gesto cansado.

"Un hombre muy enfermo, inofensivo en absoluto."

"Si mi teniente está de acuerdo, podríamos interrogarlo."

"O dejarle morir en paz."

"Bien, mi teniente".

El rencor del cabo hacia los resistentes parecía aumentar desde la ejecución de Mirtva. Ese sacrificio en honor de un pueblo rebelde constituía, según él, una injusticia y una humillación vergonzosas.

La conversación había virtualmente terminado; sin embargo el cabo no se movía. Miraba al teniente con fijeza como si deseara hablarle. Ambos pensaban en Mirtva y hubieran dado cualquier cosa por poder olvidarlo. Le recordaban en el momento de morir, fijando en

ellos sus pupilas aún confiadas.

El cabo se cuadró. Con un chasquido seco hizo chocar un tacón contra otro, llevóse la mano a la visera.

Al llegar a la puerta paróse: miraba severamente a Greiz. Greiz leía en esa mirada. El cabo comparaba su entereza ante el caso del pobre Mirtva con su debilidad presente que favorecía al enemigo. Entereza y debilidad estaban sólo en la imaginación del cabo. Greiz hubiera querido explicárselo pero no se sentía con fuerzas para ello. Su alma se hallaba de pronto a distancias inconmensurables de la de Gerah.

"Puede disponer", dijo.

"A sus órdenes, mi teniente".

La voz del cabo era casi agresiva.

R

Aquella misma tarde decidió el teniente llegarse a Meaully en compañía de Pietrot y de Koula. Hicieron vía a pie cambiando a penas una que otra palabra.

En Meaully, el sargento que mandaba el destacamento dio parte al teniente de los últimos sucesos: un guardia forestal, que hasta entonces había colaborado con ellos, acababa de desaparecer sin que pudiera darse con su rastro; dos fugitivos pasaron una noche en la aldea pero cuando a la mañana siguiente quiso detenerles, ya se habían emboscado de nuevo.

"Emboscado?", dijo Greiz con incredulidad.

"Sí, mi teniente; una aldeana dice que les vio tomar el camino del monte".

"Allí no queda nadie, Kleber. Pasaron los tiempos heroicos de las guerrillas. Ahora hay sólo soldados regulares que combaten al mando de jefes de carrera."

"Sin embargo", insistió el sargento, "en el monte hay algunos."

"Serán pobres diablos evadidos de nuestros campos de concentración, demasiado débiles para reunirse al ejército regular".

"Para pegarnos un tiro por la espalda no se necesita mucha fuerza, mi teniente".

Greiz alzó los hombros, sonrió.

"¿Tiene usted mucho apego a la vida, Kleber?"

"Si he de morir, quisiera morir matando, mi teniente".

Greiz miró a Kleber y sus cejas se contrajeron.

"Personalmente, creo que un tiro certero por la espalda sería una buena solución."

"Según lo que entienda usted por solución".

"Hum... bueno: la solución definitiva, el punto final a las responsabilidades, a las dudas; la solución para evitar lo que nos espera."

Kleber parecía de pronto desamparado.

"¿Qué cree usted que nos espera, mi teniente?"

Greiz vaciló un momento antes de contestar.

"No se necesita mucha imaginación para preverlo", dijo por fin. "Algo parecido a lo que ellos han vivido y viven aún: persecuciones, sobresaltos, deportaciones en masa, campos de concentración... La mejor suerte para nosotros, sería volver aquí como prisioneros de guerra, labrar y estercolar estas mismas tierras donde hemos reinado como soberanos, recibiendo una que otra patada de nuestros actuales siervos, los campesinos".

Kleber miró a Greiz con desaprobación. No le parecía bien que bromease con una cosa tan grave. La severidad de su rostro provocó la risa del teniente.

"Estoy hablando ~~en~~ serio, sargento".

"Pero... ¿no cree usted que podemos rehacernos todavía? ¿No nos queda ninguna esperanza?"

Greiz le alargó la mano:

"Sí, claro, ¿por qué no? tal vez se obre un milagro. Lucifer es aún poderoso, sargento."

Lamentaba haber turbado la paz de aquel buen hombre al propio tiempo que la consideraba ciega y estúpida.

Reunióse a Lomja y a Koula.

"¡Vamos, muchachos!"

A medio camino de Hernam les dijo:

"Adelantaos vosotros; tengo gana de reposar".

Quedóse al borde del camino sentado en una piedra del margen. Empezaba a anochecer. Ante sus ojos desfilaban grupos de mujeres y zagales de regreso de los labrantíos y de los pastos. Unos llevaban los aperos al hombro, otros caminaban detrás del rebaño. Oíanse las voces agudas de los rapaces y las más graves y reposadas de las labriegas, algún ladrido de perro pastor, un chirrido de carretilla, el tintín de los cencerros... Entre el paso de un grupo al siguiente volía a reinar la quietud. Percibíase entonces el grave rumor del río en lontananza y de vez en cuando el croar de algún cuervo en las alturas.

Ante este cuadro campestre Greiz creía soñar. La pesadilla de la guerra con su monstruosa contribución de vidas humanas, de humillaciones, de sufrimientos, parecía de pronto muy lejos como si sucediera en otras edades o en otro planeta. La única verdad era esa tierra que se extendía ante su vista, tierra labrada, fecundada, rindiendo a los labriegos las hortalizas, el forraje y el grano multiplicados. Las praderas cubiertas de abundante y hermoso pasto oloroso y verdecito donde se nutría el ganado; Esas vacas que pasaban sosegadas y relucientes mostrando sus duras ubres repletas de leche cremosa; todo

tenía una armonía, un sentido, una utilidad. Greiz deseaba quedarse allí para siempre, no conocer otros lugares ni oír otras armonías, no aspirar otros perfumes ni ver otros paisajes.

Era casi de noche; desfilaban los últimos grupos de labriegas. Un hombre venía solo por el camino encorvado y arrastrando los pies bajo el peso de los aperos. Al divisarlo, el teniente le salió al paso.

"Buenas tardes, tío Martín".

"Buenas y de paz, señor teniente".

Greiz se había puesto a caminar a su lado. Ambos permanecían silenciosos.

Martín acertó el paso para que se adelantara un grupo de mujeres cargadas con las herramientas agrícolas. Debían venir de los bancales más lejanos pues iban encorvadas y jadeantes. Al pasar dijeron:

"Buenas noches".

Cuando las mujeres estuvieron lejos, dijo Greiz:

"Vi al cura desde mi ventana; parece muy enfermo."

"Está tísico como el otro", dijo Martín.

"¿Qué edad puede tener ese hombre?"

"Pues unos treinta y cuatro años, no más".

"Parece un anciano".

Callaron un momento y de pronto, dijo el teniente:

"¿Por qué no sale nunca de casa? debería respirar el aire de los montes".

"Ya se lo dije, pero les tiene miedo a ustedes. No puede remediarlo".

"Le aseguré a usted que no se le molestaría".

"Sí, pero él lo dudó".

Dieron unos pasos más.

"¿Pesan esas herramientas, tío Martín?"

El viejo suspiró:

"Demasiado para mis pobres huesos".

"¿Si nos sentáramos un ratito?"

"De acuerdo", contestó el pacifista. "Allí hay un asiento a propósito".

Llegaron pronto a un corral abandonado. Greiz ayudó al viejo a depositar los aperos. La pared de piedra seca se hallaba medio derruida, enormes guijarros festoneaban la superficie. Escogieron un estrecho espacio plano y se sentaron en él, el uniforme limpio y planchado rozando a la burda zamarra, las botas lustrosas junto a los fangosos zuecos.

Oíase el apagado oleaje del río y un lejano tintín de esquilas.

"¡Qué paz!", suspiró Greiz.

"La de la muerte", contestó Rohe lanzando una ojeada al Cementerio de Fusilados cuya cerca de palo se destacaba en claro sobre la obscuridad del bosque.

"¿Cree usted en ella?", preguntó el teniente.

"Creo en la paz de los que mueren con la conciencia tranquila".

"¿Y quién es capaz de determinar lo que es morir con la conciencia tranquila? ¿Qué diferencia hay entre creerlo y tener realmente derecho a ello?"

Martín reflexionaba.

"Busquemos un ejemplo", propuso Greiz. "Yo... ¿qué derecho tengo yo, según usted, a crearme limpio de culpa? Sin embargo, no tengo nada que reprocharme. He hecho estrictamente mi deber o lo que creía mi deber y ¡Dios sabe con qué escrúpulo, con qué minucia!"

Rohe contestó lentamente, sopesando cada palabra:

"Como oficial de ocupación no podíamos desearlo mejor, humano y justo con nosotros. Visto desde el otro lado... no sé..."

"¿Desde el otro lado?", exclamó Greiz. "Les he sacrificado a

Mirtva, me he inmolado yo mismo renunciando a la paz del alma. ¿Qué podía hacer más?"

"Nada, hijo mío; creo que puedes morir sosegado".

Este hijo acompañado del tuteo levantaron el ánimo del joven. Cogió impetuosamente la mano del campesino y se la besó.

"Gracias, tío Martín".

■

¶
¶ ¶

Cyril Baumann mejoraba. Se le cerraron las llagas de los pies, su rostro parecía menos demacrado y amarillento, el brillo de sus ojos hundidos recordaba algo aquella mirada franca y enérgica del antiguo párroco de Mulstein. Podía ya dormir en un lecho y descansar unas horas seguidas sin despertar a cada paso sobresaltado creyendo de pronto que venían a detenerlo. A medida que recuperaba fuerzas sentía la conciencia despertársele. Uno de los primeros síntomas de esa resurrección fue darse cuenta del sufrimiento de los que le rodeaban.

La aldea martir estaba poblada por sus antiguas ovejas, más desvalidas y descarriadas que antes: la pobre Ada Ingrid con su único hijo moribundo. Marta, la rica heredera, sola en el mundo con la amargura pintada en el rostro prematuramente arrugado. Catalina Krefeld, esposa y madre de héroes sacrificados al odio vengador. Sofía Kart, la desventurada loca cuyo juicio no pudo resistir la visión de sus tres hijos fusilados ante la iglesia. La viuda Egger, madre del niño inmolado como rehén, Marieta y Edwich Rohe, despojadas en una hora de todo lo que amaban en el mundo: novio, hermano, hijo, yerno... y otras y otras... La pequeña aldea agrícola y forestal que Cyril había visto alegre y próspera, con sus labriegos trabajadores y sobrios jugando a bolos los domingos y corriendo por los prados y los vergeles en compañía de las zagalas, era ahora un cementerio: cruces de madera y mujeres enlutadas.

El drama de la aldea comenzaba a penetrarle y sentía el deseo de ayudar a los campesinos, consagrarles el tiempo que le quedase de vida.

Una velada que Rohe estaba acompañando a los Ingrid, Baumann le

preguntó:

"¿Quién guarda la llave de la iglesia?"

"Creo que la tiene Anrhem", dijo Martín.

"¿Nunca pasó un sacerdote por aquí?"

Rohe se echó a reír.

"Sí, pero fue con barbas y pistola."

"Entonces", dijo Cyril tristemente, "¿vivís como paganos?"

"Como perros, querrá usted decir. Así vivimos desde que principió la ocupación, cuando los curas dejaron la sotana por la chaqueta de cuero y el cáliz por el fusil".

Cyril callaba pesaroso.

"Tal vez nos equivocamos, Martín".

"¡Líbreme Dios de juzgarles a ustedes!", exclamó el pacifista.

"En todo caso", añadió el otro, después de un meditativo silencio, "vamos a abrir la iglesia, vamos a encenderle dos cirios a San Blas y a rezar cada día".

Martín no contestaba, Ada y Miguel parecían indiferentes; Cyril se sintió apenado.

"Voy a vivir poco tiempo, pero todas las fuerzas que me quedan las consagraré a Hernam y a la salvación de vuestras almas, empezando por la de Miguel". Y al decir esto volvió la cabeza hacia el lecho del enfermo. Al oír pronunciar su nombre éste pareció despertar.

"¿Qué hay?", masculló.

"El mesén quiere salvar tu alma", dijo Martín con algo de ironía.

"¿Y el cuerpo, quién lo salvará?", preguntó el exsoldado levantando el rostro color de cera.

Cyril pensó: "¡Pobre cuerpo donde a penas queda un soplo de vida!" Pero dijo:

"Dios es omnipotente".

*

Baumann estaba sentado en la puerta de la calle cuando llegó Anrhem con la enorme llave de la iglesia. Desde el camino le gritó:

"¿Vamos, mosén?"

Cyril Baumann bajó el declive con pasos vacilantes.

"Apóyese usted en mí", dijo el anciano.

"Y usted, ¿en quién se apoyará?"

"En el bastón".

Fueron hasta la iglesia bien asidos el uno al otro: el joven jadeando y resoplando, el anciano perfectamente tranquilo como el que está seguro de llegar a donde se propone.

Pero ni el uno ni el otro tuvieron bastante fuerza para darle la vuelta a la pesada llave herrumbrosa que chirriaba y rechinaba inútilmente en el enmohecido cerrojo.

"Esperemos a que venga Hanes de los campos", dijo Anrhem. "El tiene fuerza para esto y mucho más". Estaba orgulloso de su nieto, de su precoz virilidad, de su habilidad y su fuerza.

Sentáronse en un banco circular que rodeaba un gigantesco chopo; Baumann apoyó la espalda en el tronco, Anrhem se acomodó inclinando el cuerpo hacia delante con las dos manos apoyadas en el cayado. La mirada de sus ojillos curiosos se proyectaba sobre el rostro del concentracionario.

"Debe haber sufrido usted mucho".

"¿Sufrir?" Baumann guiñó un ojo nerviosamente, torció la boca, No se sabía si iba a reír o a llorar, a hablar o a callar. Optó por este último.

Después de una pausa bastante larga, Anrhem añadió:

"Aquí supimos las primeras deportaciones por Thoss el cartero.

"¿Le recuerda usted?"

"¿Thoss?... no."

"Sí... Uno con grandes bigotes. Llevaba siempre polainas y un sa-
go en bandolera. Hacía el servicio entre Kirch y cinco o seis pueblos.
Nos contó hechos espeluznantes."

"¿Fue deportado?"

"Sólo le destituyeron. Pero sabía muchas cosas".

Baumann alzó los hombros.

"¿Sin moverse del país?"

"Aquí también hemos pasado las nuestras, padre", dijo el campe-
sino ofendido. "¿Le contaron a usted lo de Hernam?"

"Contáronmelo".

Después de unos minutos de silencio, preguntó Baumann:

"¿Cuándo llegará su nieto, Anrhem?"

"No tardará".

El anciano labriego no comprendía por qué el sacerdote mostraba
tanta indiferencia hacia los dramas de la región.

"Aquí pasamos las nuestras, padre", repitió. Estaba bien decidi-
do a demostrarle que no sólo había héroes en el frente y en los campos
de concentración. Allí mismo los había habido y él, Anrhem en persona,
cargado de años y de reuma, era uno de ellos.

"Cuando desapareció Drel, el sargento Rumpech amenazó a Rohe con
cortarle la cabeza si el capitán no volvía. A mí me mandó detener por
la soldadesca; me llevaron arrastras a lo de Martín, desde allí me
mandó al monte con un mensaje para los resistentes. Si no hubiera si-
do por Erika, ¡pobre de mí! Fuimos juntos, es una mujer muy valiente.
La noche estaba bastante clara pero en el bosque no se veía gota.
Erika caminaba sobre seguro, yo la seguía arrastrando la pierna y tro-
pezando a cada paso. Ella me decía: "¡Anrhem, no duerma! ¡Anrhem, li-
gero!"

Cyril exclamó de repente:

"¡Cuánto tarda su nieto, Anrhem!"

"Hasta que no quede chispa de luz en los campos trabajaré."

El anciano volvió a su historia:

"Por fin llegamos a un claro del bosque. Allí estaba nuestro capitán debidamente colgado de una rama, ya tieso, con un palmo de lengua fuera y los ojos saliéndose de las órbitas. Erika dijo: "Entre los dos lo descolgaremos", pero fue ella quien subió al árbol para cortar la cuerda. En seguida se fue monte arriba en busca de los muchachos. Aquella noche ¡qué jaleo en la aldea! Bajaron los guerrilleros con sus escopetas de caza y sus pistolas y libertaron a Rohe. Sí, señor. Hubo lucha, muchos heridos, nos mataron a Krefeld padre, pero los muchachos despacharon al sargento. Sí, señor, vaya, se lo merecía... Al capitán lo enterré yo... nadie sabe donde."

Baumann pensaba: "Tal vez Dios me considere indigno de entrar en su morada. Tal vez estos obstáculos que se presentan son obra Suya para castigar mi infelidad". Bajando la vista que tenía fija en el cielo crepuscular cada vèz más apagado y palideciente, dijo en voz alta:

"Cuando llegue su nieto será de noche".

"Mejor dejarlo para mañana", dijo Anrhem.

Levantáronse lentamente, volvieron a casa de los Ingrid. Baumann tosía a cada paso y Anrhem le decía:

"Hay que evitar el relente, padre Cyril". Sentía temblar el brazo del cura apoyado en el suyo.

"¿Tiene frío?"

"Tengo fiebre".

Llegaron al pie del declive.

"No le acompaño más allá porque subir me cuesta Dios y ayuda".

"Hasta mañana, pues", dijo Baumann.

Subía paso a paso buscando el equilibrio con los brazos separados del cuerpo.

"Mañana le traeré un bastón", le gritó Anrhem desde abajo.

E

A la mañana siguiente, temprano aún, los tres hombres se dirigieron a la iglesia. Hanes le dio vuelta a la llave sin ninguna dificultad y el abuelo reía satisfecho mirando de reojo al concentracionario. Este, empero, no se fijaba en estos detalles. No admiraba la hermosura de Hanes, su cabeza descubierta con la cabellera rubia y rizada, la tez rosada y tersa, la sonrisa de grandes dientes blancos.

Al empujar el pesado batiente de la puerta, gimieron los goznes y una oleada de humedad y de olor a florecido sumergió a Baumann y a los Anrhem. Algunas ratas asustadas huyeron refugiándose detrás del altar. Enormes telarañas se extendían y colgaban de las vigas del techo, de la lámpara central y del púlpito. Largos regueros de agua de lluvia se escurrían por las paredes. La humilde iglesia lugareña parecía ahora más pobre, más desmantelada, más inhóspita que años atrás cuando todo era normal en el país.

Con un helor que les penetraba hasta los huesos, los tres hombres se acercaron al altar. Cyril iba delante apoyado en el bastón, los Anrhem le seguían pegados a sus talones. Paráronse al pie del ara y a la débil claridad de los tragaluces, vieron a San Blas en su desnudo pedestal, sin manteles, sin flores, sin velas. Cyril no pudo menos de compararle a un prisionero de guerra reintegrándose a su pueblo natal, de pie en la plataforma del vagón. El rostro del Santo tenía una expresión lejana y melancólica así como un reflejo del sufrimiento de los campos disciplinarios.

Los Anrhem, abuelo y nieto, también miraban al patrón de Hernam, pero sus pensamientos eran distintos. Desde tiempos inmemoriales los campesinos acostumbraban ir a la iglesia cada domingo, aunque a ve-

ces no se dijera misa por falta de tiempo del cura. Le contaban al santo sus penas, le exponían sus dudas, le pedían ayuda y consejo. Pero la guerra, y sobre todo la ocupación, interrumpieron esos piadosos coloquios, y el fusilamiento de todos los hombres de la aldea dio al traste con los restos de devoción que les quedaban a las mujeres y a los dos viejos.

Hanes Anrhem había encendido dos cabos de vela que se hallaban aún en los candelabros y la caricia de las llamas pasó por la cara del santo modificando su expresión. De pronto estaba sonriendo, nada ofendido al parecer de aquel prolongado abandono. Su manto polvoriento, su figura decrepita, los pies roídos por las ratas, le daban un aspecto leproso. Pero estos detalles, lejos de perjudicar su prestigio le acercaban aún más al corazón de los campesinos. Los Anrhem, abuelo y nieto, empezaban a arrepentirse de haber mantenido la iglesia tanto tiempo cerrada y al santo abandonado.

"Dejadme un momento solo", les rogó Baumann.

Abuelo y nieto salieron afuera.

Cuando Cyril dejó de oír el toctoc del bastón en las losas, se agarró a un banco y se arrodilló. Primero fijó la mirada en San Blas como si fuera a dialogar con él. Pero pronto desapareció aquel rostro sencillo y bondadoso que le sonreía fraternalmente. Una gran luz resplandeciente y cegadora ocupó su lugar. Cyril Baumann ya no pensaba, sentía algo indefinible, algo vago pero profundo, una sensación que nacía en sus mismas entrañas, le subía hasta el pecho y se derramaba en calor, se extendía por todos los miembros, corría por las venas, llegaba hasta el cerebro donde se transformaba en luminosas y cálidas llamas.

Cyril Baumann veía un ancho camino de luz proyectado al infinito, oía un coro celestial que entonaba un himno sin palabras hecho de ma-

ravillosas notas sobrepuestas y yuxtapuestas. Armonizaban entre sí, convergían todas a un solo y único acorde: DIOS. El alma de Cyril se tendía hacia esa claridad y armonía. Tan pronto creía hallarse cerca, casi a tocarlas y a bañarse en su gracia como las veía alejarse mientras los ecos de la maravillosa música se apagaban. Nadaba en un mar de dudas, se abismaba en profundidades de horror. Volaba por un infinito de esperanzas elevándose hasta excelsas alturas para caer de pronto en un abismo vertical.

Recordaba una sola palabra: Señor y la suspiraba, la sollozaba, la rezaba con suspiros y llantos que estremecían todo su cuerpo y le sacudían el alma.

"Señor... Señor... Señor..."

Poco a poco volvió el sosiego. San Blas apareció de nuevo en su altar con el rostro iluminado por la trémula llama de los cirios y su expresión de mártir sonriente.

Cyril Baumann dejó resbalar la mirada por él. Sus ojos siguieron una trayectoria ascendente, tropezaron con las paredes agrietadas, la húmeda bóveda y los dos tragaluces por donde estraba un débil resplandor. Un gran enternecimiento se apoderó de todo su ser. Y de pronto halló las palabras que había estado buscando:

"Señor", dijo. "Sé que voy a morir y no vengo a rogarte que apartes de mí ese cáliz ni a pedirte una tregua al momento supremo sino a solicitar de Ti un renuevo de fe".

Dejó de mirar a ese punto imaginario por donde su pensamiento se exhalaba, cubrióse el rostro con las manos y la obsesión del pasado volvió a apoderarse de él. Vio miles y miles de prisioneros, en los cuales no quedaba ya nada del ser creado a la imagen de Dios: Habían sido hijos, amantes, padres dichosos rodeados y amados de una familia; profesores, médicos, pedagogos, escritores ilustres, piadosos sacerdotes respetados y admirados viviendo en una sociedad civiliza-

da, y de pronto convertidos en bestias destinadas al exterminio: martirizados por sádicos directores de campo, apaleados por los guardianes, azuzados por perros dogos, arrastrados finalmente a la cámara de gas o al crematorio. ¿Dónde estaba ese Dios al cual clamaban los desventurados en todas las lenguas del mundo? ¿Y por qué no acudía a sus clamores?

Cyril Baumann estaba blasfemando de rodillas ante el altar. Dióse cuenta y se avergonzó de ello y al propio tiempo se apiadó de sí mismo y de todos los compañeros de cautividad, los de allí y los de otros lugares lejanos, los que hablaban la misma lengua y servían la misma causa; los que hablaban lenguas diferentes y luchaban por otros ideales. De pronto le abrasaba un amor inmenso hacia esos hombres y sintió que por encima de religiones e ideologías un lazo indestructible le uniría a ellos hasta la muerte y quizás más allá.

No quería blasfemar, la antigua llama de su fe no se había extinguido del todo en esas pruebas, sólo quería comprender. Levantó de nuevo la vista hacia lo alto, clamó:

"Dios mío, ten misericordia de la gran hermandad de los concentracionarios: los muertos, los moribundos, los incurables, los dementes, los desesperados y aunque no comprendamos por qué TU has permitido que nos martirizaran y nos aniquilaran en cantidades incalculables ¡sálvanos!

Y otra vez su alma entera se inclinó hacia sus compañeros de cautiverio y al pensar que él vivía aún, que unos buenos campesinos le albergaban y alimentaban con la complicidad del oficial de ocupación, el pecho se le llenó de sollozos y los ojos de lágrimas. Pasóse la mano por el rostro para detener el llanto que corría por él y al propio tiempo saboreaba el gozo de poder llorar como si la mirada de Dios se proyectara ya sobre su alma iluminándola, bañándola de esperanza.

"Señor, yo vuelvo a Ti; dame fuerzas para consagrarte las últimas exhalaciones de mi vida miserable y pecadora. Ayúdame a olvidar esta carne agonizante y permite que resista aún para que yo, a mi vez, ayude a estos desventurados campesinos".

Suspiró:

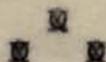
"No soy digno de que TU entres en mi morada. No, todavía no. Pero no me niegues la luz que ha de guiarme y mi alma se salvará".

Callóse y cerrando los párpados sintió un inefable bienestar.

"Veo mi camino, Señor", gritó lleno de gozo. "Pídate sólo que me mantengas firme en él".

Abundantes lagrimones continuaban deslizándose por sus mejillas, deteníanse en la comisuras de la boca, rodaban hasta sus manos plegadas.

"Así sea... Así sea..."



Las tropas de ocupación se retiraban. Esta formidable noticia empezó a circular por la aldea sin que nadie pudiese precisar de donde venía ni en qué se fundaba. Pero todo el mundo la creyó porque la verdad estaba en el aire, se palpaba, se mascaba, se leía en el rostro receloso y hosco de los militares, en la relajación absoluta de la disciplina, en la actitud de abandono y de languidez con que erraban por los prados y las arboledas y en la manera como volvían la cabeza a cada paso temiendo ser atacados por la espalda.

No tardó en llegar la confirmación de la retirada y con ella los primeros ecos de la batalla liberadora. De cuando en cuando, a la distancia de treinta o cuarenta kilómetros, oíase retumbar el cañón. A gran altura pasaban aviones que ponían en el aire vibraciones dramáticas y dejaban a veces siniestras nubecillas en el espacio.

Era la primera vez en el transcurso de varios años de hostilidades que les era dado a aquellos campesinos el espectáculo de la guerra. Ahora pasaban cada día grupos extraviados de soldados enemigos camino de la frontera: unos a pie, otros en camiones. Iban pálidos, hirsutos, lacios, lodosos. Algunos enfermos o heridos. No les quedaba nada de su antigua marcialidad, no se cuadraban delante de Greiz, con quien hablaban un momento en voz baja, no hacían chocar los tacones ni se llevaban la mano a la frente al despedirse. A veces pasaban unas horas en la aldea para reponerse de sus fatigas. Los aldeanos entregaban sin pesar el pan, los huevos y las aves que el teniente les requisaba, sabiendo que aquéllos eran los últimos sacrificios exigidos por el enemigo.

A unos cinco kilómetros de la aldea pasaba entre lomas boscosas, la carretera principal que unía Kirch a la retaguardia. La parte más importante de la retirada se efectuaba por allí. Día y noche roncaban

y trepidaban los motores cuyo eco repercutía de loma en loma hasta a la misma aldea. En las frondosas arboledas que se extienden en ondas aterciopeladas alrededor de Meaully y de Hernam hasta el pie de los montes y de Kirch, ya no piaban ni gorgeaban las asustadas aves, ni creaban los renacuajos en los cañaverales del río, sino que triscaban y trepidaban tanques, camiones y motocicletas. Aquí y allá, en la lejanía, surgía de pronto una llamarada seguida de un gran estampido.

Los aldeanos no demostraban apercibirse de todo ese fragor bélico, seguían trabajando y callando.

El aire era tibio, abundantes y frecuentes lluvias empapaban la tierra, volvía a brillar el sol y su calor bañaba los sembrados, los huertos, los vergeles y las praderas como una bendición. Las mujeres, ayudadas por los dos viejos y los rapaces, no paraban de la madrugada al crepúsculo; ora en los tablares o en los pastos, ora en la huerta o en los corrales. El ganado y los labrantíos exigían en esta época del año mayores sacrificios. Labriegas y zagales llegaban a la noche rendidos, caían en el lecho y se dormían al instante oyendo el retumbo de los cañonazos y el zumbido de los aviones en lontananza. Un solo afán parecía animarles: la tierra. Tierra fértil, tierra nutriz, riqueza y herencia de los antepasados, lazo de unión entre hijos y padres, entre vivos y muertos.

Hanes, el nieto de Anrhem, iba ya familiarizándose con las faenas del campo. No tenía más que catorce años, pero era el mayor de la chiquillería de la aldea y le tocaba dar el ejemplo a los que seguían. El chico estaba orgulloso de dejarse arrastrar por el arado que tiraba una yunta de bueyes. Gritaba con voz insegura, de niño que se está transformando en hombre:

"Aaarre... soo..."

El sonido de la voz no correspondía a sus deseos; en vez de sa-

lir viril y firme se estrangulaba a medio camino, producía gorgoteos y gorgorismos de cañería obstruída. Pero así mismo era una voz de mando a la que obedecían los animales.

Hanes oía también retumbar el cañón, pero ese siniestro retumbo no le amedrentaba, al contrario, le excitaba a trabajar, a hacerse hombre, a defender la tierra, no con las armas, que no en balde era labriego, sino con la fuerza de su voluntad y de sus brazos.

Toda su atención se concentraba en los terrones negruzcos que se extendían delante de él. Un surco zigzagante era una llamarada de vergüenza y unas fanegas bien labradas le procuraban satisfacción y orgullo.

Este sentimiento llenaba todo su ser de un agradable calor. Pronto, muy pronto las mujeres se fijarían en él, verían su pecho abombado, sus músculos tirantes debajo de la camisa de percal, su rizada cabellera y sus dientes blancos y bien plantados. Los otros hombres empezaban ya a considerarle como a un igual. Claro que sólo había en la aldea dos viejos y dos moribundos, pero eso mismo le permitía a Hanes afirmar su virilidad. La iglesia, limpia, con la cerradura bien engrasada, era obra suya y el mosén le había dicho que en cuanto se fueran los militares echarían la campana al vuelo, y él, Hanes, sería el encargado de agitar el badajo.

El joven labrador pensaba en todo esto sin levantar la mirada de los surcos que iba abriendo uno tras otro en la tierra grasa, mientras el cañón seguía repercutiendo a lo lejos y los aeroplanos pasaban ronroneando sobre su cabeza.

®

Reapareció Thoss el antiguo cartero que todo el mundo creía muerto. Como siempre, llevaba puestas las viejas polainas, más ledosas y destrozadas que antes, el gorro peludo hundido hasta los ojos y los

bigotes erizados. Traía noticias sensacionales: Mulstein y Glosters quedaron liberados; Meaully y Hernam lo iban a ser también. Era cuestión de días, tal vez de horas. Luego vendría Kirch. Los últimos destacamentos enemigos, que libraban aquellos días una batalla desesperada, pasarían la frontera, el país entero volvería a ser libre.

Los ojillos de Thoss, más pequeños e irritados aún que de costumbre, brillaban alegremente y su boca desdentada reía con risa socarrona.

Igual que en otros tiempos, cuando traía una que otra carta para los aldeanos, aceptó de Martín Rohe un vaso de sidra, pero se negó a tomar un bocadillo. Tenía prisa de marchar; le intranquilizaba el saber que Hernam estaba aún ocupada. Mientras daba la noticia y bebía, aguzaba el oído y volvía la cabeza sin cesar temiendo ver surgir a los militares.

El paso de Thoss por Hernam, aunque rápido y disimulado, produjo la natural sensación. La noticia pasó de boca en boca llegando en seguida a los campos donde se hallaban las labriegas y a las praderas donde pacían los rebaños vigilados por los zagales. Pronto lo supo la aldea entera. En cada pecho el corazón palpitó con más prisa y una fugaz llamarada de triunfo brilló en cada mirada. Nadie empero levantó la voz ni inició un gesto de gozo. Ese gozo no les era permitido a los aldeanos de Hernam. Porque al soñar en alegrarse la sombra de los fusilados abandonara el bonito cementerio campestre y surgiera en cada mota de tierra, en cada brizna de hierba, en cada recodo de camino a reprocharles esa alegría.

Marta supo la noticia a mediodía al volver de los labrantíos. Se la dió Martín:

"Mulstein y Glosters están ya liberados, pronto lo estarán también Hernam y Meaully. Dice Thoss..."

"¿Pero Thoss vive?", interrumpió Marta.

"Sí, vive y está tan campante. Dice que la liberación de Hernán es cuestión de días, tal vez de horas".

Marta palideció y se estremeció interiormente pero no se le contrajo un músculo del rostro, ni temblaron sus labios, ni brilló su mirada.

"Dios es justo", comentó Martín.

Ella asintió con un movimiento de cabeza. En seguida se fue a ~~casa~~ refugiarse ~~en~~ al establo donde podía dar rienda suelta a sus emociones.

El vaho caliente del estiércol y el perfume dulzón del heno la envolvieron enteramente produciéndole como de costumbre, una sensación de intimidad. Por el tragaluz, abierto a ras de techo, vio Marta un cachito de vergel donde la luz del sol acariciaba la tierna hierba, y la mancha verde y luminosa decía: libertad, libertad.

Marta rodeó con los brazos el cuello de Paloma y principió a llorar. Evocó a Bastián, a Pedro y a Nicolás, consideró con emoción el gozo que hubieran sentido al anuncio de la victoria. Y quiso alegrarse con ellos. Pero no podía. Esos suaves fantasmas que tiempo atrás acompañaban consoladoramente las horas humillantes y dolorosas de la ocupación, habían perdido su fuerza. Ya no oían, ya no veían, ya no podían alegrarse de lo que alegraba a los vivos como no podían entristecerse ni avergonzarse de lo que les avergonzaba y entristecía.

Todas esas manifestaciones, todo ese culto a los muertos eran pueriles ilusiones, un eterno llamar que nadie oía, un eterno mirar que nadie veía, un eterno amar sin ser amado. Vida estéril e inútil vuelta hacia el vacío, mientras la vida auténtica, todo lo que sentía y palpitaba, todo lo que conmovía y vibraba, se hallaba al lado opuesto: ojos vivos, manos vivas, labios vivos de hombre joven y hermoso... Recordaba el sueño de la otra noche. Un sufrimiento agudísimo penetraba todo su ser, invadía su alma entera, dándole la sensación de que la

respiración se le acababa, la vista se le oscurecía y el alma se le salía del cuerpo. Sentía dolor entremezcla de indignación y de protesta: una protesta de toda su carne y de su espíritu.

¡Pobre aldea que vivía únicamente del reflejo de los fusilados! Pobre de ella misma que, por sistema había odiado y vejado al único ser vivo, palpitante, digno de admiración y hasta de cariño, que tuvo cerca durante meses, habitando la misma morada, compartiendo el mismo techo, el calor del mismo hogar, la luz del mismo candil...

La cólera la ahogaba, una cólera llameante y universal en la cual se aniquilaba la idea de moral, de patria, de familia. Esa cólera era como un destructor oleaje que se llevara aldeas y labrantíos, rebaños y zagales, para dejar en la asolación de la tierra un solo hombre en pie, el hombre único sin nombre ni patria ni religión: el hombre que ella podía haber amado.

R

Cuando Erika oyó la noticia de la liberación de Mulstein y Glos- ters y la próxima de Meaully y de Hernam, dejó el bancal donde arran- caba la mala hierba, abandonó el hacino y la coa y corrió a su casa sin saber exactamente lo que debía hacer ni como debía manifestar su gozo. Llenó de aceite la lámpara votiva que brillaba día y noche ante la fotografía de Mauricio, puso flores frescas en un búcaro y recogién- dose un momento como si fuera a rezar, dijo:

"¡Victoria, victoria, victoria!"

Pero de pronto recordó con una precisión casi alucinante el mo- mento en que los ~~soldados~~ ^{ciudadanos} empujaban a Mauricio con las culatas de sus fusiles. Veía la cabeza del muchacho vuelta hacia ella y la expresión de su mirada. Veía la patética sonrisa de aquel rostro infantil, tan blanco ya que un momento después, cuando había dejado de ser un joven- cito hermoso e inteligente para convertirse en un muñeco de cera ya-

cente y flácido, el color no había palidecido.

"No", dijo Erika cerrando los ojos y clavándose las uñas en las palmas de las manos. "No y no. En el mundo no hay sitio para bravatas ni alegrías, lo llena y lo rebasa el cadáver de mi hijo". Y se volvió a los campos más hosca y más sombría que nunca.

¶

Marieta sintió también la excitación del triunfo e igualmente corrió a participárselo a aquel cuyo recuerdo llenaba aún su vida entera. Abrió con mano impaciente el cajón de la cómoda donde guardaba la fotografía de Gregorio enmarcada en felpa azul. Besó los labios de la imagen.

"Hemos ganado la guerra, Gregorio".

Le miraba con intensidad.

"¿Me oyes, amor mío?"

Pero el hombre parecía indiferente; sonreía con afectación y fatuidad. Sé que soy guapo y me están retratando, parecía decir.

Marieta se sintió desolada. Apartó la mirada de la fotografía, quiso imaginarse la alegría de Gregorio al conocer la derrota del enemigo. Pero no le fue posible. No tenía bastante imaginación y por más que se obstinaba en representárselo en aquellas especiales circunstancias, sólo le veía en actitudes y expresiones sencillas y corrientes.

Volvió a mirar la fotografía con despecho: era espantoso verle sonreír tan fatuamente mientras ella vibraba de entusiasmo patrio.

"Querido mío, ¿no te alegras?"

Tiró violentamente el retrato, olvidando que Gregorio había muerto por esa liberación que ella podía presenciar y gozar en tanto que él se pudría bajo la tierra.

De súbito comprendió su injusticia, tomó de nuevo el retrato entre sus manos temblorosos y besó apasionadamente los labios del joven

y le pidió perdón llorando.

Luego corrió al jardín, cortó las más hermosas flores, entró en la cocina buscando un jarro donde ponerlas. Gerah andaba por allí mirándola con ojos sombríos. Marieta no pudo contenerse, correspondió a esa mirada con otra de desafío y de triunfo. El cabo apretó las mandíbulas e, inconscientemente, palpó la culata de su revólver. Pero de pronto alzó los hombros y salió de la estancia.

La joven comprendió que ese hombre había deseado matarla y que podía haberlo hecho aunque después le pidieran cuentas. No era todavía el momento de alegrarse ni de florecer los retratos ni de cantar victoria. Por lo menos mientras retumbara el cañón y el enemigo ocupara aún la aldea.

Abandonando las hermosas flores ya inútiles, Marieta corrió a esconder la fotografía de Gregorio.



Alexis Greiz iba a abandonar Hernam. Sólo esperaba para ello las órdenes del Estado Mayor, órdenes que, de momento, le obligaban aún a permanecer.

Su cuerpo estaba allí pero su espíritu, como sucede en semejantes casos, se adelantaba al tiempo y al espacio, vivía en el futuro y ese futuro era incierto y nebuloso. Hernam, con sus viejas casas, hórreos y heniles ruinosos, su iglesia desconchada y las siluetas, el rostro, la voz de los labriegos, le parecían extranjeros como si les viera por vez primera. ¿Qué significaba esa lúgubre aldehuela y por qué había ido él a para allí? ¿Qué sentido oculto tenían esas figuras enlutadas con rostros cerrados y mirada huidiza? Durante algunos meses (a veces le parecían años), había vivido en medio de los campesinos observándolos, analizando cada una de sus reacciones con el anhelo de llegar al fondo de sus almas y conquistarlas. Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles y ahora iba a dejarlos para siempre sin haberlos comprendido ni logrado que le comprendieran.

Lo mismo sucedía con los soldados: antes le respetaban y le querían pero desde el fusilamiento de Mirtva le obedecían de mala gana, huían de su presencia, hasta evitaban sus miradas. Ese terrible caso de conciencia no había sido comprendido ni por los campesinos ni por los hombres de tropa. Aquellos lo aceptaron como una deuda pagada al ultraje de todo un pueblo, éstos como un abuso de autoridad.

Alexis Greiz iba pues a alejarse de aquella aldea perdida entre colinas boscosas con el triste convencimiento de la inutilidad de su labor. Y al soñar en ello se decía que unas horas después de su marcha los aldeanos le habrían olvidado y él les habría olvidado a ellos.

Sin embargo, si Hernam con sus casuchas ruinosas, su única calle

enlodada y sus huraños habitantes iban a desaparecer de su mente, no así la experiencia de la vida y de los hombres que allí había adquirido. Su concepto de la verdad, de la justicia, del amor y de la caridad había sido dolorosamente modificado. El balance moral de los años de guerra y de ocupación podía resumirse en un solo concepto: fracaso. Fracaso él personalmente como oficial y como particular.

(No podía jactarse de haber resuelto el menor conflicto entre aldeanos y militares, aunque tal vez los evitó, y allí estaba el pobre Mirtva pesando en su conciencia como plomo). Pero lo que más le dolía no era su fracaso personal, ni aún el fracaso de su nación al perder la guerra, era algo más vasto, más profundo, más descorazonador: el fracaso de la humanidad entera, del cual estaba él convencido en aquel momento. Esa horrible acumulación de sufrimientos, de devastación y de muerte ¿qué beneficio material o moral aportaba a los hombres?

Recordaba perfectamente la vida difícil y miserable que llevaba en su casa después de la otra guerra y las angustias de su pobre madre para mantener y educar a sus tres hijos. Ahora, después de esta contienda monstruosa, todavía sería peor. Miles de madres, como entonces la suya, no sabrían de donde echar mano para mantener y educar a sus hijos, otras no sabrían siquiera donde cobijarlos. La lucha por la vida iba a ser aún más encarnizada que entonces, sobre todo para los vencidos. A los padecimientos físicos habría que añadir las vejaciones, la vergüenza.

Volvía a pensar en los labriegos de Hernam y no llegaba a imaginárselos en su papel de vencedores. Al intentar representarse su gozo a la hora de la victoria, sólo veía el cementerio de fusilados y las solitarias mujeres enlutadas.

Tal vez no había penetrado el sentido profundo de esta guerra, tal vez dentro de algunos siglos un lector inteligente, político,

guerrero, contemplativo o místico, leyera y comprendiera la fatal necesidad de tanta destrucción y sufrimiento en beneficio de la humanidad futura. En la marcha del tiempo esta lucha que a Greiz le parecía tremebunda, figuraría como un simple episodio y él, Alexis Greiz, como un oficialillo anónimo. Pero ese oficialillo anónimo tenía un cuerpo joven y sano y un alma sensible y vibrante. Esos dos tesoros eran toda su esperanza, toda su fortuna y aquel preciso momento de su vida (aunque vida y momento fueran sólo átomos en el espacio y en la eternidad), un momento decisivo para él.

De pronto retumbaba el cañón o pasaba una escuadrilla de aviones ronroneando siniestramente en el espacio. El pensamiento de Alexis Greiz se desviaba. La guerra no había terminado aún, podían herirle, matarle o hacerle prisionero. Verdugos vengativos y crueles se ensañarían quizás con esa carne intacta. Las ruinas vivas de Miguel Ingrid y de Cyril Baumann demostraban los resultados de lo que puede la ceguera del odio y el mecanismo de la venganza en los campos de concentración. Pero tal vez podría escapar, no quería abandonarse a la desesperación, deseaba hallar una senda en el caos que le rodeaba, un hueco entre las ruinas del mundo por donde deslizar sus ilusiones.

Su vista se posaba en el verde tierno y brillante de las aterciopeladas praderas mientras escuchaba el bisbiseo de las hojas estremecidas y el susurro inalterable de los invisibles regajos. La voz del agua llenaba el espacio. Por todos lados saltaba y fraseaba, cantaba y reía. Se mostraba más viva y animada que cualquier ser humano, tenía un espíritu más amplio y generoso que el de los hombres. Parecía burlarse de ellos y al propio tiempo amarlos y meclos. Les invitaba a seguir su ejemplo y trataba de adormecer sus penas. Ese riachuelo claro y diligente que bajaba dando brincos de lo alto del monte, era ^Tsin duda uno de los múltiples hijos de un lejano glaciar, allende de la frontera del país. Sin embargo se unía a ese manso arroyo me-

dio canal que corría a lo largo de los vergeles. Era agua extranjera y por lo tanto enemiga y se entregaba en cuerpo y en alma al agua que corría por las laderas del monte de Hernam sin dejar de cantar y reír. Juntaba su alegría y sus canciones a la voz sosegada del arroyo como el impetuoso torrente acomodaba su correr presuroso a la marcha lenta del río. Ese agua venía de un país donde los hombres hablaban un idioma diferente, obedecían a otra leyes, practicaban otras religiones. En las cimas altivas, entre los majestuosos abetos se levantaban hitos de piedra, barreras pintadas de blanco y alambradas ante las cuales el hombre detenía su marcha y fruncía el ceño. Pero el agua, desde el hilillo silencioso desprendido de la masa congelada, hasta el canal o río que llena esclusas, mueve molinos, lleva barcos de un mar a otro, seguía su camino a través del mundo sin preocuparse de las fronteras políticas.

Llegaban oleadas de perfume del heno recién segado, que el teniente aspiraba deleitándose. Se detenía un momento, levantaba la vista, contemplaba el cielo primaveral, pálido y luminoso por el que circulaban grandes nubes blancas y grises. Las nubes también prescindían de las fronteras. Se formaban, se acumulaban, se deshacían... volvían a formarse, navegaban por el infinito, iban de un país a otro distribuyendo sus lloviznas y sus chubascos sin restricciones ni preferencias.

El estruendo de los cañonazos parecía alejarse. Pero el teniente no creía en el retroceso del enemigo. Era sin duda una ilusión acústica producida por la curva del sendero. En el bosque reinaba una luz suavísima, olía a resina y a hierbas aromáticas; infinidad de pájaros trinaban, gorgeaban y chillaban amorosa y alegremente. Los insectos alados unían también sus zumbidos a la gran sinfonía forestal a la que se mezclaba de vez en cuando un estremecimiento selvático.

Greiz sentía de pronto una esperanza muy vaga, pero deliciosa. Ondas sucesivas de dulce calor acariciaban su cuerpo, mecían su ánimo como si en aquel caos que le sumergía, la paz y el amor fueran aún posibles. Amor y paz que había buscado entre los hombres, estaban, posiblemente, en aquellos bosques solitarios, cerca de los arroyos musicales y cristalinos, entre los inocentes animales y quizás también, ¿por qué no? entre la gente sencilla.

Alexis Greiz sentía de pronto la llamada imperiosa de la naturaleza. Invitábale a abandonar el mundo y la sociedad para siempre, a renunciar a la vida de las ciudades y al trato con ciudadanos, a rechazar las halagadoras perfecciones técnicas, el mecanismo y sus comodidades, la cultura libresca y las manifestaciones de arte. Le parecía que podía hallar el sosiego y una especie de dicha al lado de Martín y de Hanes o de otros Martines y otros Hanes, allí en Hernam o en otro país, en las lejanas regiones de América o de África. Olvidar la guerra y sus crímenes y la infame comedia de los civilizados, vivir humilde y sobriamente labrando la tierra, pescando...

El estrépito del cañón había cesado. Y de nuevo una gran esperanza, perfectamente vaga e imprecisa le sumergía de una dicha insensata. Pero de pronto levantábase en su alma como un vendaval destructor y toda esa dicha ilusoria se desvanecía en un instante. No veía ya los bosques majestuosos, las aterciopeladas colinas, las cumbres deslumbrantes de nieve, el cielo azul pálido alto e ideal. No aspiraba la fragancia del heno recién cortado, del musgo tierno y de las violetas. Era como si inesperadamente, en plena representación de maravillas, se levantara el telón de fondo y aparecieran a la vista del espectador, tramoyas, bastidores, decorados y bambalinas en desorden: polvo, herrumbre, mugre, telarañas... Detrás de aquellos montes boscosos con murmullos de agua, perfume de hierba tierna y trino de aves, estaba su país, su pobre país vencido, devastado, arruinado...

La imaginación de Greiz, como iluminada por una luz sobrenatural, vio la caída de todos los grandes, la disolución del derrotado ejército, el desbarajuste de la sociedad y la desorientación, las vejaciones y el dolor de todo un pueblo. Esta profética visión encerraba en ella tanto espanto que su primera idea fue huir, evitar su contribución personal a esa miseria y sufrimiento, refugiarse en cualquier país, lejos de la sociedad que cultiva y provoca guerras y revoluciones, vivir entre inocentes primitivos/ practicando la vida sencilla y natural. Pero en seguida una oleada de rubor invadió su rostro y una especie de mano de hierro le oprimió el corazón como si quisiera sacarle el resto del jugo o destrozarlo. Millares de desventurados nacidos bajo el mismo cielo, que hablaban su misma lengua, parecían decirle con clamores desesperados:

Tu sitio está entre nosotros

La naturaleza seguía invitándole pero el joven no la veía ni la escuchaba ya. Había dejado de gozar con las formas, los colores, la armonía de las flores y de los árboles, de los pájaros y del agua.

Volvió a mirar melancólicamente el cielo de Hernam, y las colinas verdeantes, las praderas donde pacían los rebaños. Quedóse un momento sin pensar sintiendo una especie de espera palpitante, hasta que un aliento interior le susurró quedamente:

Trabaja, sufre y muere en tu país.

Pero ese país era un campo de ruinas poblado por despojos humanos. Y la hermosura y la dicha le atraían. ¿Cómo iba a poder vivir entre la fealdad de los escombros y el dolor de la muerte?

Esperó un momento más y aquella misma voz volvió a hablar y le dijo:

La fealdad y el dolor poseen también su hermosura

Entonces una gran paz descendió sobre Alexis Greiz.